



**BAJO EL  
PARAGUAS  
AZUL**

se

ELENA MARTÍNEZ

¿Sabes en cuánto tiempo se puede arruinar la vida de una persona? En dos segundos, lo que se tarda en compartir una foto por WhatsApp.

Tú lo sabes, te han dado charlas sobre *cyberbullying*, a ti nunca te pasaría, ya estamos con los rollos de siempre ¿verdad? Eso es lo mismo que pensó Glauca. ¿Qué podía pasar si le mandaba una foto a su novio si se querían mucho? Lo que no sabía era que su novio se la pasaría a Andrea. Y Andrea, que la odia con toda su alma, la compartiría con más gente y la subiría a internet para convertirla en el hazmerreír de todos.

Y en internet, tu vida deja de ser tuya al instante. Pero Andrea no contaba con que, cuando Glauca estaba a punto de tirar la toalla, alguien no se cansaría de luchar por ella... y le ofrecería un paraguas azul.



Elena Martínez Blanco

# **Bajo el paraguas azul**

ePub r1.0

Titivillus 26.04.2017

Título original: *Bajo el paraguas azul*  
Elena Martínez Blanco, 2015

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2





4



ANIVERSARIO

EDICIÓN CONMEMORATIVA



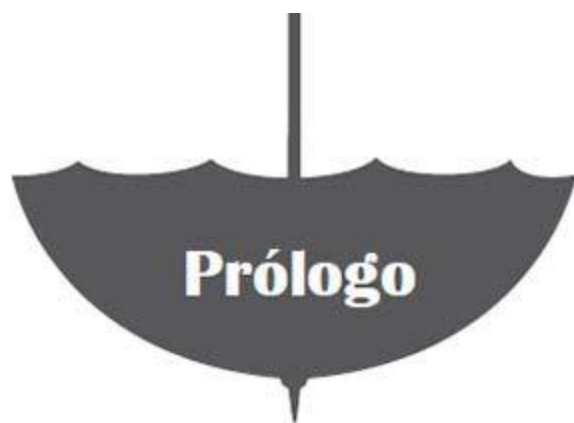
  
epublibre





*Para mi hija Nuria,  
por ser la luz que ilumina mi vida.*

*Para Alberto Muñoz, porque pedir ayuda  
es siempre el paso más difícil, y tú lo lograste.*



Hace poco más de un año que tuve la suerte de leer esta novela.

Y digo suerte, aunque con la boca pequeña, porque por desgracia el tema que toca Elena es delicado y son muchos quienes sufren *cyberbullying*. Este es un asunto que siempre, siempre, se tiene y se debe denunciar, sean cuales sean las amenazas que se reciban, porque como muy pronto descubriréis en estas páginas, bastan muy pocos minutos para que tu vida dé un giro de ciento ochenta grados y lo ponga todo patas arriba. Nadie está libre de sufrir acoso escolar, aunque estemos convencidos de que a nosotros no nos va a tocar. Lamento deciros que en cualquier momento podemos caer en la trampa de un acosador. Creedme si os digo que siempre se puede salir de un acoso, que la solución siempre está en denunciar y en buscar ayuda, porque este tema está penado por la ley.

Lo primero que me sorprendió desde el inicio de la lectura fue la fuerza que tenía Glauca, una protagonista real, una chica que siempre resulta cercana, tanto que podría ser nuestra mejor amiga. Porque Elena ha tenido la virtud de crear un personaje con corazón, pero sobre todo le ha aportado la ternura necesaria para que queramos protegerla cuando más lo necesita.

Esta es la historia de Glauca, un personaje de ficción, aunque bien podría haber sido uno de los cientos de casos que suceden todos los años en España, algunos, por desgracia, con final trágico. Para que un personaje protagonista brille como toca, los secundarios tienen que aportar riqueza a la historia y han de dejarle el espacio suficiente para que se desarrolle en todo su esplendor. Y Glauca brilla desde el primer momento; ella sola



podría muy bien defender la novela. Aun así, Bajo el paraguas azul tiene unos secundarios de lujo, aunque yo me quedaría sin lugar a dudas con Alberto, un personaje que sabe bien lo que es amar, como también sabe lo que es sufrir por no ser correspondido. Alberto sería ese amigo que todas deseáramos tener cuando caemos, esa mano que se nos tiende cuando creemos que no podemos dejar de caer en un pozo profundo y sin fondo. Alberto muestra desde el inicio una generosidad que desborda, y os aseguro que os enamorará. Yo caí rendida en sus redes.

Solo me queda recomendar esta historia una y mil veces, y cuando la leáis, la compartáis con vuestras amistades. Espero que acompañéis a Glauca en este viaje hacia la madurez, que le deis la mano y que esta novela os emocione como lo hizo en su día conmigo. A Elena Martínez Blanco le diría que confiara en esta historia, en Glauca, que ya no es solo suya, ahora es de todos, porque cuando algo se escribe desde el corazón, nos llega de la misma manera. Ahora hay que dejarla que camine y que encuentre a muchos lectores, que estoy segura que serán muchos. Sin duda os emocionará y llorareis con el alma.

Anabel Botella



Un rayo de luz se coló por la persiana, deslizándose con suavidad, como temiendo despertarla, por la mejilla de la aún dormida Glauca. Restos de maquillaje enmarcaban sus ojos.

Había llegado demasiado cansada la noche anterior como para preocuparse por si se había desmaquillado bien o no. Esos mismos restos fueron vistos como la prueba del delito por su madre. Lucía había pasado a la habitación para airearla apenas unos segundos antes, sorprendiéndose de encontrar a su hija aún dormida cuando debería estar en el instituto.

—¡Glauca! ¿Se puede saber qué haces todavía en la cama? ¿Qué es este olor a tabaco? ¿Y tus ojos? ¡Tienes maquillaje!

—Mamá noooooooooo —contestó Glauca poniéndose la almohada sobre la cara para no ver la luz del sol y maldiciendo la hora en que acompañó a Sergio a fumar a la calle el día anterior. Se le había pegado el olor a la ropa.

—A mí no me vengas con gruñidos, ¿eh, niña? ¡A levantarte, gandula! —contestó Lucía enfadada, echando para atrás el edredón nórdico que cubría a Glauca. Al hacer esto, el cuerpo vestido con la ropa con la que salió la noche anterior quedó al descubierto.

—¿Pero qué...?

—¡Mamá! ¡Déjame en paz! Ahora me levanto y voy al instituto, por dios, ¡ya no puede una ni descansar tranquila! —gritó Glauca volviendo a taparse malhumorada.

—¡Tú a mí no me levantas la voz! ¿Me oyes? Mientras vivas en mi casa, harás las cosas como yo te diga. ¿Se puede saber por qué estás

durmiendo con ropa de calle y con restos de maquillaje? ¿Volviste a salir ayer y el imbécil de tu padre te lo permitió? ¡Se va a enterar este! ¡Qué cruz de hombre, dios mío, inútil hasta para cuidar de su hija adolescente! ¡Manuel!

¡Manuel! —Lucía abandonó la habitación, gritando en busca de su marido.

Los padres de Glauca estaban a punto de divorciarse y, desde que empezaron los trámites, la vida en casa había sido un verdadero infierno. Peleas, gritos, llantos... y en medio de todo eso estaba ella. ¿Cómo habían llegado sus padres a esa situación? Recordaba lo mucho que se querían cuando era pequeña. O quizá lo había idealizado todo en su mente infantil.

Lo que sí recordaba con exactitud fue el día en que encontró a su padre llorando tirado en el suelo de su habitación porque su madre le había pedido el divorcio. Nunca había visto llorar a su padre, a su madre algunas veces, pero a su padre no, y no podía olvidar esa sensación de desconcierto que la invadió al ver al hombre de la casa, al que se suponía que llevaba las riendas de la familia según el patrón tradicional, completamente perdido.

Glauca no sabía los motivos exactos para que su madre hubiese pedido el divorcio, pero desde entonces apenas les veía juntos:

Lucía había solicitado en el hospital en el que trabajaba un cambio de turno para no tener que coincidir en casa con su marido, aunque eso significase que durante la semana tampoco vería a su hija mucho.

Glauca iba a uno de los institutos de Tres Cantos, el IES Ernesto Gutiérrez, estaba en 3.º de la ESO y pensaba que el tiempo no pasaba lo suficientemente rápido. Era muy buena estudiante, pero estaba deseando poder terminar el instituto para empezar la vida universitaria, que ella idealizaba como un mundo de libertad que le permitiría vivir alejada de su familia. Aunque todavía no sabía lo que quería hacer con su vida, tenía muy claro que necesitaba largarse de esa casa cuanto antes.

Cuando decidió que su madre estaba lo bastante ocupada gritando a su padre como para ocuparse de ella, se levantó de la cama y se dirigió al baño. Entró con los párpados semicerrados porque la luz seguía molestándola y, cuando por fin los abrió frente al espejo para lavarse la cara, observó su aspecto desastroso y no pudo evitar soltar una carcajada.

¿Qué más daba que su madre se enfadase? La noche anterior había sido genial y nada podría hacer que lo olvidase.

Glauca llevaba enamorada de Sergio desde que entró en el instituto. Siempre había sido su amor platónico porque, con lo poco que se apreciaba ella físicamente, nunca albergó ninguna esperanza que le hiciese pensar que tendría una oportunidad con él. Según pasaban los años había visto a Sergio salir con muchas chicas, pero todas eran guapísimas, casi siempre rubias, delgadas y vestidas a la última. Ella, por el contrario, tenía unos kilos de más (lo que su madre no se cansaba de recriminarle a la mínima oportunidad), tenía el pelo como una escarola y llevaba gafas de pasta pasadas de moda. No es que fuese precisamente alguien que supiese coordinar bien los colores, por lo que la apariencia de su ropa era siempre un poco estafalaria tirando a anticuada, ya que, de nuevo, su madre era la que se metía en lo que se compraba y lo que no y, por no discutir, siempre acababa cediendo y elegía lo que ella quería.

Todavía no sabía a ciencia cierta qué había cambiado para que Sergio se acercase a ella para ser algo más que amigos. ¡Había soñado con ello tantas veces! ¿Sería quizá el nuevo corte de pelo que se había hecho, dejando más corta la parte de atrás para que se le viese la nuca? ¿Quizá empezaban a llevarse las camisolas largas que disimulaban sus formas? Daba igual cuál fuese el motivo, ella se sentía en las nubes y no quería pararse a pensar el porqué.

Sergio empezó a llamarla por las noches para encontrarse a solas en el parque o para acudir a un *pub*. Ella tenía terminantemente prohibido salir entre semana, pero sabía que su padre no se enteraría si salía, porque al trabajar desde casa vivía pegado a su portátil, por lo que se escabullía para encontrarse con Sergio.

Poco a poco fue cambiando su modo de vestir, se ponía ropa que antes nunca se habría puesto, como minifaldas y camisetas ajustadas. En el fondo sabía que ella no era así, pero enterraba esa molesta voz que le gritaba que fuese ella misma porque creía que así Sergio estaría más contento.

La última noche que salieron, Sergio le hizo una extraña petición: como ella se negaba aún a dar el paso de tener relaciones sexuales, él le pidió que le enviase una foto suya sexi para poder disfrutar de ella cuando estuviese

solo, así se imaginaria todas las cosas que harían cuando estuviese preparada.

Al principio le pareció un poco extraño e intentó escaquearse porque le daba miedo dónde podía ir a parar esa foto, pero acabó cediendo y le prometió que se la mandaría. Total, Sergio era su novio, ¿qué podía salir mal?

Cuando su madre la despertó de forma tan brusca se molestó muchísimo, pero pronto olvidó el enfado porque tenía una misión: fotografiarse para Sergio. Decidió ponerse la ropa interior más sexi que tenía, si es que podía llamársele así al conjunto negro que se compró a escondidas de su madre por internet. No es que fuese precioso, pero por lo menos le quedaba bien. Practicó varias posturas delante del espejo y, cuando estuvo lista, se hizo varios selfies<sup>[1]</sup> hasta dar con el que más le gustaba. Sin concederse tiempo para pensar, lo envió para no arrepentirse. Ya estaba lista para ir a clase, seguro que Sergio la recibiría con una enorme sonrisa al verla.



Mientras Fernando, el profesor de matemáticas, explicaba un problema en la pizarra sobre un autobús, Sergio sacaba su móvil para enviarle por WhatsApp<sup>[2]</sup> a Andrea una foto de Glauca que acababa de recibir. Andrea no pudo reprimir la risa al verla, lo que hizo que el profesor se diese la vuelta y les pidiese explicaciones.

—¿Se puede saber qué tiene tanta gracia, Sergio y Andrea?

—Nada, Fernando, que me he acordado de un chiste y no he podido remediar contárselo a Andrea, perdona —contestó Sergio intentando quitarle importancia al asunto.

—Está bien, para que vuelvas a la clase en vez de estar en lo que no tienes que estar, creo que deberías salir y explicarnos a todos cómo continúa esta corrección.

Sergio salió a la pizarra y terminó el problema ante la mirada de desconfianza del profesor, que estaba seguro de que le había visto guardar algo en el estuche mientras se daba la vuelta, aunque no había podido pillarlo a tiempo. Para cerciorarse de que no se le escapaba, Fernando se puso a andar entre los pupitres mientras dictaba el siguiente problema que tenían que resolver, chocando «casualmente» con la mesa de Sergio al pasar junto a él y haciendo que el estuche cayese al suelo. El profesor se agachó para cogerlo y fue entonces cuando vio el móvil dentro.

—Así que un chiste, Sergio. Muy bien, haz el favor de enseñarme lo que estabas mirando cuando Andrea se ha reído.

—No, en serio, si era una tontería, una broma de esas que mandan por el WhatsApp... —Intentó escaquearse Sergio.

—Me parece perfecto, aun así, quiero verla, por favor, enséñamela o tendré que llamar al jefe de estudios para que le expliques por qué tienes un móvil encendido en clase cuando sabes que está prohibido.

—No creo que sea un buen momento para ver la foto ahora...

—¿Sergio? —insistió el profesor enarcando una ceja.

—Verá es que... bueno, la verdad es... en fin... no puedo enseñársela —contestó Sergio agachando la cabeza.

Llegado a ese punto, Fernando cogió el móvil de la mano de Sergio antes de que este pudiese reaccionar y le dio al botón de encendido, esperando que no estuviese protegido por una contraseña.

—¿Pero qué...? —Fernando no pudo continuar, sorprendido como estaba al ver la foto que apareció en la pantalla—. Sergio, por favor, acompáñame a Jefatura de Estudios, esto ahora mismo escapa de mis manos. Los demás, por favor, seguid con los problemas, vuelvo enseguida.

En cuanto profesor y alumno salieron por la puerta, toda la clase se volvió hacia Andrea para preguntar de qué iba todo eso.

Andrea, con una mirada triunfal, sacó su móvil y, sin ningún tipo de reparo, les enseñó a todos la foto que le había reenviado Sergio. ¿Qué había de malo en ello? Así compartían unas risas gracias a la empollona de la clase, esa a la que no podía soportar.

Cuando había pasado media hora tocó la campana sin que el profesor hubiese regresado, anunciando el cambio de clase.

Tocaba naturales con Amaya, que además de ser su tutora era la profesora favorita de todos por lo simpática que era. Al entrar en clase pidió silencio y les preguntó por qué estaban las cosas de Fernando en la mesa del profesor si él no estaba y los asientos de Sergio y Glauca vacíos. Nadie dijo nada, por lo que Amaya se olió que algo grave había pasado y salió para la sala de profesores a llevarle sus cosas a Fernando y preguntar qué ocurría.

—Ay hija, qué exagerada eres, seguro que no es tan grave —le contestó Dolores, la profesora de Sociales, quitándole importancia al asunto.

—Bueno, creo que no es muy normal que un compañero deje sus cosas en una clase y no estén dos de los alumnos, pero seguro que tienes razón y

no es nada —replicó Amaya, molesta por el tono con el que Dolores le había contestado. Por lo general, todos los profesores del claustro se llevaban bien, pero había algunos que intentaban quedar por encima de los demás, y este era el caso de Dolores, una profesora con veinticinco años de carrera a sus espaldas que solía tratar a sus compañeros con desprecio y altanería pensando que sus años de experiencia ♡ valían más que cualquier otra cosa que pudiesen aportar los demás.

Ante la falta de respuesta por parte del resto de los compañeros que estaban en la sala de profesores, Amaya regresó a la clase.

Estaba inquieta, puesto que no era propio de Fernando abandonar una clase así. Según se iba acercando por el pasillo, le pareció oír un escándalo en la clase. Pensó que los alumnos habían aprovechado su ausencia para liarla, como solían hacer cuando faltaba algún profesor, pero nunca esperó encontrar lo que vio a su llegada.





—Se lo vuelvo a repetir, Sergio, a mí no me toma usted más el pelo. Dígame cómo ha llegado la foto de esta alumna a su poder y qué hacía mostrándola en clase.

—¿Pero por qué no cree que me la haya mandado ella? Es que no lo entiendo. Fue así, yo solo estaba enseñándosela a mi novia Andrea.

—¿Y por qué iba Glauca a enviarle una fotografía prácticamente desnuda a usted si Andrea es su novia?

—Bueno es que... la verdad es que como Glauca ha estado saliendo también conmigo, supongo que es normal que me haya mandado esa foto, ¿no?

—¿Sabía Glauca que usted tenía novia? ¿Conocía el hecho de que estaba saliendo con dos chicas a la vez?

—No, la verdad es que no lo sabía, de hecho iba a cortar con ella hoy mismo para que no hubiese malentendidos, pero entonces me envió esa foto y mi novia Andrea la vio... ¿Sabe el lío en el que me ha metido Glauca?

—¿Que si sé el lío en el que le ha metido? Más bien, ¿es usted consciente de que si esa foto llega a distribuirse sin permiso de Glauca estaría usted infringiendo la ley y que eso está castigado?

No tendrá intención de pasársela a nadie, ¿verdad?

Sergio agachó la cabeza sin responder. No pensaba decirle la verdad al jefe de estudios, tendría que inventarse algo. ¿Cómo decirle que todo había sido idea de Andrea para comprobar si realmente estaba dispuesto a hacer lo que fuese por ella? Al principio pensó en negarse a hacerlo, al fin y al

cabo Glauca le caía bien y sabía que llevaba colada por él desde 1.º de la ESO, pero total, conseguir una foto suya y enseñársela a Andrea valía la pena con tal de estar con ella. ¿Qué daño podía hacerle a Glauca aparte de romperle el corazón un poquito?

—No, no, no se preocupe, si yo no se la he mandado a nadie.

Mire, la borro ahora mismo para que vea que no pienso hacer nada con ella —dijo rápidamente Sergio borrando la fotografía del móvil. Quizá, después de todo, si su futuro estaba en peligro, no había sido tan buena idea hacerla. Tendría que hablar con Andrea.

—Bien, me alegro de que haya tomado esa decisión. Como comprenderá, tengo que llamar a Glauca para informarle de eso. Cuando vaya a clase, dígame que se pase por mi despacho, por favor. En cuanto a usted, ya que asegura que no envió la foto a nadie más, su castigo por tenencia de móvil encendido en clase será la expulsión de un día del instituto, que será el día de hoy. Recoja sus cosas, por favor.

—Sí, señor, lo entiendo. Esto, por cierto, Glauca no ha llegado todavía al instituto, no sé qué le habrá pasado —contestó Sergio, aunque se imaginaba que tras la juerga de la noche anterior, se habría quedado dormida.

—Bien, salga y que no se vuelva a repetir.

Cuando Sergio salió del despacho, Fernando se dirigió al jefe de estudios preocupado.

—Teodosio, a mí esto me huele muy mal...

—No, hombre, es una chiquillada, están en plena adolescencia, las hormonas, ya sabes...

—No sé, yo creo que deberíamos vigilarlos por si esto trae repercusiones para Glauca.

—¿Qué repercusiones va a tener? Igual hasta ahora la hace popular, no le vendría mal un poco de atención para su autoestima, con lo gordita que está...

—¡Pero Teodosio...! —En ese momento, Fernando se dio cuenta de que no merecía la pena seguir hablando con alguien que no quería abrir los ojos. No era la primera vez que se topaba en su carrera como docente con un jefe de estudios que hacía oídos sordos a los problemas de sus estudiantes para

ahorrarse papeleos y complicaciones. Mientras no hubiese peleas y agresiones físicas, Teodosio no se involucraba nunca en la vida del alumnado. ¿Para qué estar tan encima de ellos? Hacían las tonterías propias de su edad, tampoco había que preocuparse tanto. No le merecía la pena involucrarse en chiquilladas ahora que estaba a punto de jubilarse, ya empezaban a ser mayorcitos para solucionar sus problemas entre ellos.

Fernando abandonó el despacho cabizbajo, preguntándose qué consecuencias tendría lo ocurrido para Glauca. Estaba seguro, por haberlo vivido antes en otro centro, de que todo eso acabaría muy mal...



Cuando Amaya regresó a su clase, no estaba preparada para lo que iba a encontrar. En una esquina, junto a la puerta, se encontraba Glauca llorando hecha un ovillo y, pillados in fraganti por su entrada sin anunciar, varios alumnos estaban subidos en las mesas poniendo poses sexis y pidiendo a Glauca a gritos que corrigiese sus posturas si no lo hacían bien. ¿Qué había pasado?

Rápidamente se agachó junto a Glauca para comprobar que estaba bien y, cuando se cercioró de que no estaba herida, por si la habían tirado al suelo, se puso en pie y miró muy seriamente al resto de los alumnos, que se habían ido sentando y permanecían en silencio esperando su reacción.

—Glauca, ve al baño para limpiarte la cara y tranquilizarte. Pero no vayas sola, que te acompañe alguien.

—¡Yo, profe! —gritó Andrea—. Deja que la acompañe, que estos imbéciles se estaban burlando de ella sin motivo.

—Está bien, cuando se tranquilice, por favor, ve a llamar al jefe de estudios para que venga —contestó Amaya sin ver a tiempo la mirada de horror de Glauca, ya que se había girado hacia la pizarra para comenzar la lección e intentar recuperar todo el tiempo que había perdido.

Cuando llevaba apenas unos minutos de explicación, llamaron a la puerta y apareció Sergio pidiendo permiso para entrar.

—Disculpa, profe, pero tengo que recoger mis cosas, me acaban de expulsar...

—¿Pero por qué? ¿Qué has podido hacer tan grave como para que te expulsen? —preguntó Amaya sospechando que fuera lo que fuese tenía que ver con Glauca.

—Bueno, estaba usando el móvil en clase de matemáticas y me pilló Fernando...

—Ajá... está bien, recoge tus cosas y márchate sin hacer mucho ruido, que hemos perdido demasiada clase por hoy.

Sergio se dirigió a su pupitre, bajo la atenta mirada de los demás compañeros de clase. Alberto, que se sentaba a la izquierda de Sergio, le escribió una nota en el cuaderno rápidamente:

Eres un capullo, te has pasado un huevo con Glauca.

Sergio quiso contestar, pero se lo pensó dos veces, cogió sus cosas rápidamente y se marchó de clase. En el fondo, sabía que Alberto tenía razón. ¿Por qué narices había hecho caso a Andrea? Se iba a comer un buen marrón por su culpa. La llamaría en cuanto pudiese para explicarle lo que había pasado con el jefe de estudios. Solo esperaba que después de todo Andrea mereciese la pena. Estaba deseando poder estar con ella a solas...



Sin parar de sollozar, Glauca se encerró en uno de los cubículos del baño tan pronto como entró acompañada de Andrea. No quería estar con ella, no entendía cómo era posible que Amaya no se hubiese dado cuenta de que una de las que le estaban gritando cosas horribles había sido ella.

—Oh, vamos, Glauca, que no ha sido para tanto —dijo Andrea con voz melosa—. ¡Si ha sido solo una pequeña broma! ¿Por qué no sales y te lavas la cara? Seguro que te sientes mejor después, venga...

Glauca no tenía ningún interés en hacerle caso, sabía por experiencia que Andrea era una de las chicas más crueles no solo de la clase, sino de todo tercero. ¿Por qué iba ahora a preocuparse por ella? Seguramente quería reírse de las pintas que tendría, con todo el maquillaje corrido por las lágrimas. El maquillaje que tan cuidadosamente se había vuelto a poner para posar para Sergio, su Sergio, que la había traicionado. ¿Por qué lo había hecho? No entendía nada, pero estaba claro que si sus compañeros se habían puesto a gritarle obscenidades y a hacerle burla nada más abrir la puerta, era porque Sergio les había enseñado la foto.

—Glaucaaaa, Glaucaaaa, sal ya de una vez, venga, que tengo que ir a llamar al jefe de estudios y no puedo dejarte dentro de un cubículo como si fueses una borracha común, anda, sal ya de una vez. Aunque a lo mejor últimamente has salido mucho y lo de borracha te pega, ¿no? Sergio dice que no aguantas el alcohol. Te imagino perfectamente en los retretes del Moonlight echando la pota —continuó diciendo entre risotadas Andrea,

cada vez sonando más como la chica cruel que era y menos como el papel de niña buena que había intentado representar frente a Amaya.

—¡Déjame en paz! —gritó Glauca—. ¡Vete, gilipollas!

—Oh, mira, la gatita asustada saca dientes de leona. ¿Qué pasa, Glauca, que las verdades duelen? Sé perfectamente que te has estado intentando tirar a mi novio, que eres una guarra que le ha engatusado para salir todas las noches mientras a mí me mentía diciendo que quedaba para estudiar contigo. ¿Y quieres que ahora tenga pena de ti?

—¡Tú no eres su novia, su novia soy yo! —contestó Glauca llorando de nuevo, sujetándose las rodillas—. Yo no he intentado robarte a Sergio ni tirármelo porque él es mi novio, fue él quien me pidió salir a mí y nunca me dijo que tuviese nada contigo.

—Por favor, no me hagas reír. ¿Cómo iba a salir en serio contigo?

¿Te has mirado al espejo últimamente? ¿Piensas que por pintarte y tratar de esconder esa cara horrible que tienes tras el pote se iba a olvidar de tus michelines? ¿Y tu pelo? Por favor, si parece que hayas metido los dedos en un enchufe. No te engañes, querida, Sergio posiblemente solo estaba jugando contigo porque yo me hacía la dura...

—¡Yo no soy tu querida! —gritó Glauca mientras abría la puerta furiosa y se tiraba sobre Andrea—. ¡Cállate, cállate de una vez!

¡Sergio es mi novio! Eres una bruja envidiosa porque por una vez no has conseguido lo que tú querías y yo sí.

—¡Apártate de mí, elefante! —Andrea intentaba zafarse de Glauca como podía—. ¡Suéltame o la que se va a meter en un lío vas a ser tú! Y te advierto de una cosa, vaca marina, ándate con cuidadito porque tengo algo en mi poder que puede hacerte mucho daño. A partir de hoy te vas a olvidar de Sergio, ¿me entiendes?

Glauca soltó a Andrea sorprendida. ¿Se referiría a la fotografía de Sergio? ¿Habría sido tan capullo de enviársela a ella? ¿Por qué?

—Así me gusta, que obedezcas. Y es algo que vas a hacer mucho a partir de ahora. Harás lo que yo te diga, empezando por negar que toda esta conversación ha existido y fingir que te he cuidado tan bien como Amaya esperaba. ¿Entendido? Si dices una sola palabra de todo esto, te juro que esa

maldita foto acabará hasta en el telediario. Y ahora lávate la cara y sonríe. El *show* debe continuar.

Glauca no podía creer lo que acababa de ocurrir. Andrea la estaba chantajeando. ¿Qué ocurriría si esa foto llegaba a manos de sus padres y conocidos? Se moriría de vergüenza y culpabilidad por darles a sus padres otro problema más del que preocuparse. Bastante tenían ya con lo suyo. Tendría que hacer lo que esa imbécil le decía hasta que se le ocurriese la manera de terminar con todo ese lío. Seguro que Sergio le daría una explicación. Lo más probable era que ella le hubiese quitado el móvil y se hubiese mandado la foto a sí misma. ¿Cómo iba a haberlo hecho él?

Se limpió la cara como le había dicho y, tras un par de respiraciones profundas para calmarse, se puso en marcha de nuevo hacia su clase. Antes de que Andrea cogiese las escaleras que llevaban al despacho del jefe de estudios para que acudiese a la llamada de Amaya, se paró y se dirigió a Glauca:

—Recuerda, tú y yo ahora mismo somos amigas, nada de lo que ha pasado en el baño ocurrió de verdad, ¿sí?

—Sí, querida —contestó Glauca con rabia contenida perdiéndose en el pasillo de camino a su clase.





Amaya estaba a punto de marcharse cuando Glauca entró por la puerta. Mirándola detalladamente, percibió en Glauca una mirada de tristeza tan profunda que algo en su interior le hizo estremecerse.

—¿Glauca? ¿Estás bien?

—Sí, Amaya, tranquila, todo está bien, en un rato estará todo olvidado. Ya sabes, tonterías que hacen los compañeros de vez en cuando y como estoy muy sensible últimamente por lo que pasa en casa...

Claro, el divorcio de sus padres, cómo había podido olvidarlo.

Hacía unas semanas había tenido una tutoría con los padres de Glauca que fue muy desagradable por la situación tan tensa que presentaba: en lugar de una tutoría para preocuparse por su hija parecía que habían acudido a una psicóloga para que solucionase sus problemas de convivencia. Una pena, sobre todo por la hija modélica que tenían, con buenas notas y comportamiento excelente. ¿De dónde habría sacado el ejemplo? Desde luego, de sus padres no.

—Está bien, pero si te preocupa algo, sabes que me tienes a tu disposición, que las tutoras no solo estamos para regañar en las clases, sino también para que habléis con nosotros cuando lo necesitáis.

—Sí, vale. Muchas gracias por preocuparte, Amaya, de verdad, pero no es nada.

Justo cuando sonaba el timbre para dar paso al primer recreo, el más corto del día, apareció el jefe de estudios por la puerta, lo que hizo que todos los alumnos pusiesen cara de desesperación, porque su llegada

suponía que posiblemente sus quince minutos de recreo estuviesen condenados a desaparecer.

—Siéntense, por favor. Seré rápido. Amaya, ¿podrías explicarme por qué me has hecho venir a esta clase con tanta urgencia?

—Claro, Teodosio. Verás, cuando llegué a mi clase, encontré a Glauca tirada en el suelo, llorando, mientras sus compañeros se burlaban de ella.

—Ajá. ¿Y no hubiese sido mejor que me la mandases al despacho en vez de que yo viniese aquí?

—Bueno, teniendo en cuenta el escándalo que había montado cuando llegué a clase y el estado en que se encontraba Glauca, consideré que lo mejor era enviarla al baño a que se calmase y enviar a alguien a por usted.

—Está bien, entiendo. Vamos a ver, queridos cachorros míos.

¿Se puede saber por qué se burlaban ustedes de Glauca, una de nuestras mejores estudiantes?

Nadie se atrevió a decir nada. Ninguno de los alumnos miraba al jefe de estudios a la cara, y mucho menos a Glauca, que se encogió en su sitio, sintiendo que ser la causante de que los demás se quedasen sin recreo no iba a depararle nada bueno.

—¿Nadie me responde? ¿Acaso no ha sido cierto que la estaban insultando, Glauca?

—Bueno, verá... ya sabe, tonterías de mi clase... tampoco... tampoco fue para tanto —contestó Glauca temblando sin mirar a Amaya, que la miraba asombrada por la mentira que acababa de contar.

—¿No fue para tanto? ¿Está segura?

—Sí, señor, de verdad, todo irá bien en un rato. No sé si habré dicho alguna tontería al entrar en clase y como ya sabe, mis padres están divorciándose, cualquier respuesta borde me pone muy triste...

—Bien, Amaya, la próxima vez, por favor, asegúrate de que se trata de un caso realmente grave antes de llamarme, tengo asuntos importantes de los que ocuparme y no quiero ganarme la animadversión de mis alumnos por dejarles sin recreo —contestó el jefe de estudios, mientras miraba a Amaya con cara de pocos amigos—. Y usted, Glauca, venga a mi despacho.

Amaya pensó responderle, pero sabiendo lo obcecado que era decidió no decir nada. No podía creer lo que acababa de pasar.

Sabía lo que había visto al llegar al aula y lo que había oído. ¿Qué había hecho a Glauca negar la realidad? No le quitó los ojos de encima mientras se marchaba con el jefe de estudios. Algo estaba pasando y estaba segura de que Fernando sabía de qué se trataba. En el segundo recreo, más largo, le preguntaría.

Antes de que saliesen por la puerta, Andrea se dirigió a Glauca:

—Querida, ya que no vas a estar en el recreo, dame tu bocadillo, tengo un poco de hambre...

—Bueno, Andrea, la verdad es que lo quería guardar para el siguiente recreo —contestó Glauca. Pero al ver la cara de pocos amigos de Andrea, inmediatamente cambió de opinión—. Aunque pensándolo bien, es verdad, tómatelo, no quiero que pases hambre, querida.

—Gracias, Glauca, en el fondo te hago un favor, a mí estas calorías no me afectan, pero a ti...

Los alumnos salieron corriendo hacia el patio para disfrutar de los pocos minutos que les quedaban de libertad, y todos sin excepción rodearon a Andrea para intentar averiguar más datos morbosos. Nadie parecía sentirse culpable por lo ocurrido esa mañana y, total, la propia Glauca le había quitado importancia, así que no debía ser tan grave.

En el despacho del jefe de estudios, Glauca se sentó nerviosa en una de las sillas y dejó que él hablase primero.

—Bien, seguramente se preguntará por qué la he llamado.

—Sí, la verdad es que sí.

—Glauca, es usted una alumna excelente, nunca hemos tenido ningún problema con usted, pero, sinceramente, ahora mismo me siento defraudado con su actitud.

—¿Perdone? —respondió Glauca asombrada.

—Sé muy bien que todo eso de la clase era por la foto que envió a Sergio esta mañana. ¿Cómo se le ocurre ir provocando a un chico que tiene novia? Entiendo que su situación familiar es muy complicada ahora mismo y necesite llamar la atención de alguna manera, pero Glauca, enviar fotos eróticas no es el modo de hacerlo.

—Discúlpeme, señor, pero Sergio es mi novio, no tiene ninguna otra novia, si le he mandado esa foto es porque él me la pidió, ya que nuestra

relación está llegando a ese punto...

—Pues no está usted bien informada. Por lo que se ve, su novia es Andrea. Y seamos honestos, Glauca, usted es muy atractiva intelectualmente, pero físicamente, digamos que tiene que perder unos kilos.

—¿Pero qué dice? ¡Esto es absurdo! —contestó Glauca levantándose de la silla de un salto—. ¿Pero quién se cree usted que es para insultarme de esta manera? Se supone que un jefe de estudios está ahí para ayudar a los alumnos, no para echarles más problemas encima. Crea lo que quiera, pero no voy a escuchar más mierda ni un minuto más.

—¡Señorita Rodríguez! Siéntese ahora mismo. Quizá no he utilizado las palabras apropiadas para expresarlo, pero sabe perfectamente a lo que me refiero. Debería estarme agradecido por no haber llamado a sus padres para informarles de la actitud tan indecorosa que ha tenido usted haciéndose ese tipo de fotografías, pero si insiste en faltarme al respeto, no me quedará más remedio que hacerlo.

—¡No! Disculpe, disculpe, supongo que tiene razón —contestó Glauca intentando entender en qué punto de la conversación su supuesto defensor se había convertido en un atacante más—. Si no le importa, me gustaría volver a clase, está a punto de terminar el recreo y no quiero llamar la atención más de lo que lo he hecho ya. Le prometo que nada más volverá a pasar, señor.

—Bien, así me gusta. Salga, pues. —Y dicho esto, el jefe de estudios dirigió la mirada a su ordenador y se puso a trabajar. Lo primero que hizo fue cerrar la base de datos, que había abierto para buscar el teléfono de los padres de Glauca. Por suerte, no lo tendría que usar. No sería necesario avergonzarles con algo así, bastante tenían ya...

Mientras volvía a clase, Glauca iba pensando en cómo había cambiado su vida de un momento a otro. Si todo el mundo decía que era imposible que Sergio la quisiera como novia, ¿sería que tenían razón? ¿Cómo había podido haber sido tan tonta como para creer que todo lo que le había pasado con él era cierto?

Cada vez estaba más segura de que él solo estaba aprovechándose de ella, ¿quién la iba a querer? Notaba cómo su antigua inseguridad iba

resurgiendo de aquel lugar profundo en el que había logrado esconderla hacía meses. Por un tiempo se había sentido bonita, atractiva, interesante. Pero ahora... ahora volvía a ser la doña nadie que no podía tener novio, el elefante que estaría solo por los siglos de los siglos y, por si fuera poco, se había convertido en la esclava de Andrea. Y el día no había hecho más que empezar.

—¡Glauca! ¡Eh, Glauca! —gritó Alberto desde la puerta del patio—. Te estaba esperando. He visto que le has dado tu bocadillo a Andrea, así que por si terminabas pronto de hablar con el pesado de Teodosio te he guardado un poco del mío, ¿quieres?

—Vaya, gracias Alberto, qué amable. La verdad es que tengo un poquito de hambre, te lo agradezco.

—¿Estás bien?

—Sí, sí claro, ¿por qué no iba a estarlo?

—Glauca, que estaba en clase... lo de la foto...

—¡No! Alberto, te prohíbo que hables de eso. Ya está, ya pasó, no existe. Por favor, no quiero hablar de eso.

—Pero, Glauca...

—No, te lo pido por favor... —Y, sin poder evitarlo, se puso a llorar. ¿Cómo explicarle a su mejor amigo lo que había pasado?

Desde que había empezado a salir con Sergio le había tenido un poco abandonado y ahora él estaba ahí, dándole su apoyo sin ni siquiera saber la gravedad del asunto.

Alberto la abrazó y le acarició el pelo para calmarla. No entendía muy bien por qué su amiga no quería hablar del tema, y se sentía dolido, pero ahora tocaba apoyarla y parecía que esa era la única manera de hacerlo. Sabía que cuando ella estuviese lista para hablar, lo haría.

—Venga, Glauca, sonríe, que ahora tenemos clase de lengua, ¡tu favorita! Y además, recuerda que nos ha traído a unos escritores invitados. ¿Te has acordado de preparar la presentación que tenías que hacer de ellos?

—Sí, sí, la tengo —dijo Glauca limpiándose las lágrimas de las mejillas con la manga de la camiseta—. La verdad es que ha sido muy interesante. Me encanta la novela negra, y la que han escrito estos escritores es la leche, me la leí enseguida.

—¿Cómo se llamaban, que se me ha ido la olla? —preguntó Alberto a pesar de recordar perfectamente sus nombres, pero sabiendo que no había nada que hiciese más feliz a Glauca que hablar de libros.

—Pues son la psicóloga forense Gabriela Pedraza y el criminólogo Carlos Amo, ¿recuerdas que salieron hace poco en la tele porque habían estudiado el caso de los asesinatos de la familia Cuervo? —contestó Glauca totalmente metida en el tema y con una cara mucho más animada.

—¡Sí, sí, lo recuerdo! Todavía se me ponen los pelos de punta al recordar esos crímenes en Valencia, ¡cómo me alegro de vivir en Madrid y habernos librado de esa barbarie!

—¡Ya te digo! Venga, vamos a clase, que va a tocar la campana en unos segundos y quiero coger mis apuntes para repasarlos antes de bajar al salón de actos.



Glauca se sentó impaciente en la primera fila. Estaba deseando que empezase el encuentro con los escritores que tanto había preparado. Por lo menos de esa manera podría olvidarse por un rato del día tan malo que llevaba. Si había algo que la apasionase, eso era la literatura, y había tenido la suerte de dar con una profesora de lengua genial que les traía escritores cada mes al instituto. La profesora le había pedido que preparase una introducción sobre los autores, como solía hacer cuando tenían visita, y esperaba lucirse para resarcirse de la humillación sufrida por la mañana. Se lo había preparado muy bien.

Alberto se había sentado a su lado, porque, aunque a él no le apasionaba la lectura, sí leía algo de vez en cuando si se hacía alguna película o serie de ese libro, como era el caso de la novela que les iban a presentar.

Cuando estaban todos sentados y la profesora consiguió que se callasen, les explicó que iba a haber una sorpresa:

—Como sabéis, este libro que hoy nos van a presentar Gabriela Pedraza y Carlos Amo va a ser llevado al cine por el director que da nombre a nuestro instituto, Ernesto Gutiérrez. Bien, pues como recordaréis también de la visita que tuvimos de Carlos García Miranda cuando os presentó *Conexo*, era amigo suyo... y ha conseguido que esté hoy aquí junto a nosotros para que podáis tener una visión global del libro y la película y le preguntéis vuestras dudas, así que ¡dad un fuerte aplauso de bienvenida a nuestros tres invitados de hoy!

En cuanto terminó de hablar, Andrea se acercó a Glauca por detrás y le pellizcó la espalda.

—Eh, tú. Dame tu presentación —le dijo en susurros cuando Glauca se volvió para protestar.

—¿Qué? ¡Ni lo sueñes! Es un trabajo que he hecho yo, no pienso dártela, ¿estás loca? ¡La profesora se daría cuenta de que no es algo tuyo!

—Me da igual, no voy a perder la oportunidad de que me conozca Ernesto Gutiérrez, ¿y si me saca en la película de extra?

—Sí, de loca asesina, no te jode... —respondió Glauca cada vez más enfadada.

—Mira, niñata, dámelo ahora mismo, o ya sabes lo que te espera —siseó Andrea enseñándole el móvil, que sujetaba escondido junto a sus piernas.

Glauca puso los ojos como platos, incapaz de creer que la locura de Andrea llegase hasta el punto de querer chantajearla con algo así. ¿Qué más querría de ella?

—Glauca —llamó la profesora—. ¿Tienes algún problema con la presentación? Estamos esperando a que salgas para poder empezar.

—Nuria, es que Glauca me estaba diciendo que se le había olvidado hacer el trabajo que le encargaste —contestó Andrea por ella—, pero yo he hecho uno porque me encantaba el tema del libro. Se lo acababa de dejar a ella para que lo leyese antes de que yo saliese, ¿te parece bien si esta vez hago yo las presentaciones? Sería todo un honor teniendo en cuenta lo distinguidos que son nuestros invitados hoy —dijo mientras se levantaba, le arrebató a Glauca los papeles y le guiñaba un ojo a Ernesto.

Alberto estaba a punto de decir algo cuando Glauca, apretando su mano para indicarle que se estuviese callado, dijo:

—Sí, es cierto, disculpa Nuria, porque se me fue completamente de la cabeza, estaba convencida de que la visita era mañana. He revisado el trabajo de Andrea y está genial, así que si te parece bien, que lo lea ella.

—Bueno claro, adelante, Andrea —contestó Nuria perpleja, puesto que era la primera vez que su alumna favorita olvidaba uno de sus encargos y, por si fuera poco, Andrea, la que peor nota sacaba en sus clases, había hecho un trabajo aparentemente perfecto. Hablaría más tarde con Glauca.



Al parecer el divorcio de sus padres la estaba afectando más de la cuenta. Seguro que con un café de por medio conseguía tranquilizarla.

Mientras Andrea comenzaba a leer la introducción que Glauca había preparado, con una pequeña improvisación sobre el director, cuya carrera cinematográfica se sabía de memoria, Glauca se acercó a Alberto y le susurró al oído:

—Por favor, Alberto, no preguntes, luego a lo mejor te lo explico...

—Pero tú estás loca, ¿se puede saber qué te pasa hoy? ¿Desde cuándo Andrea tiene tanto poder sobre ti?

—Déjalo, por favor, te lo pido por favor...

—Esto tiene que ver con la foto, ¿verdad? ¿Te ha amenazado?

—No, no, en serio, no es por eso, le debía un par de favores que me hizo una vez y como ha visto al director de cine no se le ha ocurrido mejor momento para pedírmelos de vuelta.

—¿Pero tú de verdad quieres que me crea eso? ¿Andrea haciéndote favores a ti? ¡Pero si todos saben cuánto te odia!

—Sí, sí, una vez, el mes pasado, porque mi madre no podía ayudarme con un trabajo y ya sabes que su padre es el jefe de mi madre y me pasó material para el trabajo de química y bueno, en fin, ya está, que es eso.

—Shhhh —les indicó la profesora para que se callasen, puesto que estando en la primera fila sus cuchicheos eran muy molestos. Desde luego Glauca no estaba bien, ese comportamiento era completamente impropio de ella.

Tras una charla muy animada, en la que se enteraron de que Gabriela Pedraza, Carlos Amo y Ernesto Gutiérrez habían sido compañeros de instituto con una profesora de lengua tan genial como la suya que les llevaba autores para que se interesasen por la literatura, pudieron pasar a las preguntas.

Andrea no paró de preguntar a Ernesto sobre qué había que hacer para formar parte del *casting* de sus películas, y si ya estaban decididos todos los actores. Se puso tan pesada, sin dejar participar a los demás que querían conocer más sobre el trabajo de criminólogos y cómo había sido la experiencia de escribir el libro a cuatro manos, que Ernesto le contestó:

—Pues mira, ¿perdona, cuál es tu nombre, que lo he olvidado ya? —preguntó Ernesto colocándose las gafas negras al estilo Woody Allen que había adoptado desde su época de instituto y que, junto a su saxofón, tanta suerte le habían traído en el mundo cinematográfico.

—Andrea, me llamo Andrea Ruiz del Val, espero que recuerdes mi nombre para el *casting* —contestó un poco molesta, ya que lo había dicho nada más empezar la presentación. ¿Es que no le había prestado atención cuando hablaba?

—Bueno, Andrea, como te he repetido al menos tres veces ya, el *casting* lo lleva una empresa, tendrías que ponerte en contacto con ellos y, junto a una autorización de tus padres, hacer una prueba de selección. Aunque mira, ahora mismo nos queda un papel libre, es de extra, y, aunque no se te vería la cara, es muy importante.

—¿Sí? ¿Cuál es? ¿Doble de la protagonista? Porque mira, que aunque tengo quince años, como ves parezco mucho mayor... —contestó, volviendo a guiñarle el ojo.

—Bueno, en cierto modo, es de doble sí: el papel es el de cadáver, que tiran a un contenedor de basura envuelto en tripas de gato. ¿Te interesa?

—Eh... Bueno, me lo voy a pensar, muchas gracias. En cualquier caso, pediré a mis padres que me lleven a esa empresa para que tomen mis datos y me llamen si hay algo más... adecuado a mi edad.

Alberto y Glauca se miraron aguantando la risa como podían, porque estaba claro que Ernesto se la había quitado de encima de una manera muy eficaz, de hecho, dejándola un poco en ridículo, lo que ambos le agradecían enormemente. Algún día ella le escribiría para hacerle saber el bien que le había hecho ver a Andrea morder el polvo gracias a su comentario.

Aunque se lo estaban pasando muy bien con la visita, todo llegaba a su fin y, tras el turno de preguntas, en el que por suerte Andrea no volvió a intervenir, los autores y el director se despidieron y prometieron volver a verles con su siguiente libro.

Se hicieron una foto de grupo con ellos y, mientras los demás se iban yendo a clase, Nuria pidió a Glauca que se quedase con ella un momento.

—Glauca, dime la verdad, ¿qué ha pasado con tu trabajo? He estado pensando, lo que ha leído Andrea era tuyo, ¿verdad?

—No, de verdad, era de ella... —contestó Glauca ruborizándose y sin poder levantar la vista del suelo.

—Glauca, eres mi mejor alumna, sé perfectamente cómo escribes y también sé que Andrea es incapaz de escribir una oración subordinada con corrección, ¿pretendes que me crea en serio que era trabajo suyo?

—Bueno, la verdad es que se lo dejé porque ella quería conocer al director y pensó que lucíéndose llamaría su atención.

—Ummm... Está bien, muy propio de Andrea... En fin, qué chica.

Por cierto, hay otra cosa que quería contarte. Ernesto me ha comentado antes de entrar que le gustaría invitar a dos de los alumnos que yo elija a un día en el rodaje de la película, y se me había ocurrido que uno de ellos fueses tú, ¿te gustaría?

—¡Claro que me gustaría! ¡Genial! ¡Eso sería estupendo! Muchísimas gracias, Nuria, de verdad. Desde que tú has llegado, vivo emocionada por todas las sorpresas que nos traes, y esto es genial. ¿Quién será el otro estudiante?

—Pues había pensado en Sergio, como os vi juntos el otro día cogidos de la mano deduje que estabais saliendo y me pareció buena idea, ya que es muy buen estudiante también.

Glauca palideció al escuchar el nombre de Sergio. No quería ir con él. No quería volver a verle. De hecho, estaba más que feliz por que le hubiesen expulsado ese día, se lo merecía, aunque no hubiese podido pedirle explicaciones sobre su comportamiento.

—Esto, Nuria, verás, ahora mismo Sergio y yo tenemos una pequeña crisis, ¿podría ir con Alberto, que es mi mejor amigo?

—¿Alberto Muñoz? Claro, por supuesto, era mi otra propuesta por si metía la pata con Sergio, sé lo que le fascina el mundo de la televisión, así que ir a un rodaje le tiene que volver loco, ¿no crees?

—Ja, ja, ja, sí, estoy segura de que se va a emocionar muchísimo.

—Bien, ahora vuelve a clase, que yo subo enseguida para hacer un poco de sintaxis la media hora que queda antes del segundo recreo.

—¡Sintaxis! En fin, lo que le faltaba a este día... —Gruñó Glauca para sí. Le encantaba la parte de literatura, pero la sintaxis... aunque se le daba muy bien, le parecía muy aburrida y no entendía por qué les explicaban

cómo hacer eso en lugar de aprender a comprender y analizar mejor los textos. Si llegaba alguna vez a Ministra de Educación, sería lo primero que cambiaría...



Glauca llegó a clase corriendo, deseando contarle a Alberto la noticia tan estupenda que le acaba de dar Nuria. ¡Iban a ir a un rodaje de cine! Aunque su primera pasión era la literatura, el cine no se le quedaba muy atrás. Le fascinaba cómo se podían convertir las palabras en imágenes, y la opción de ser guionista en un futuro no le desagradaba del todo.

Buscó a Alberto con la mirada y le sonrió. Se acercó a su pupitre y comenzó a contarle lo que le había dicho Nuria. Alberto la abrazó emocionado, bajo la atenta mirada de Andrea, quien sospechó que algo excepcional acababa de pasar delante de sus narices y no se había enterado. ¿Por qué estaban tan contentas esas dos ratas? Se acercó a Glauca y le preguntó qué pasaba.

—Nada, no pasa nada, solo que quiero mucho a mi amigo, ¿no le puedo abrazar?

—No, no eres de esas personas que muestren su afecto en público. Dime qué ha pasado para que os hayáis puesto como locos los dos. Exijo saberlo ya.

—¿Exiges? ¿Pero quién coño te crees que eres, Andrea? —preguntó Alberto indignado—. Mira, no sé qué mosca te ha picado hoy con Glauca, pero vale ya, bonita, porque te estás pasando cuatro pueblos.

—Mira, imbécil, tú te callas, ¿vale? Esto es entre Glauca y yo, así que si le digo que me cuente algo, me lo cuenta, ¿a que sí, querida?

—Eh, Alberto, no te preocupes, de verdad, no pasa nada —dijo Glauca volviéndose hacia su amigo para calmarle—. Estoy bien, es que Andrea y

yo nos hemos hecho más amigas últimamente y no puede soportar verme tan feliz sin poder compartir conmigo esa felicidad, ¿verdad Andrea?

—Sí, exacto. Ahora, ¿vas a contarme qué ha hecho que os pongáis a saltar los dos?

Glauca no tuvo tiempo de contestar, ya que Nuria entró en ese momento a la clase. Antes de empezar con la sintaxis, sin saber el lío en el que estaba a punto de meter a Glauca, dijo con la mayor de las sonrisas y llena de entusiasmo:

—Bueno chicos, ahora que me lo han confirmado, ya es oficial:

Glauca y Alberto pasarán un día entero en el rodaje de la película. ¿A que es fantástico? Luego escribirán un reportaje para nuestra revista Tiracantos, para que todos podamos compartir esa experiencia tan maravillosa con ellos. ¡Es genial!

Glauca se quedó boquiabierta, puesto que no pensaba que se fuese a hacer público y quería conservar ese secreto de las garras de Andrea. Garras que, por cierto, sintió en ese momento apretando su brazo:

—Vaya, vaya, Glauca, qué callado te lo tenías... ¿Por qué no lo has compartido conmigo?

—¿Tú qué crees, Andrea? La verdad es que no quería compartirlo contigo porque quería darle una sorpresa a Alberto, que es quien más se merece un regalo así.

—Tienes razón, Glauca —dijo mientras agarraba a Alberto del brazo como si fuesen buenos amigos—, y es por eso que voy a ir yo con él y no tú, ¿verdad? Sabemos que tú allí no pintas nada con esa forma de vestir tan hortera, mientras que si Alberto luciese a su lado a alguien como yo, conseguiría incluso algún papel de extra, porque quedamos muy bien en pantalla juntos, ¿no crees, guapo?

—¿Contigo? ¡Ni de coña, Andrea! Yo voy con Glauca, que es la que se ha ganado ir en primer lugar. Estás desequilibrada, no sé qué te pasa, pero hasta aquí ha llegado la cosa, ¿me oyes? Te vas a ir a tu sitio y vas a olvidar que Glauca existe. Ahora —dijo mientras se zafaba de su brazo.

—¿Eso es lo que quieres, Glauca? ¿Qué me olvide de ti?

—Sí, olvídame, me tienes harta, ¿no crees que ya has jugado bastante conmigo hoy?

—Muy bien, si así lo deseas, atente a las consecuencias —dijo volviendo a su sitio con una sonrisa cruel.

El resto de la clase pasó rápidamente, analizando sintácticamente oraciones sobre autobuses vallisoletanos y una profesora de alemán llamada *Frau* Matas que suspendía a casi todos sus alumnos por vagos. A pesar de que las oraciones que ponía Nuria siempre le resultaban graciosas porque sabía que se escondía una historia tras ellas, que a veces les contaba, en esta ocasión no les prestó mucha atención. No podía dejar de pensar en la amenaza de Andrea. ¿Sería capaz realmente de pasar su foto a más gente? Esperaba que no. Intentaría llamar a Sergio durante el recreo para poder aclarar las cosas, porque la angustia que estaba volviendo a sentir no se iba a ir si no hablaba con él antes.



—¡Hola, chicos! —saludó con voz cantarina Laura, la profesora de Música, nada más entrar en la sala de profesores—. Uy, ¿a qué vienen esas caras? —preguntó al mirar a Amaya, Nuria y Fernando, los únicos que se encontraban en ese momento allí.

—Puf, creo que estamos a punto de ver cómo estalla una bomba y no podemos hacer nada para evitarlo porque desde arriba se está ignorando —contestó Fernando.

—¿Cómo? ¿Qué ha pasado? —replicó Laura desconcertada.

—Pues tiene que ver con Glauca, ha cometido una estupidez, mandar una foto suya ligera de ropa a Sergio y, aunque aparentemente nadie más la tenía, hemos notado cómo Andrea está tratando a Glauca de una forma muy extraña. Creemos que la está chantajeando —le informó Nuria.

—Pero ¡eso hay que pararlo! ¿Se lo habéis dicho a Teodosio?

—Sí, pero, como te puedes imaginar, su respuesta ha sido «son cosas de la edad, las hormonas, etc.», vamos su rollo de siempre para no complicarse la vida —explicó Fernando apenado—. Me parece increíble que algo así no se haya parado de raíz llamando a todos los implicados y comprobando todos los móviles de la clase. Es que nos encontramos ante un posible caso de *cyberbullying*, y como se demuestre que Andrea está haciendo chantaje a Glauca, el lío nos lo vamos a buscar todos por no haber hecho nada. Y ya no me preocupa solo eso, sino las consecuencias que esto va a tener para Glauca.



—Tienes razón, bastantes problemas está teniendo con el divorcio de sus padres, que la tienen abandonada. Esto no va a ayudarla mucho a sentirse mejor. Tenemos que hacer algo. ¿Qué os parece, avisamos a alguien? —preguntó Amaya que, como tutora de Glauca, consideraba que sí era su responsabilidad avisar a sus padres, por mucho que su jefe de estudios dijese que no era necesario.

—Pues yo creo que hoy lo que tenemos que hacer es recoger pruebas, tenerlos a todos vigilados y, con lo que saquemos en claro, hablar mañana con Glauca, Sergio y Andrea y, entonces, actuar por nuestra cuenta. Llamamos a la policía si lo vemos necesario y hablamos con el director —propuso Fernando.

—Lo que no le va a gustar un pelo. Vamos a fastidiarle su preciosa jubilación, pero ¿qué queréis que os diga? Para mí lo más importante son los estudiantes, lo que parecen olvidar algunos. ¿No estamos aquí por y para ellos? Tantas veces nos perdemos en burocracias inútiles cuando les tenemos al lado pidiendo con gritos silenciosos que les ayudemos y no somos capaces porque otros nos lo impiden con sus normas estúpidas.

Trabajé en un colegio en el que los profesores perdíamos tanto tiempo rellenando impresos que demostraran lo buenos docentes que éramos para que el centro consiguiese un certificado de calidad, que no teníamos tiempo para ocuparnos de los alumnos y sus problemas. Andábamos hasta arriba de trabajo y, cuando saltó un problema grave de acoso en esos días, no se pudo atender correctamente a los alumnos. Me pareció ridículo y frustrante. ¿Certificado de calidad? Y la calidad humana, que es lo más importante, ¿dónde se quedó? —contestó Nuria indignada.

En ese momento, entró Dolores en la sala y todos se callaron.

Cuando se dignaba a hacer acto de presencia allí, parecía que llegaba un huracán. Siempre quejándose de los alumnos o de algún compañero. Ya estaban acostumbrados, así que tendían a ignorarla, lo que no quitaba para que se notase un ambiente poco amable cuando ella estaba presente.

—No os vais a creer lo que acaba de ocurrir en el patio, de verdad, tenemos unos alumnos que dan vergüenza...

—¿Qué ha pasado, Dolores? —preguntó con desgana Fernando.

—Glauca, que se ha liado a tortas con otra compañera. No sé qué le pasa últimamente a esa niña, pero está insufrible.

—¿Que Glauca se ha liado a tortas? ¿Estamos hablando de la misma alumna? —preguntó Nuria sin dar crédito a lo que estaba escuchando.

—Sí, la pobre Andrea ha tenido que acudir a conserjería para que le den agua oxigenada y poder limpiarse, porque Glauca la ha empujado y se ha hecho una herida en la barbilla. Ya le he puesto un parte a la agresora y está castigada sin recreo en la biblioteca. En fin, esta juventud cada vez está peor, no sé a dónde vamos a ir a parar —dijo Dolores mientras se hacía un café en la máquina.

—Dolores, pero ¿por qué le ha pegado? ¿Se lo has preguntado? —inquirió Amaya—. Como tutora, deberías informarme a mí de todo antes de poner partes y sobre todo a una alumna que siempre ha tenido un comportamiento impecable. Te recuerdo que lo está pasando muy mal ahora mismo por el tema del divorcio paterno y...

—Sí, sí, el divorcio. Bueno, que espabile, es la realidad que le ha tocado vivir, de toda la vida han existido divorcios y los hijos no se han ido liando a tortas con la gente. En fin, me voy, que tengo reunión con Teodosio —dicho lo cual, abandonó la sala de profesores con su café, dejándolos a todos perplejos.

—Será mejor que vaya a ver qué ha pasado —dijo Amaya con un suspiro mientras se ponía en pie—. Laura, tienen contigo a última hora. Como estáis practicando para hacer el lip dub <sup>[3]</sup> del instituto, haz que sea ella la que lleve la música junto a ti para que la tengas controlada todo el tiempo, ¿vale? Intenta que Andrea no se le acerque, esto me huele muy mal.



Amaya se acercó a la biblioteca para hablar con Glauca pero, según llegaba, le pareció oír que no estaba sola, así que, antes de entrar, decidió esperar fuera y escuchar.

—... así que tienes que hablar con alguien, Glauca, no puedes guardártelo para ti, esto se está yendo de las manos. —Amaya identificó la voz de Alberto—. ¿Por qué no hablas con Amaya?

Ella es mucho más comprensiva que el capullo de Teodosio, seguro que ella podría ayudarte. O habla con algún profesor con el que tengas confianza, a mí eso me ayudó cuando me hicieron la vida imposible el año pasado, ¿te acuerdas?, seguro que a ti también te ayudaría.

—No, en serio, Alberto, no puedo decírselo a nadie. No entiendo por qué me tiene tanto asco, ¡yo no le he hecho nada!

—Bueno, ella dice que le has intentado robar a su novio...

—¡Pero tú sabes que eso no es cierto! Fue él quien me pidió salir, quien me hizo creer que valía la pena, que era guapa...

—¡Es que lo eres!

—¡Venga ya, Alberto! No soy ciega, sé que uso dos o tres tallas más que mis compañeras de clase, que mi pelo es asqueroso, que mis gafas son feísimas, que no sé vestirme con gusto...

—Y eres inteligente, buena amiga, tienes personalidad, no como esa tontaina a la que se le ha debido diluir la inteligencia en el tinte que usa... Además, a mí no me parece que seas nada de lo que has dicho. ¿Que usas tallas más grandes que las demás? ¿Y qué? ¡Así hay donde agarrar, como

suele decirse! ¿No crees que a lo mejor eso es lo que le atraía a Sergio de ti, que no eres igual que las demás? Sigamos con tu pelo. Querida, que más quisiera la lacia de Andrea tener el pelo rizado que tú tienes. Solo te hace falta ponerle un poco de espuma para dominar esos rizos rebeldes y listo, es lo que hace mi tía, que tiene el pelo como tú.

Y mira, lo de las gafas tiene solución, te puedes poner lentillas, así que no me vengas con tonterías, no dejes que esa fidea te haga sentir mal, porque tú le das mil vueltas.

—Ya, tú que me ves con buenos ojos, pero parece que el que se tiene que poner gafas eres tú...

—No, Glauca, no, yo veo a alguien maravilloso, a una buena amiga que lo está pasando mal, y si tengo que ponerme a bailar samba con un frutero en la cabeza para hacerte reír, lo haré, pero no necesito gafas, veo a alguien que merece la pena. ¿Recuerdas nuestro plan para cuando acabe el instituto? Irnos a Londres a bailar y cantar bajo la lluvia, bajo un paraguas azul como el del corto de Pixar. ¿Tú crees que yo compartiría mi sueño con alguien que no mereciese la pena?

Amaya escuchaba en silencio tras la puerta, emocionada por las palabras que oía de Alberto. Él sí que era un buen amigo, qué suerte tenía Glauca de haber dado con alguien como él. No sabía si sería buen momento para interrumpir la conversación, porque parecía que Alberto estaba ayudando mucho a Glauca. Luego hablaría con ella. Era fundamental que averiguase por qué había pegado a Andrea. Quizá sería bueno empezar por ella, para escuchar su versión.

Se dirigió con paso firme a conserjería y, una vez allí, escuchó la inconfundible voz estridente de Andrea quejándose de la mala suerte que había tenido aquel día:

—Es que no me lo puedo creer, yo que nunca he hecho nada sino ayudar a Glauca, va y primero me intenta robar el novio, luego resulta que flirtea con Ernesto Gutiérrez para conseguir que la lleve a un rodaje cuando estoy segura de que me iba a haber llevado a mí por cómo me miraba y ahora va y se me echa encima en el recreo sin que yo le hiciese nada, es que esto es increíble. Y por si fuera poco, este instituto no cuenta con una enfermería

en condiciones y me tiene que atender el conserje, y lo siento, Enrique, pero es que no me parece correcto.

—Mira, Andrea, ¿sabes qué te digo? Que si tan malo te parece este instituto, siempre puedes irte a un centro privado en el que seguro que te atienden mucho mejor, estarás mimada entre algodones y encontrarás gente que sea igual que tú de... peculiar.

Pero mientras estés aquí, que es donde tus padres han decidido que estés, lo mínimo que vas a hacer es tratar a todo el mundo con el respeto que se merece, porque Enrique tiene bastante con su trabajo como para tener que estar aguantando tus tonterías, ¿entendido? —intervino Amaya en ese momento con cara de pocos amigos.

Andrea se quedó perpleja al escuchar a su tutora, ya que no esperaba que estuviese allí y mucho menos escuchando lo que decía. Se mordió el labio inferior antes de volver a hablar, pensando rápidamente cómo salir de ese embrollo.

—Bueno, sí, es cierto, lo siento Enrique, tú no tienes la culpa de que la pobre Glauca hoy haya decidido ir a por mí todo el día, me tiene muy alterada y no he debido pagarlo contigo. No entiendo qué puede estar pasándole por la cabeza para ser tan agresiva si siempre es tan buena y dulce con todos, quizá su situación familiar la esté afectando en exceso y lo paga con los demás. No sé, Amaya, pero es que lo de ahora ha sido demasiado, mira la herida que me he hecho cuando Glauca me ha empujado en el patio hace un rato. Me duele muchísimo, la verdad —dijo levantando la barbilla para enseñársela a Amaya.

—Sí, ya veo, es un cortecito de nada, no te preocupes, casi no te quedará ni cicatriz. A ver, ¿me puedes explicar por qué te ha empujado Glauca? Yo también he notado que está un poco rara hoy y no sé por qué.

—Ah, menos mal que no soy la única que ve su comportamiento extraño, qué alivio. —Andrea suspiró, poniendo su mano en el corazón con un gesto teatral—. La verdad es que no sé por qué me ha pegado, yo solo me he acercado para pedirle si me daba un trozo del bocadillo que se estaba comiendo y acto seguido se ha puesto como una loca a insultarme y a empujarme. Amaya, a lo mejor necesita ir a un psicólogo, porque esto no es normal...

—Ya. Así que se puso como loca porque le pediste un poco de bocadillo. ¿Podrías decirme exactamente cómo se lo pediste?

Porque me imagino que no se lo dirías de muy buenas maneras...

—Uy, Amaya, no sé por qué piensas eso. Se lo pedí bien, no recuerdo las palabras exactas, pero vamos, que no eran ni mucho menos como para que se portase así conmigo.

—Está bien, hablaré con ella a ver qué me cuenta. Va a sonar el timbre, ve yendo a clase, que os toca con Dolores y sabes que no le gusta nada que lleguéis tarde.

Y dicho esto, inició el regreso a la biblioteca, dispuesta a hablar con Glauca para contrastar lo que le había contado Andrea.

Estaba segura de que las cosas no habían sido tal cual las había explicado ella...



Amaya llegó a la biblioteca justo cuando Glauca salía para ir a clase, puesto que se había terminado el recreo. Estaba sola, por lo que Amaya imaginó que Alberto había ido allí a escondidas de Dolores para animar a su amiga.

—¡Glauca, espera!

—¿Sí, Amaya? —contestó dándose la vuelta al escuchar a su tutora llamándola.

—¿Podríamos hablar un momento de lo que ha pasado en el patio, por favor?

—Pues... es que tengo ahora clase con Dolores, y ya sabes cómo se pone cuando alguien llega tarde...

—No te preocupes, luego le dices que has estado hablando conmigo, ¿de acuerdo?

—Vale, está bien. ¿Qué quieres que te diga?

—Pues verás, he escuchado la versión de Andrea, pero ahora quiero escuchar tu versión. La de verdad, no me mientas.

—Bueno, seguro que Andrea te lo ha contado ya todo, ¿no? ¿Qué más da lo que pueda decir yo si el parte ya me lo he llevado?

—Bueno, lo del parte lo puedo cancelar yo si considero que ha sido impuesto injustamente, que para algo soy tu tutora, Glauca.

—OK. A ver, pues yo estaba con Alberto comiéndome un bocadillo, que, por cierto, me ha tenido que comprar él porque ella se comió el mío esta mañana. Bueno, a lo que iba, estaba ahí tan tranquila y entonces ha llegado ella a decirme que se lo diese que tenía hambre.

—Ajá.

—Bueno y cuando le he dicho que no se lo pensaba dar, que ya me había quitado uno antes, me ha dicho que no tenía elección y que se lo tenía que dar sí o sí.

—¿Que no tenías elección? ¿Y eso por qué, Glauca?

—Pues... —Por un momento, el rostro de Glauca cambió y mostró un atisbo de preocupación. No podía contarle a su tutora el motivo real, prefería contarle una verdad a medias—. No sé, la verdad, está loca. Luego ha dicho que si me lo comía estaría convirtiéndome no en un elefante, sino en un cachalote, que soy una enorme vaca marina y que nadie me puede querer. Que el comer ese bocadillo era un ejemplo de por qué Sergio había podido soportar salir conmigo, porque verme comer era como ver comer a un animal en el zoo y así se divertiría.

—¿Cómo? ¡Pero será...! ¡Eso es inadmisibile!

—Lo sé, entonces yo no he podido aguantar más y la he empujado para que se marchase, pero claro, es tan poquita cosa que mi empujón ha hecho que casi salga volando y al caer se ha dañado la barbilla en el bordillo. Pero vamos, que es un rasguño de nada. Yo enseguida he ido a ayudarla y a pedirle perdón, pero en ese momento ha aparecido Dolores y ella se ha puesto a gritar como una loca que yo la estaba pegando para que me regañasen a mí, como ha sucedido.

—Bien, entonces, habiendo escuchado tu versión y sabiendo que tienes testigos que la corroboran, considero que no debes preocuparte por el parte. Hablaré con Dolores para que te lo quite y, por supuesto, hablaré con Andrea porque su comportamiento hacia ti no es admisible. Es ella la que debería pedirte perdón. Ahora ve a clase y no te preocupes por nada, ¿de acuerdo, Glauca?

—Muchas gracias, aunque, de verdad, Amaya, no sé si hablar con ella va a solucionar las cosas...

—Claro que sí, ya verás —reafirmó Amaya con una sonrisa y acariciando su pelo—. Por cierto, Glauca, me encanta el nuevo corte de pelo que te has hecho, te queda precioso. ¡Ojalá yo tuviese esos rizos tan bonitos que tienes tú!

—¿Te gusta mi pelo? ¿En serio? ¡Si es horrible!



—¡Qué va! De verdad, es precioso. Y ahora, venga, a clase que no quiero que te dé problemas Dolores.

Mientras Glauca se alejaba en dirección a las escaleras para subir a su clase, Amaya se quedó parada unos instantes. Nada de lo que le había contado Glauca cuadraba con sus temores sobre la fotografía. Excepto por ese momento en el que había parecido dudar sobre qué contestar, no tenía nada a lo que agarrarse.

Seguiría investigando.



Glauca subió a toda prisa las escaleras y sintió cómo el corazón se le salía por la boca al llegar a la puerta de su clase. Inspiró hondo un par de veces para que su respiración recuperase su ritmo normal y, resignada ante el grito que le iba a pegar Dolores sin darle una oportunidad para explicar el por qué llegaba tarde, llamó a la puerta y abrió.

—Disculpa, Dolores, ¿puedo pasar? Estaba con...

—¿Que si puedes pasar? ¿Que si puedes pasar? —le gritó Dolores acercándose a la puerta para abrirla del todo—. ¡Sabes perfectamente las normas! Nadie entra en mi clase después que yo. ¿Es que no has tenido suficiente con un parte hoy, Glauca?

—Pero Dolores, es que estaba viniendo a tiempo cuando me ha parado por el pasillo Amaya y...

—¡Claro, claro, por el pasillo! ¿Qué estabas haciendo, Glauca, te ibas a hacer pellas? —preguntó Dolores cruzándose de brazos.

—No, no, yo estaba viniendo a clase, pero Amaya quería hablar conmigo y nos entretuvimos. ¿Podría entrar, por favor? —preguntó Glauca, deseando en su interior que la bruja dijese que no para perderla de vista durante esa hora. Sociales era una de sus asignaturas favoritas, pero con esta profesora estaba empezando a cogerle mucho asco, era insoportable.

—¿Y quién se cree Amaya que es para impedir que un alumno venga a mis clases? ¡Yo no voy robándole alumnos de las tuyas! —replicó indignada Dolores.

—¿Que quién se cree que es? Pues mi tutora, para empezar... —susurró Glauca.

—¿Qué dices? ¡Habla más alto!

—Nada, nada, no he dicho nada, me preguntaba si podría sentarme ya...

—¡No ha dicho eso! —Se escuchó una voz chillona a la izquierda de Glauca—. Yo la he oído, profesora, y ha dicho que Amaya era su tutora, que eso es lo que se cree que es. —Era Andrea, por supuesto, que dedicaba a Glauca una mirada desafiante y sonrisa pérfida.

—¿Ah, sí? Encima me sale guasona la niña. Mira, bonita, te vas a ir ahora mismo a hablar con el jefe de estudios y le dices de mi parte que además de llegar tarde a mi clase, me has contestado de malas maneras. Creo que no le hará ninguna gracia tenerte allí otra vez el mismo día, pero no me queda otra opción, Glauca, llevas un tiempo muy rara y tu comportamiento, especialmente hoy, está siendo muy extraño, creo que hay que pararte los pies.

Y que esto sirva de lección a los demás, aquí venís a aprender, no a hacer lo que os venga en gana, ¿entendido?

—¡Pero si ella no ha hecho nada! —protestó Lubna, que se sentaba a la izquierda de Glauca en la clase—. ¿A que no, Ana? —preguntó a la compañera que se sentaba a su lado.

—Yo creo que no...

—Pero bueno, ahora resultará que se me rebela la clase entera.

Yo soy la profesora y yo decido qué ha hecho o qué ha dejado de hacer, faltaría más. Si alguno de vosotros llega a realizar la bendita y ardua tarea de ser docente, comprenderá mi decisión.

Hasta ese momento, os calláis y a copiar lo que he puesto en la pizarra. Y tú, Glauca, ya estás bajando. Y no te quedes con la boca abierta, que te entrarán moscas.

—Uy, igual se las come, como tiene siempre tanta hambre —dijo despectivamente Andrea.

—¡Serás gilipollas! —le espetó Alberto, que se sentaba detrás suya. A lo que Andrea respondió sacándole el dedo corazón.

—¡Silencio he dicho! ¡A copiar! —gritó Dolores antes de sentarse en su pupitre. Estaba contando los días que quedaban para que terminase el

trimestre y llegaran las vacaciones de Navidad.

Necesitaba alejarse de esos críos, iban a volverla loca con sus tonterías. Ya no tenían ningún respeto a los profesores y cada vez lo soportaba menos. Quizá hubiese sido demasiado dura con Glauca, pero era por su bien, estaba segura de ello. Esa niña necesitaba hacerse fuerte y olvidar lo de sus padres. Como hizo ella de pequeña.

Glauca cerró la puerta tras de sí, sin saber qué hacer. ¿Debería buscar a Amaya primero y contarle lo que acababa de pasar o ir directamente a hablar con el jefe de estudios? Se sentía estúpida por ser incapaz de tomar una decisión tan simple como esa pero, en ese momento, sencillamente no podía moverse. Estaban pasando demasiadas cosas el mismo día como para poder olvidarlas y seguir adelante. No le había contado toda la verdad a Amaya sobre por qué había empujado a Andrea, no podía. Sí era cierto que empezó a insultarla, pero no se quedó ahí, también le dijo que por la tarde tendría noticias tuyas y, quizá, de medio instituto, lo que quería decir que había enviado su foto a más gente como había amenazado con hacer. ¿Qué pasaría si se enteraban sus padres? No quería ni imaginarlo.

Finalmente, pensando que hacía un favor a Amaya evitándole una confrontación con Dolores, decidió ir a ver al jefe de estudios. Quizá pudiese contarle lo que había hecho Andrea en el recreo para que la ayudase. Para eso estaba, ¿no? Se suponía que él tenía que ayudarla, no juzgarla por sus propios prejuicios, como le dio la impresión que hizo con ella por la mañana.

Probaría suerte.

Llamó a la puerta y una voz cansada le contestó que pasase. Así lo hizo y esperó a que él le diese permiso para sentarse.

—¿Y bien, señorita, va a contarme qué hace aquí por segunda vez en el mismo día? —preguntó Teodosio sin apenas levantar la vista de los papeles que estaba revisando.

—Bueno, el caso es que me envía Dolores...

—¿Por lo que ha ocurrido en el patio, supongo?

—Eh, no, ha sido por llegar tarde a su clase y, según ella, por darle una mala contestación, pero eso no es cierto, además... —Intentó explicar Glauca.

—O sea, que es la tercera cosa que hace usted mal hoy, o debería decir cuarta. Primero nos demuestra que es una exhibicionista, luego se vuelve agresiva con una compañera y ahora no solo llega tarde, sino que contesta de malas maneras a una profesora. —Recapituló Teodosio cerrando el bolígrafo que tenía en la mano para, por fin, centrar su atención en la alumna—. ¿Pero qué le pasa hoy Glauca? Sabe que esta mañana acordamos no avisar a sus padres, pero este comportamiento es inaceptable.

—Pero señor, si es que no es cierto lo que ha dicho Dolores, yo llegaba tarde por un motivo justificado y no le contesté nada malo, se lo juro.

—¿Y qué motivo era ese, si puede saberse?

—Pues estaba hablando con Amaya sobre lo ocurrido en el patio porque quería escuchar mi versión de los hechos.

—Que me imagino muy distinta a la que nos contó Andrea, ¿verdad?

—Pues la verdad es que sí, ella me insultó y yo me defendí...

—Ya, pero debe recordar que, en nuestro reglamento interno, cualquier tipo de agresión está penalizada con la expulsión, da igual si fue en defensa propia o no.

—Pero eso no es justo, Andrea lleva detrás de mí todo el día desde lo de la foto. ¡No para de molestarme! —protestó Glauca, viendo cómo iba a terminar el día.

—¿Y cómo se portaría usted con alguien que envía fotos como la suya a su novio, Glauca? Porque no creo que se comportase como su mejor amiga, ¿no?

—¡Pero eso no es justo! Sergio, hasta donde yo sabía, no tenía otra novia que no fuese yo, le juro que yo nunca lo hubiese hecho de saber lo contrario. Es más, nunca hubiese salido con alguien que ya tiene pareja, no soy de ese tipo de chicas, como usted parece creer.

—Como comprenderá, cuando tanto Sergio como Andrea me han dicho que eran novios, es muy difícil creer su versión, Glauca. En fin, creo que hoy habrá aprendido una lección importante.

—¿A no confiar en quien se supone que tiene que ayudarme? —respondió con sorna Glauca.

—Voy a pasar esa contestación por alto, pero me temo que no juega a su favor pasarse de la raya conmigo en estos momentos, señorita. Voy a llamar

a su casa para que vengan a buscarla.

Puede volver a clase a por sus cosas y espere en conserjería a que vengan sus padres a por usted. Espero que utilice este tiempo de reflexión bien y vuelva a clase mañana con otra actitud.

—¿Y no debería hablar primero con Amaya antes de echarme así como así? Vamos, digo yo que como tutora mía tendrá algo que decir, ¿no?

—¿Me va a decir ahora también cómo hacer mi trabajo?

—No, solo sugería que...

—Pues no sugiera nada, no está aquí para eso. Ya puede marcharse —dicho lo cual, se puso a teclear en el ordenador para encontrar el teléfono de los padres de Glauca en la base de datos.

Cerró la puerta y subió a la segunda planta. Antes de entrar en clase, se dirigió arrastrando los pies hasta el baño más cercano.

Iban a llamar a su casa y contarles a sus padres lo de la foto. Lo demás le importaba una mierda, pero lo de la foto no, no podría mirarles a la cara. Notó cómo el nudo que llevaba en el estómago desde que llegó al instituto se hacía más grande, tanto que sintió una necesidad imperiosa de vomitar. Entró corriendo en un cubículo y, arrodillándose, echó todo lo que había comido durante la mañana, que no era mucho. Se sentía fatal, ¿qué iba a pasar con su vida? Cuando se encontró un poco mejor se acercó al lavabo para limpiarse la cara y las manos. Cuando estaba a punto de salir del baño, escuchó la voz de Silvia, la mejor amiga de Andrea, que decía:

—Así que vomitando. Si va a tener razón Andrea, te está haciendo un favor quitándote los bocadillos, así no tienes que vomitar como la cerda bulímica que eres.

—¡Yo no soy bulímica! Y cerda lo serás tú, gilipollas.

—Ya, eso se lo dirás a otra, te he oído vomitar, no puedes negarlo.

—Pero no por ese motivo, me encuentro mal, eso es todo —contestó Glauca cansada de tener que estar justificándose todo el tiempo sin que sirviese para nada—. Pero mira, piensa lo que quieras, seguro que tu amiguita Andrea y tú os inventáis cualquier mierda más que añadir a la lista que tenéis ya sobre mí.

Tras decir esto, Glauca salió del baño y se dirigió a la clase. Esta vez, no se molestó en llamar, abrió directamente y le dirigió una mirada de odio a

Dolores cuando fue a decir algo para meterse con ella. Esta se lo pensó dos veces antes de regañarla, pues supuso que tal reacción se debía al castigo que le habría impuesto el jefe de estudios. Glauca cogió sus cosas y, tras hacerle a Alberto un gesto con la mano para indicarle que le llamaría, cerró la puerta de un portazo.

La clase permaneció en silencio durante unos instantes, atónitos ante el comportamiento de su compañera.

—Bien, sigamos, ¿o alguien más quiere ir a hablar con el jefe de estudios hoy? —preguntó Dolores levantando el mentón para dejar claro quién era la que mandaba allí.



Glauca esperaba sentada en los incómodos sillones del *hall* a que llegase alguno de sus progenitores a buscarla. Si alguna vez había deseado que se parase el tiempo, ese era el mejor momento para que ocurriese. No quería, no podía imaginarse cuál sería la reacción de sus padres, tan conservadores, al enterarse de que su hija le había enviado una foto ligera de ropa a su novio. O lo que fuese, porque ya no sabía cómo considerar a Sergio.

Cerró los ojos y pensó en los eventos del día. ¿Cómo había podido torcerse todo de tal manera? Ella que había llegado tan feliz a clase, se había encontrado con un problema tras otro y ahora se enfrentaría al infierno en su casa. Sin que pudiera evitarlo, una lágrima se deslizó lentamente por su mejilla.

—¿Quieres un pañuelo? —Era la voz de Enrique, el conserje, que se había acercado a ella apenado ante la visión de una de las alumnas más educadas del instituto llorando.

—Sí, gracias, Enrique —contestó Glauca intentando controlar los sollozos.

—Mira, Glauca, si esto tiene que ver con Andrea, si te sirve de consuelo, me parece que el que la hayas empujado se lo tenía más que merecido. Esa niñata tiene unos aires con todo el mundo... Siento mucho que te hayan expulsado por eso.

—Gracias, Enrique. Estoy harta de ella, yo no le he hecho nada, y ella no hace más que insultarme y molestarme.



En ese momento se abrió la puerta y apareció el padre de Glauca. Se quedó parado unos instantes hasta que la localizó y se dirigió hacia ella con rapidez.

—Papá, yo... —Intentó decir Glauca, pero no pudo seguir, pues su padre le soltó una tremenda bofetada que la dejó sin palabras y con una gran marca roja en la cara.

—¡Oiga! ¿Qué hace? —intervino Enrique acercándose por si tenía que detener al padre ante otra agresión.

—Es mi hija y haré lo que me dé la gana, ya que ella no ha tenido ningún reparo en avergonzar a su familia. Vamos, sube al coche. Se te ha terminado tanta libertad y tanta mierda. A partir de ahora, no sales de casa. ¿Es que no teníamos bastantes problemas ya? Joder, Glauca, ¿en qué estabas pensando? —le gritó mientras tiraba de ella hacia el coche.

Glauca se volvió para agradecer a Enrique con su mirada el haber intentado ayudarla y entró al coche sin rechistar. Tenía miedo. Su padre nunca la había pegado y esperaba que no se repitiera al llegar a casa. ¿Lo sabría su madre ya? Antes de que el coche arrancase, vio la figura de Amaya, que salía corriendo del instituto hacia ellos.

—¡Espere, espere! —gritaba a su padre.

El padre de Glauca, que estaba a punto de cerrar la puerta del coche para arrancar, salió para escuchar a la tutora de su hija.

—¿Sí?

—Disculpe que llegue así corriendo, pero no me habían avisado de que le habían llamado, lo siento muchísimo. Me gustaría hablar con usted a solas unos minutos, ¿sería posible?

—¿Que no te habían avisado? ¿Así funciona este instituto? ¿La tutora no sabe qué pasa con sus pupilos? Vaya mierda de sitio, así pasa luego lo que pasa. ¿Y dónde estabas tú cuando mi hija pegó a la otra chica, eh? Seguro que tomándote un café. Como sois funcionarios, os da igual todo, que se maten en el patio, total os pagan igual...

—Oiga, no voy a permitir que me hable así, ¿entendido? Como en cualquier colegio, hay turnos para cuidar el patio, y este no era uno de los que yo tenía que hacer. De todas maneras, quería decirle que Glauca no tuvo la culpa, la otra chica...

—¿Que no tuvo la culpa? ¿Que no tuvo la culpa? Y si es así, ¿por qué la otra chica no ha sido castigada? No me venga con tonterías, mi hija tiene que responsabilizarse de sus actos, que ya es mayorcita, no necesita que venga usted a excusarla. Solo espero que el padre de la otra chica no denuncie a mi hija por haberle provocado daños. Según me explicó el director, tiene una herida muy fea en la barbilla. Conociendo al padre, me temo lo peor...

—Le aseguro que la herida era solo un rasguño. No debe temer por su padre, en cuanto vea la herida se dará cuenta de que no es para tanto. Lo que quería decirle es que esa chica ha estado acosando a su hija todo el día, Glauca solo ha podido defenderse...

—¿La otra chica le molestaba? Pues entonces, ¿por qué no hicisteis nada para evitarlo? Vuelvo a decir lo mismo, me parece que estás intentando quitarle importancia a lo que ha hecho mi hija para que no la castigue, pero esto no tiene excusa. Primero mi hija se convierte en una guarra que envía fotos desnuda y luego se pone a pegar a sus compañeros de patio. Esto se nos está yendo de las manos —dijo totalmente enfadado el padre de Glauca—. Mira, Amaya, muchas gracias por ponerte de su lado, pero creo que esto es algo que debemos hablar en casa. En cualquier caso, esto no se va a quedar así, ya hablaremos. Si me disculpas... —dijo volviendo al coche y, sin dar tiempo a que Amaya pudiese contestar, arrancó.

El trayecto hasta su casa fue silencioso. Glauca cerró los ojos e imaginó que flotaba muy lejos, que desaparecía de allí. Su respiración se fue haciendo cada vez más lenta y, con el rodar del coche, se quedó dormida.



Alberto miraba con cara de odio a Andrea. Ella era la culpable de que su amiga se hubiese tenido que marchar expulsada, sufriendo. No podía concentrarse en lo que decía Dolores; solo era capaz de pensar en lo que haría al salir del instituto: llamaría a Glauca y, si no le contestaba, iría a su casa a buscarla. No iba a dejarla sola en esos momentos.

Durante las semanas que estuvo saliendo con Sergio, Alberto se había mantenido alejado de su amiga, no quería tener que decirle sus impresiones sobre su novio, porque a él Sergio no terminaba de caerle bien. No entendía qué hacía saliendo con Glauca si no tenían casi cosas en común. Si su amiga le hubiese preguntado, él no habría podido callarse que le parecía un prepotente de mierda y un chulo que andaba detrás de Andrea, ¿por qué salía con ella entonces? Glauca era especial, él lo sabía de sobra, pero no creía que un capullo como Sergio pudiese apreciar realmente el tesoro que era Glauca: cariñosa, increíblemente sensible y empática, buena amiga, inteligente, soñadora, creativa... Cuando estaban solos a veces se divertían creando historias locas, como la de ir por Londres con su paraguas azul cantando y bailando. Se les había ocurrido tras pasarse toda una tarde viendo películas ambientadas en Londres, ciudad que Alberto se moría por visitar, y finalizar el maratón con un corto de Pixar protagonizado por un paraguas azul. Cuando algo apasionaba a Glauca, era capaz de transmitir esa misma pasión por su manera de hablar y gesticular cuando se lo contaba a alguien, como cuando un libro o película le habían llegado al corazón. No

pudo evitar sonreír. Ella tenía ese efecto, contagiaba a todo el mundo su sonrisa perenne.

—Señor Muñoz, qué le hace sonreír tanto, ¿la caída de Al-Ándalus? ¿Quiere explicarnos por qué de repente está usted tan feliz? —preguntó con tono burlón Dolores.

—Estará pensando en su novia Glauca —contestó Andrea.

—¡Glauca no es mi novia! —se defendió Alberto dirigiéndole una mirada asesina a Andrea—. Y, si estaba sonriendo, profesora, ya que lo pregunta con tanto interés, era porque estaba calculando los pocos minutos que quedan para que termine esta clase y llegue Laura para que practiquemos el lip dub que, sintiéndolo mucho, es bastante más divertido que lo que nos está explicando.

Dolores le miró con la boca abierta. No esperaba esa contestación, desde luego, tan solo había esperado que él no contestase y devolverle a la Tierra porque parecía que estaba en las nubes y no atendía.

—Muy bien, ya veo que mi clase no le interesa en absoluto, quizá podría explicarla usted para hacerla más interesante o sugerir cómo podríamos divertirnos con ella para que no se aburra, ¿no cree?

—Pues se me ocurren muchas maneras, podríamos hacer juegos...

—¡Aquí no venimos a jugar, sino a aprender!

—Sí, sí, si sería un juego para aprender. Podríamos elaborar entre todos un trivial, preparar preguntas sobre los temas que hemos dado este trimestre y, cuando estén, jugar entre todos, así podríamos practicar, ¿qué le parece? —explicó Alberto entusiasmado. Y volviéndose al resto de la clase, preguntó—. ¿Qué, es buena idea, eh? ¿Nos ponemos?

Con toda la clase alborotada, Dolores no tuvo más remedio que acceder a la idea de Alberto. Mientras preparasen ellos las preguntas y no le supusiese más trabajo a ella, le daba igual. Ya quedaban pocas clases antes de las vacaciones...

Alberto, que era el delegado de la clase, organizó a sus compañeros en grupos para que cada uno se ocupase de uno de los temas y no se repitiesen las preguntas. Él se puso con Ana, Gabriela, Belén, Lubna y Carlos, que era muy amigo suyo. Había coincidido que todos ellos, junto a Glauca, pertenecían a una asociación literaria llamada Tiramisú Entre Libros, por lo

que se conocían bastante bien y en un santiamén tuvieron lista su parte. Mientras los demás terminaban, tuvieron un rato para hablar de cuanto había pasado esa mañana.

—Oye, Alberto, ¿se puede saber qué le pasaba a Glauca hoy?

Estaba súperrara —preguntó Belén.

—Sí, eso, cuéntanos qué pasa aquí, porque todavía no termino de creermelo lo que ha pasado con ella. Primero la foto de Andrea, luego la expulsión, ¿está con drogas o alcohol o algo así? —quiso saber Lubna, que no podía explicarse qué le había podido pasar a su amiga para que durante ese día pareciese otra persona.

—No, no, nada de eso, madre mía, Glauca nunca se drogaba y, que yo sepa, casi no bebe. Aunque últimamente ese imbécil de Sergio la ha llevado de botellón y la presionaba para que bebiese —contestó Alberto triste.

—¿Entonces? A mí lo de la foto me ha dejado flipada, nunca pensé que Glauca se dedicase a colgar fotos suyas así, vamos que como siempre ha sido tan recatadita... —dijo Ana.

—Uf, lo de la foto... yo creo que todo su comportamiento extraño viene de ahí. No ha querido contarme mucho, pero me parece que ella no sabía que Andrea tenía esa foto y en cierto modo, tiene miedo de que pueda hacer algo con ella. Andrea se ha pasado todo el día lanzándole indirectas y amenazas, pero cuando le he preguntado, me ha rogado que me callase, que ya me contaría... pero no ha podido hacerlo.

—¡Será puta la Andrea! —soltó Carlos indignado—. Ni que ella fuese una santa, si es la más guarra de todo el instituto.

—¿Y qué podemos hacer para ayudarla? —preguntó Gabriela.

—Pues ahora mismo, ni idea, porque tengo que conseguir hablar con ella para que me cuente exactamente lo que sea que me tenga que contar sobre la foto. Vigila a Andrea y a su grupo, eso sí, no me fío un pelo de ellas. Creo que Amaya ha estado hablando antes con Glauca, así que quiero creer que desde el instituto se están tomando cartas en el asunto, aunque no entiendo entonces por qué la han expulsado a ella y no a Andrea.

En ese momento, sonó el timbre para anunciar el cambio de clase. Se levantaron para estirarse y preparar la clase para la siguiente asignatura. Por lo menos, esa última hora sería divertida.



Tras un viaje en coche del que apenas había sido consciente, Glauca se encerró en su habitación nada más entrar en la casa.

Ignoró los gritos de su padre, quien le exigía hablar con ella.

—¡Ahora no quiero hablar! ¿Para qué? Tu bofetón me ha dejado muy claro que diga lo que diga te va a dar igual, ya me has juzgado, como todos los demás...

—¡Eres imposible! Igualita de terca que tu madre, por Dios. ¿Es que no podemos tener una conversación tranquila sobre lo que ha pasado?

—No, lo siento, has perdido la oportunidad de hacerlo en el momento en que me pusiste la mano encima. No te preocupes, ya queda poco para que pierdas de vista a esta terca que se parece tanto a su madre, me iré a vivir con mamá y no volveré a verte —le gritó dando un portazo en su habitación.

—¡No! ¡Glauca! Por favor, no quería decir eso. ¡Glauca! ¡Joder! —gritó, cayendo con todo el peso de su cuerpo en el sofá. No sabía qué hacer con su hija. Reconocía que no había obrado bien, se había dejado cegar por la ira y la vergüenza, sin pensar en que una historia siempre tiene dos versiones. Ahora sería imposible comunicarse con ella, tendría que esperar a que llegase su mujer para intentar arreglarlo, lo que no le hacía ninguna gracia, puesto que estaba seguro de que le acusaría de ser un insensible.

Se mesó el pelo, cada vez más cubierto de canas, y se levantó hacia el mueble bar. Necesitaba beber algo para tranquilizarse.

Mientras tanto, en su habitación, Glauca encendía su teléfono.

Nunca lo llevaba al instituto porque, con lo despistada que era, estaba segura de que se le podría olvidar apagarlo y la pillarían con él en la mochila, lo que estaba prohibidísimo por el jefe de estudios y no quería que se lo terminasen confiscando.

Se tumbó en la cama y marcó el número de Sergio. Mientras escuchaba la señal, comenzó a recibir mensajes de WhatsApp.

Su móvil no dejaba de vibrar. Luego los leería. Ninguno sería tan importante como la llamada que estaba haciendo en ese instante. Tras seis tonos sin que Sergio lo cogiese, colgó y volvió a marcar. Nada. Era tan cobarde que no se atrevía a hablar con ella. Qué imbécil, ya insistiría luego. Además, tendría que verla sí o sí en clase al día siguiente. Desde luego, había estado realmente muy ciega para no darse cuenta de que Sergio la había utilizado. Todavía no terminaba de entender el papel de Andrea en todo eso, pero sabía que algo tenía que ver. Ya lo averiguaría, de eso estaba segura.

Abrió el WhatsApp y vio que tenía veinticuatro mensajes. Le asombró mucho, porque nunca tenía tantos por las mañanas.

Miró los remitentes antes de abrirlos y se extrañó al ver que algunos eran de gente con la que apenas hablaba y otros eran de números desconocidos. Los fue abriendo uno a uno y, con cada mensaje que leía, sentía que ese nudo que no la había abandonado en toda la mañana, volvía a retorcer su estómago como si de un trapo mojado se tratase. Las náuseas se hicieron cada vez más insoportables y salió corriendo hacia el baño, llegando justo a tiempo para vomitar en el inodoro.

—¿Estás bien, Glauca? —preguntó su padre desde el otro lado de la puerta—. Perdona, no debería haberte pegado antes, lo siento, de verdad, sabes que nunca antes lo había hecho, pero entiende cómo me sentí cuando tu jefe de estudios me llamó esta mañana... Perdí los nervios, no reaccioné bien. Por favor, dime algo, hija —suplicó Manuel—. Por favor...

Glauca era incapaz de articular palabras. Sus ojos, esos ojos glaucos que le ganaron el nombre al recordarle a su madre a la protagonista de su libro favorito de José Luis Sampedro, eran lagos profundos que se desbordaban por sus mejillas. No se veía capaz de salir del baño, ni de hablar con nadie.

Miró los mensajes de nuevo, los leyó uno a uno, sintiéndose sucia, como una fulana sin pretenderlo.

«Bonitos pechos, ¿cuánto cobras por una cubana?».

«Esos labios tan *sexys* deben chuparla bien, ¿quedamos luego?».

«Putas».

«Eres una guarra, Glauca».

«Me gusta tu ropa interior, pero estarías mejor sin ella, ¿quedamos?».

«Eh, tía, no te conozco, pero me pones a cien. ¿Follamos?».

«Chúpamela, zorra».

«Glauca, me acaban de mandar la foto. Lo siento no pretendía que esto se me fuera de las manos. Lo siento. Lo siento, joder, ¿qué he hecho? Sergio».

Junto a su mensaje aparecía la foto de la que él hablaba: su foto, pero en ella habían escrito su número de teléfono y habían añadido «Llámame, soy una puta barata».

Leyó ese mensaje muchas veces, una tras otra, mientras las náuseas volvían a apoderarse de su cuerpo y perdía el conocimiento.





Lucía miraba nerviosa su móvil. Había recibido tres avisos de su jefe para que fuese a verla a su despacho y, cada vez que había ido en su busca, no lo había podido encontrar. Acababa de vibrar anunciando la entrada de un mensaje, el mismo que las otras veces, esta vez esperaba encontrarle. Estaba pendiente de que le aprobasen un proyecto y tenía un mal presentimiento. Se dirigió al despacho del Dr. Ruiz del Val por el laberinto de pasillos y salas vacías que era el hospital, atajando para, esta vez, encontrarle antes de que le avisasen de alguna urgencia de nuevo. Respiró aliviada al encontrarle por fin allí. Llamó a la puerta y enseguida pasó.

—Ah, sí, Lucía, pasa, pasa, por favor, siéntate —dijo el Dr. Ruiz del Val indicándole que tomase asiento. Se sentó él también y, poniendo los codos en la mesa, cruzó las manos a la altura de su boca, pensativo.

—Dime, Ignacio ¿querías verme? —preguntó Lucía nerviosa.

—Sí, sí, verás, Doctora Carreño, es relativo a tu proyecto. Me temo que, dadas las circunstancias, vamos a tener que rechazarlo.

—¿Doctora Carreño? ¿A qué viene esa formalidad ahora? Y ¿circunstancias? ¿Qué circunstancias? No lo entiendo —contestó Lucía desorientada.

—Bueno, habías solicitado realizar un proyecto sobre educación sexual para adolescentes en centros escolares.

—Sí, claro, ¿y qué problema hay con eso?

—Lucía, ¿de verdad no sabes por qué te tengo que rechazar la realización de ese programa? —preguntó el doctor, incrédulo.

—La verdad es que no tengo ni idea de lo que me estás queriendo decir, discúlpame, pero mi hoja de servicio es impecable y tú mejor que nadie lo sabes. No sé qué puede hacerte pensar que no soy capaz de llevar a cabo ese proyecto. Sabes que he trabajado en proyectos similares en otras ocasiones, y han funcionado muy bien —replicó indignada Lucía.

—Está bien, me temo entonces que, si no sabes nada, voy a ser el desafortunado que te haga ver la realidad de lo que hace tu hija cuando tú no estás. Quizá sería bueno que, en lugar de un programa en centros escolares, te cogieses un tiempo para solucionar las cosas del divorcio y arreglar el problema que tienes en casa. Creo que tu hija necesitaría tus consejos antes de que se los des a otros adolescentes... Esconderte en el trabajo de tus problemas no es la solución, Lucía. Entiendo lo duro que tiene que ser el proceso, tener que hablar con tu marido, convivir con él cuando quieres estar con otra persona, sabes que yo también lo estoy viviendo, pero, de verdad, tu hija necesita que estés a su lado —dicho lo cual, cogió su móvil y, levantando la cabeza unos segundos para mirar fijamente a Lucía, le mandó un wasap—. Por favor, míralo.

Lucía abrió nerviosa el mensaje. No tenía ni idea de a qué se refería Ignacio al hablar de su hija. Cuando vio el mensaje, el teléfono cayó al suelo desde sus manos. No. Esa no era su hija.

No podía serlo.

—Lo siento. —Intentó disculparse el doctor—. Sabes que nuestras hijas van a la misma clase, y la mía me ha enviado esta mañana este mensaje informándome de que le ha llegado a ella de alguien desconocido y, por el bien de Glauca, creyó que lo mejor era que yo te avisase.

—Por el bien de Glauca —repitió lentamente Lucía, sabiendo que su hija le había comentado varias veces cómo Andrea Ruiz del Val la solía humillar en clase y cómo ella, por la situación que tenía encima nunca se había atrevido a decirle nada al padre de Andrea—. Claro, seguro que era esa su intención, cómo no. Muchísimas gracias, si me disculpas, creo que voy a ir a casa ahora mismo.

El Doctor Ruiz del Val asintió y, tras ver cómo Lucía abandonaba su despacho, reenviaba la foto de Glauca a otro colega con el siguiente comentario:

«Mira cómo se lo montan las chicas en los institutos hoy en día. Es la hija de la doctora Carreño».

Y su contestación fue:

«Joder, macho, pues está la moza de muy bien ver, qué pena que sea menor».

Corriendo por los pasillos, Lucía se dirigió a su despacho para cambiarse y así poder marcharse lo antes posible de allí. Por el camino, le parecía que todos la miraban. ¿Se habrían enterado?

¿Cómo era posible?

—Eh, Lucía, ¡dile a tu hija que se tape! —le gritó uno de los enfermeros a su paso.

Sí, se habían enterado, no había duda. ¿No les habría pasado la foto Ignacio? ¡No, imposible! Seguro que ya estaba por toda España, esas cosas son así. Iba a matarla. Cuando la viese, iba a matarla. ¿Cómo se le había ocurrido hacer tal barbaridad? Y, ¿cómo iba a poder volver ella a su trabajo después de esto? No podría mirar a sus compañeros a la cara, su hija la había avergonzado de tal manera que tendría que cambiar de sección o algo. ¿Cómo iba a afectar todo eso a su relación con su jefe?

Hasta ahora siempre había confiado en ella y el hecho de que sus hijas fuesen juntas al instituto nunca había supuesto un problema pero ¿y si ahora lo veía como algo negativo?

Definitivamente, se le iba a caer el pelo cuando la viese. Estaba a punto de arrancar el coche cuando le llegó una llamada de su marido: Glauca se acababa de desmayar y no sabía qué hacer.

Inútil hasta para eso, pensó. Resignada, arrancó el coche y se dirigió a su casa.



Sonó el timbre que indicaba el final de la jornada escolar y Alberto salió corriendo de clase. En cuanto estuvo fuera del instituto sacó su móvil de la mochila, donde lo había tenido todo el día escondido. Marcó el número de Glauca, pero nadie lo cogió. Mientras seguía andando en dirección a su casa, volvió a intentarlo un par de veces más, sin mucha esperanza de que contestase.

Pasó por la confitería Holguera para comprar el pan y su empanada favorita, de pollo, cebolla caramelizada y queso de cabra, que le había encargado su madre, y que estaba seguro de que no llegaría entera a la hora de la comida. Mientras abría el portal de su casa, volvió a intentar hablar con su amiga una vez más. Cuando estaba a punto de colgar, alguien contestó su llamada, pero no era Glauca, sino su padre.

—¿Alberto? Soy Manuel, el padre de Glauca.

—Sí, Manuel, soy yo, hola. ¿Cómo está Glauca? ¿Puedo hablar con ella, por favor?

—Alberto, por favor, dime ¿sabes algo de los mensajes?

—¿Mensajes? ¿Qué mensajes? —preguntó desconcertado.

—El que se está pasando sobre Glauca por todo el WhatsApp, alguien ha utilizado una foto suya para enviar un mensaje obsceno y no paran de llegarle mensajes. Voy a apagar su móvil. A partir de ahora, lo tiene prohibido.

—No sé nada de mensajes, se lo juro, pero ¿puedo hablar con ella?

—No, lo siento, Alberto, está castigada. Si por mí fuese, de por vida. Todavía no sé cómo una hija mía ha podido hacer algo así, es humillante. — Tras lo cual, colgó.

Alberto se quedó mirando el teléfono sin poder reaccionar. ¿De qué mensaje estaba hablando el padre de Glauca? Se imaginaba que la foto sería la que Sergio había enviado a Andrea pero ¿lo demás?

No tardó en descubrirlo, y lo que vio no le gustó nada de nada.

Le llegaron tres mensajes acompañados de la foto de Glauca modificada:

«Tío, cómo te lo montas, seguro que de amigos nada con esta golfa».

«¿Te la has tirado ya? ¡Lo está pidiendo a gritos!».

«¿Podrías conseguirme una cita con ella? ¡Tiene un buen polvo!».

Asqueado, Alberto decidió apagar el móvil para no recibir más mensajes como aquellos. Entró en su casa y, aprovechando que su madre aún no había llegado de trabajar, fue a su habitación, se tumbó en la cama tapándose los ojos con un brazo y, sin poder controlar ni un segundo más la angustia que sentía por su amiga, lloró.

Media hora más tarde, su madre, sentada a su lado en la cama, intentaba despertarle. Se había quedado dormido.

—Alberto, cariño, ¿te encuentras bien? Tienes mala cara. Ven a comer, anda. ¿Quieres que te haga una sopa? Seguro que te vendría bien para entonar el cuerpo con este frío.

—No, mamá, no me apetece comer, de verdad, no creo que pueda tragar nada ahora mismo, tengo el estómago cerrado, habré cogido frío o algo. Si no te importa, voy a dormir un rato a ver si se me pasa —contestó, fingiendo lo mejor que sabía para que su madre no siguiese preguntando.

—Está bien, pero si necesitas algo, avísame, ¿vale?

—Claro, no te preocupes.

En cuanto su madre salió por la puerta, encendió el móvil de nuevo. Tenía que contactar con los demás. ¿Habían recibido también ese mismo mensaje? Se le ocurrió que la mejor manera de comunicarse con ellos sería creando un grupo en el WhatsApp. Invitó a sus compañeros y llamó al grupo «SOS GLAUCA». Poco a poco se fueron conectando todos.

ALBERTO: Sabéis algo de unos mensajes?

LUBNA: Hola? Eres Alberto? Se me han borrado los nombres.

ALBERTO: Sí, soy Alberto, y estamos todos.

LUBNA: Vale, vale.

GABRIELA: A mí me ha llegado hace un rato un mensaje con la foto de Glauca... UF.

ALBERTO: Ya, Gabby, a mí me han llegado tres.

GABRIELA: Jo, Alberto, y ¿qué hacemos?

ALBERTO: Mañana hablamos con Amaya, seguro que ella sabe qué hacer.

ANA: ¿Mañana? ¿Y hoy no podemos hacer nada?

ALBERTO: No, le han quitado el móvil a Glauca, no podemos llamarla ni incluirla en el grupo, no sabemos cómo está ni si han hecho ya algo ella o sus padres.

ANA: Bueno, pero podemos ir a verla ¿no?

ALBERTO: Qué va, Ana, su padre me ha dicho que la han castigado de por vida.

BELÉN: Vaya marrón...

LUBNA: Ya te digo, Belén.

CARLOS: Yo a la Andrea esa le voy a partir la boca mañana, seguro que ha sido ella, la muy guarra, por hablar fino, que se merece otro nombre más bestia.

GABRIELA: A ver, Carlos, tranquilo que te alteras. Debemos tener cuidado, no podemos acusar a nadie sin pruebas.

CARLOS: Coño, pero si estábamos todos en clase cuando le enseñó la foto de Glauca a todo el mundo, seguro que ha sido ella.

LUBNA: Ya, pero si sus amigos la protegen, será su palabra contra la nuestra.

ALBERTO: Yo tengo el teléfono de su casa, puedo intentar llamar más tarde a ver si me dejan hablar con ella y os cuento, ¿vale?

ANA: Vale, Alberto.

ALBERTO: Si os enteráis de algo, contadlo por aquí, ¿eh?

Alberto volvió a apagar el móvil para evitar que posibles mensajes asquerosos como los de antes le entrasen en el WhatsApp. Se sentía impotente, no sabía cómo ayudar a su amiga. Adoraba a Glauca, ella lo era

todo para él, aunque él nunca se hubiese permitido admitirlo. Sabía que ella estaba enamorada de Sergio desde hacía tiempo, ¿para qué sufrir más reconociendo el amor que sentía por ella si sabía que nunca sería correspondido? Desde el primer día que la conoció, se quedó prendado de su sonrisa. Recordaba perfectamente su primera conversación:

—Hola, soy Alberto, ¿te importa si me siento a tu lado?

—Hola, claro que no, soy Glauca —le contestó con una sonrisa tan amplia que iluminaba la clase de 1.º de la ESO que les había tocado compartir.

—¿Glauca? ¿Qué clase de nombre es ese?

—Pues... es un nombre muy literario. Al parecer, mi madre vio mis ojos de bebé y lo primero que le vino a la cabeza fue el nombre de la protagonista de su libro favorito, La vieja sirena de José Luis Sampedro. Así que con Glauca me quedé. No está mal, no hay muchas como yo, ¿verdad?

Claro que no había muchas como ella. Él lo sabía muy bien.

Glauca, su Glauca. Nunca le había confesado que esa misma tarde compró el libro del que había salido su nombre y lo leyó. Y se enamoró de la sirena tanto como de ella. En su cabeza, eran la misma persona. Glauca, surcando los mares con su aleta de pez y su corazón roto, pero libre, siempre libre.



—Tía, mira, mira, ¿qué te parece esta página? —preguntó Andrea a Silvia, mientras le mostraba una página de internet en la que se veían fotos de chicos y chicas y ofrecían una opción para votar las mejores o peores.

—No sé, Andrea, ¿no crees que ya vale con la foto del WhatsApp? —contestó Silvia dudando.

—¿Qué pasa, tía, que te estás convirtiendo en una de las amiguitas tontas de Glauca ahora o qué? ¿Qué me voy a pasar?

Pero si es una tontería, solo una broma, ya verás, esto encima le servirá para subir la autoestima cuando vea sus votos, si en el fondo lo hago para ayudarla...

—Andrea, yo creo que deberías parar, en serio. ¿Por qué le haces esto a la Pelos? No es que me caiga especialmente bien, ya lo sabes, pero no sé, creo que te estás pasando.

—Pero ¿se puede saber qué te pasa? Tía, te he invitado a mi casa a comer para pasar un rato divertido, no para que me amargues la tarde. A ver, ¿por qué lo voy a hacer? Porque se ha pasado todo el curso persiguiendo a mi novio y ya estoy harta, quiero que aprenda que intentar robarle el novio a Andrea tiene sus consecuencias.

—Pero si no tiene ninguna posibilidad de que Sergio se fije en ella, ya lo viste, que cuando le propusiste que saliese con ella para ver cómo reaccionaba Glauca casi le da algo al pobre...

—Sí, pero al final lo hizo. No uno, ni dos, sino tres meses. ¡Tres meses! ¿Cómo podía soportar estar con esa vaca? ¿Encontraría las tetas entre tanta



chicha o se confundiría con su barriga? Uf, la verdad es que siempre que volvía a verme después de haber estado con ella le hacía ducharse, no fuese a ser que me pegase algo de esa. ¿Sabes? Yo creo que en el fondo le daba morbo o algo así pero a mí... uf, qué asco, es que solo de pensarlo me da un repelús... por eso no lo hemos hecho aún, me daba grimita...

—Andrea, tía, se te ocurren unas ideas... pero el Sergio también menudo cabrón, intentar besarte a ti después de haberse dado el lote con ella, un poco de decoro, ¿no?

—Ya te digo, ya te digo. Pero bueno, ya le dije que me parecía que se estaba prendando de la ballena y que no me debía querer mucho, así que me tendría que demostrar su interés. ¡Y lo hizo!

—¿Cómo lo hizo?

—Bueno, fue sencillo, le dije que tendría que conseguir que la foca le mandase una foto sexi en ropa interior y, si lo hacía, yo sería toda para él, ya me entiendes —explicó Andrea guiñándole un ojo a Silvia.

—Joder, así que fue por eso por lo que tenías la foto de Glauca.

¡Qué fuerte, tía! Nunca pensé que la Pelos fuese tan atrevida. Sí que debía gustarle mucho tu Sergio para hacerlo, sí.

—Bueno, a él se le olvidó comentarle el pequeño detalle de que salía conmigo, claro, no creo que lo hubiera hecho de haberlo sabido, jajajaja.

Mientras hablaban, Andrea había estado subiendo la foto de Glauca a la web de votaciones. Ahí sí que iba a empezar la diversión. Nunca pensó que pudiese divertirse tanto a costa de «la gorda de la clase», pero lo estaba haciendo. Al principio no sabía por qué realmente le tenía tanta manía, estaba segura de que no solo era por Sergio, tenía que haber algo más. Lo peor fue descubrir cuál era el motivo que le hacía odiarla, pues era algo que no estaba dispuesta a compartir con los demás. Y, sabiendo que no se lo iba a contar a nadie, decidió disfrutar de lo lindo metiéndose con Glauca. Por el momento, no creía que estuviese haciendo nada excesivamente cruel. ¡Solo era una foto y ni siquiera estaba tan mal, salía favorecida!

—Ya está, ahora... ¡a votar! —exclamó haciendo el último click necesario para que la foto pasase a las rondas de votaciones de esa web.

—Vamos a ver contra quién compite —dijo animada Silvia, que había perdido todas las reticencias que tenía al ver la seguridad de su amiga—.

Uy, pues fíjate que no es de las peores, al final tenemos una modelo de talla grande y no lo sabíamos. Espera que subo el link a mi Facebook<sup>[4]</sup> para que puedan votar mis amigos también, jajajaja.

«Votad a Glauca, acabo de encontrarla en esta web, venga, chicos, que está aplastando a los demás, jajajaja: [www.votaalmassexy.com/13258](http://www.votaalmassexy.com/13258)».

—Ya está, a ver cuántos votos consigue. ¿Crees que deberíamos ponerlo también en Twitter<sup>[5]</sup>?

—Claro, tía, cuanta más visibilidad, mejor, jajajaja. Mira, sube la foto y pon algo así como ¡Votad a @Glauca en [www.votaalmassexy.com/13258](http://www.votaalmassexy.com/13258)!

—Vale, voy. A ver... ¡Hecho! Jajajaja, ay, de verdad, verás qué risas mañana en el insti. Si al final vamos a conseguir que sea popular y todo, la gorda —dijo Silvia secándose las lágrimas de la risa.

—Menos mal que nunca lo será tanto como yo y, por supuesto, nunca tendrá al chico que ella quiere. Por cierto, voy a llamarle, que está desaparecido, voy a contarle lo que hemos hecho.

Andrea cogió el móvil y marcó el número de Sergio. Esperó varios tonos y no obtuvo respuesta. Molesta, volvió a marcar.

—¿Sí?

—¿Cómo que sí? ¿Así saludas a tu novia? ¡Hola, cariño! ¿Qué tal tu día de vacaciones? —preguntó Andrea con esa voz melosa que ponía para parecer inocente.

—¿Vacaciones? Andrea, me han expulsado, esto quedará en mi expediente, a mí no me hace ni pizca de gracia.

—Bueno, bueno, no te pongas así...

—¿Qué quieres?

—Pues hablar contigo. Te he echado mucho de menos en clase, no tenía a quién mirar esa espalda y esos brazos tan fuertes que tienes... Me he pasado el día fantaseando sobre cómo pagarte por haber conseguido la foto que te pedí. Se me ocurre que podríamos ir a casa de mi abuela, que está vacía desde que vive en una residencia, y...

—Andrea, para, no quiero.

—... entonces, podríamos empezar dándonos un baño juntos y después seguir con... Espera, ¿qué has dicho?

—Que no quiero, que no tengo ningún deseo de hacer nada contigo ahora mismo.

—Pero ¿cómo que no quieres? ¿Qué pasa, que al final te has enamorado de la gorda? ¡No me jodas, Sergio!

—No, no me he enamorado de Glauca, no. De hecho, estaba deseando terminar con la pantomima que me obligaste a hacer porque no me gusta hacer sufrir a la gente y ella sí estaba colada por mí. Pero me parece que lo que has hecho con la foto está fuera de lugar. Te has pasado tres pueblos.

—Oh, venga, si es una pequeña broma, no fastidies...

—¿Pequeña broma? ¿Sabes quién me ha enviado un wasap con la foto de Glauca tuneada? Mi primo de Barcelona, preguntando si las chicas de Madrid son todas así de guarras, que se viene. No tienes ni idea de lo lejos que ha llegado esto...

—Jajaja, ¿en serio?

—No hace gracia, Andrea. Si llego a saber que ibas a hacer eso, nunca le habría pedido la maldita foto. Joder, Andrea, que el jefe de estudios me dijo que era un delito. ¿Es que no te das cuenta del lío en el que estamos los dos?

—Los tres...

—¿Cómo que los tres?

—Silvia acaba de colgar en su Twitter y Facebook el link a una página web en la que he colgado su foto para que la voten...

—¡Joder Andrea, estás loca! ¿Pero cómo se te ocurre? ¿Y en qué coño estaba pensando Silvia?

—Pues, es que le dije que lo compartiese, que era una broma... — contestó Andrea, cada vez más pálida.

—Mira, te voy a colgar, porque me estoy poniendo de muy mala leche. Ni se te ocurra volver a llamarme, ni mandarme mensajes, ni nada de nada. Hasta que no pase todo esto, tú y yo no tenemos ninguna relación. No quiero verme involucrado en esta mierda más de lo que ya lo estoy, ¿entendido, Andrea?

—Pero ¿tú de qué vas? No te preocupes, la que no quiere que la llames ahora soy yo. Vete con tu ballena y que te den, paso de ti —le gritó enfadada mientras le colgaba.

Silvia miraba atónita a su mejor amiga, ¿qué acababa de ocurrir?

¿Por qué se había puesto a llorar?

—¿Andrea?

—Tía, tía, que la hemos cagado...

—¿Cómo?

—Que me dice Sergio que, lo que hemos hecho, le ha dicho el jefe de estudios esta mañana que era delito. Joder tía, que yo no puedo ir a la cárcel, que soy muy joven.

—Pero ¿qué dices? ¿Cómo que lo que hemos hecho? ¿Será lo que has hecho tú, no?

—No, Silvia, tú lo has compartido también, ¿recuerdas?

—¡Pero no es lo mismo! ¡Yo no lo he colgado!

—Da igual, estamos metidas en el mismo ajo. Vamos a pensar qué podemos hacer. A ver, a ver. Mañana, cuando Glauca vuelva al instituto, no vamos a hacer nada raro, no vamos a decirle nada, ni mirarla, ni nada, seremos educadas con ella...

—Vale, vale pero ¿y si nos pregunta alguien? ¿Y si nos llaman Amaya o el jefe de estudios?

—Pues decimos que no sabemos nada, que a nosotras nos llegó esa foto por WhatsApp como a todo el mundo.

—¿Y se lo van a creer? Uf, Andrea, que me estoy poniendo muy nerviosa, joder, que la vamos a cagar...

—¡Que no! Va a salir todo bien. A partir de ahora, nada de hablar sobre ella. Si vemos a Sergio mañana, con él igual que con Glauca, educadas, pero sin forzarlo, me da miedo que nos traicione. Hablaré con él en cuanto le vea y le haré ver que no le conviene para nada delatarme, al fin y al cabo, él fue el cabrón que la convenció para que le enviase la foto, ¿no?

—Sí, sí, claro, ha sido él el que lo ha liado todo. Podía no haberle pedido a Glauca la foto y lo hizo. Si no nos ayuda, se va a cagar, le diremos a todo el mundo que es un perverso, ¿qué te parece?

—¡Bien! Esta es mi Silvia... —exclamó Andrea abrazándola—. ¿Qué te parece si para reírnos un poco vemos los votos que lleva la ballena?

—¡Vale! —contestó Silvia a la vez que se metía en el ordenador de Andrea y tecleaba la dirección—. ¡Vaya, vaya! ¡Si va la tercera!

—¿Qué dices?

—Sí, mira, la primera está una chica que es muy mona, la segunda una foca y la tercera ella, que es nuestra ballenita particular.

—¿Pero qué coño le ve la gente para votarla? ¡Serán perversos!

A lo mejor les gusta la zoofilia, por aquello de que es una vaca...

—Algo bueno le verán, no sé, ¿su sonrisa?

—Tampoco es para tanto... A lo mejor sus ojos, que son de un color muy raro, pero vamos que no entiendo los votos, la verdad. En fin, creo que es hora de despedirnos y relajarnos. En un rato me iré al *spa* del gimnasio al que va mi madre para tranquilizarme un poco. Si me entero de algo más, te aviso, ¿vale, guapa?

—Perfecto, descansa y no te preocupes, ya sabes que el que lo lio todo fue Sergio —contestó Silvia guiñándole un ojo.

Se despidieron y, más seguras de sí mismas y completamente convencidas de que tenían la situación controlada, se dedicaron a pasar la tarde de relax.



Sabía que su madre había llegado del trabajo varias horas antes de lo normal, posiblemente por la llamada que le hizo su padre diciendo que se había desmayado en el baño cuando vomitó. ¿Le habría contado ya su padre lo de la foto? A lo mejor estaba esperando a que ella se sintiese mejor para hablar del asunto.

A Glauca no le apetecía hablar con nadie, quería estar sola.

Aunque, pensándolo mejor, sí quería hablar con alguien, con Alberto. ¡Qué rabia que su padre le hubiese quitado el móvil!

Tendría que esperar a que fuese más tarde y conectarse a internet a ver si podía enviarle un *email* para contarle cómo había terminado el día.

Tumbada en la cama, miraba el techo de la habitación, cubierto de estrellas. Había sido una petición que hizo a sus padres cuando cumplió ocho años. Cuando era pequeña, se inventaba cuentos cada noche en los que ella era una astronauta y viajaba por el universo, descubriendo planetas y extraterrestres muy amables. Claro, que era lógico después de haber leído *El Principito*. En ese momento, con quince años, lo único que deseaba era poder hacer realidad una de esas historias, subirse a una nave espacial y salir volando, alejándose de todo lo que la estaba volviendo loca.

¿Era esa la solución? ¿Alejarse? ¿Ignorarlo? Sabía que con sus padres no iba a funcionar. Podía fingir que estaba enferma durante cierto tiempo, pero su madre era doctora, el cuento no duraría eternamente. ¿Sería mejor si afrontaba esa charla que seguro le estaba esperando en el salón y así se la

quitaba de encima? Sí, haría eso. ¿Para qué demorar lo inevitable? Cuanto antes pasase por ello, antes podría ella encerrarse en su habitación.

Se levantó de la cama y sintió que se mareaba. Normal, apenas había comido a lo largo del día y lo poco que había tomado lo había vomitado. Respiró profundamente y abrió la puerta de la habitación. Salió arrastrando los pies en dirección al salón y, una vez allí, sus padres se levantaron a la vez para ofrecerle su ayuda.

Debía tener peor aspecto de lo que creía para que se hubiesen puesto de acuerdo en algo...

—¿Quieres comer algo? —preguntó su madre en un tono que intentaba ser frío pero que dejaba ver la preocupación que sentía en esos momentos.

—No sé si podré retenerlo, la verdad... —respondió Glauca en apenas un susurro.

—Te traigo un poco de crema de calabacín, que está calentita y seguro que te sentará bien —le ofreció su padre levantándose y dirigiéndose a la cocina.

Manuel, que no había cocinado en su vida, desde que sabía que su madre se iba de casa se había puesto a cocinar todos los días para aprender. Por lo menos, Glauca se beneficiaba de ello.

—¿Has tenido fiebre hoy? —preguntó Lucía, mientras sacaba su vena profesional, intentando ser útil también a su manera.

—No, creo que no. He vomitado tres veces, pero creo que es por los nervios...

—Por los nervios —repitió Lucía mirándola fijamente a los ojos.

—Sí... es que... no sé si papá te habrá contado...

—No ha hecho falta que me lo cuente, Glauca, medio hospital lo sabía. No puedes imaginar la vergüenza que me has hecho pasar —replicó su madre enfadada, mientras se tapaba los ojos con las manos—. Gracias a tu indecencia no solo voy a tener que pedir un traslado de departamento para que se olviden de mí un poco, sino que me voy a tener que quedar en casa hasta que se tramite todo aguantando a tu padre.

—¿Qué?

—¡Joder, Glauca, que hasta mi jefe tenía la foto en su WhatsApp!

—Pero... ¿cómo es posible? Yo...

—¿Tú qué? ¿Te aburres mucho sola en casa? ¿No te hacemos caso y quieres llamar la atención? ¿Qué Glauca? ¿Cuál es el motivo para que hayas avergonzado a la familia así? ¡Porque no me lo explico! Yo no te he educado así y tu padre, por poca atención que te haya prestado, ha tenido la decencia de comportarse siempre bien en tu presencia.

—¡Eh! Yo siempre me comporto con decencia, tanto si está ella delante como si no, no como tú... —protestó Manuel, que acababa de llegar al salón con la crema de calabacín para Glauca—. Nos estamos enfrentando a algo muy serio que tiene que ver con Glauca, creo que no es el momento para que nos enzarcemos en una pelea tú y yo. Lo primero que tendríamos que sacar en claro es por qué lo ha hecho, no entiendo qué esperaba conseguir compartiendo su foto con todo el mundo.

—¡Pero yo no la compartí con nadie! A ver, con alguien sí, pero no para que se la mandase a todo el mundo, no soy tan imbécil.

—¡Sí que eres imbécil! Se la mandaste a una persona, y eso es suficiente para haberte arruinado la vida, ¿no te das cuenta? ¿A quién se la mandaste, si se puede saber? —preguntó Lucía.

—Pues... a mi novio... bueno... yo creía que lo era, por eso lo hice —contestó Glauca a punto de llorar.

—¿Tú novio? ¿Y desde cuándo tienes novio? ¿Ha sido Alberto?

Porque como haya sido él voy ahora mismo a su casa y le corto el pescuezo —amenazó su padre indignado.

—No, no, no ha sido Alberto, era otro chico, Sergio. Estuvimos saliendo tres meses, y el otro día me pidió que, como yo no quería tener relaciones todavía...

—¡Menos mal que te queda un poco de sensatez! —exclamó su madre.

—... pues me pidió que le enviase una fotografía para poder recordarme por las noches...

—¡Pues que se compre una Playboy, ese lo que quería era tu foto para pajearse y enseñársela a sus amigos, que lo sé yo que soy un hombre y sé cómo piensan los adolescentes! —exclamó furioso su padre.

—¡No, Sergio no es así! ¡No la quería para eso!

—Claro, por eso tu foto está en los móviles de toda España, no te jode. Glauca, por dios, despierta, que ese tío te la ha jugado. Me vas a decir ahora



mismo dónde vive que le voy a hacer una vista a sus padres. ¿Cómo se le ocurre compartir tu foto y además tunearla?

—¡No ha sido él! A ver, no estoy segura del todo, pero me apuesto lo que queráis a que no ha sido él, sino su novia...

—Espera un momento, Glauca. Esto ya es demasiado, ¿qué clase de moral te hemos enseñado todos estos años para que no solo compartas fotos eróticas, sino que además lo haces con alguien que tiene novia? ¿Cómo voy a poder mirar a mis padres el próximo domingo que vayamos a comer a su casa? Seguramente ellos ya se hayan enterado de lo que has hecho, ¡lo sabe toda España! —se lamentó Lucía—. Madre del amor hermoso, es que ni siquiera me voy a atrever a ir al pueblo, ¿qué le diré a los vecinos de los abuelos?

—¿Eso es todo lo que te preocupa, mamá? ¿Qué dirán los vecinos? ¿Te has molestado en preguntarte cómo me siento yo?

¿Por qué he vomitado tres veces? ¿Cómo es posible que tu hija, tu dulce hija haga lo que ha hecho? ¿No quieres saber la razón de que buscase alguien que me quisiera? Porque a lo mejor es demasiado doloroso aceptar que si busco el amor en otra parte es porque no lo encuentro en esta familia, ¿no crees? Estáis tan ocupados con vosotros mismos que es como si yo hubiese dejado de existir, solo me utilizáis para discutir y conseguir cosas el uno del otro. No me queréis por mí misma, sino por lo que os puedo conseguir dependiendo de con quién decida vivir. ¡Pues sí! Me busqué un novio, alguien que me gustaba mucho, que me hacía sentir guapa, bonita, deseable. Porque sí, mamá, tengo quince años, siento deseo. Y ¿sabes qué? Que durante los tres meses que salí con Sergio fui feliz como hacía mucho tiempo que no era. Y ahora todo se ha esfumado y no solo he perdido a mi novio, también veo que mi familia me odia y no sale en mi defensa. ¿Es que no veis que yo no quería que esto pasase? ¿Es que no veis que es otra persona la que ha puesto mi nombre y teléfono en la foto y la ha distribuido por WhatsApp? ¡No he sido yo! ¡No he sido yo! —gritó Glauca, dejándose caer en el sofá y poniéndose las manos en la cabeza, sin poder contener las lágrimas.

—¡Glauca! ¿Cómo puedes pensar que no te queremos? ¡Eres lo más importante para nosotros! —contestó Lucía.

—¡No intentamos conseguir cosas gracias a ti, sino para ti! ¿No ves la diferencia, Glauca?

—¡No soy lo más importante! ¿Es que no lo veis? ¿Cuál fue la primera reacción de papá en lugar de escuchar mi versión? Darme una bofetada. ¿Y la tuya, mamá? Decirme que te he avergonzado y que tendrás que cambiar de trabajo. No os importo yo, os importa qué dirán los demás —les gritó desesperada Glauca que, echándoles una nueva mirada llena de tristeza, abandonó el salón para encerrarse de nuevo en su habitación, dejando a sus padres boquiabiertos.

Lucía y Manuel permanecieron unos minutos en silencio, pero no podían ignorar el hecho de que esta vez tendrían que solucionar el problema juntos, aunque fuese lo último que hiciesen como marido y mujer.

—¿Que la pegaste? ¡Por Dios, Manuel! ¿Cómo no va a estar enfadada? ¡Es tu culpa!

—¿Mi culpa? ¿Y quién ha sido la que ha empezado diciendo que va a tener que cambiar de trabajo porque la ha avergonzado?

—¡Es que lo ha hecho! ¿Quieres que le diga que me parece bien su comportamiento?

—¿Y tú quieres que le hubiese dado una palmadita en la espalda para felicitarla? ¡Joder! Sabes que yo nunca he pegado a Glauca un cachete, ni de pequeña. Ha sido un momento de ira, no he podido controlarlo, pero ya le pedí perdón antes...

Glauca escuchaba cómo sus padres seguían discutiendo. No tenía sentido intervenir, dijera lo que dijese no iban a escucharla. Necesitaba su móvil, quería llamar a Alberto.

¿Cuándo se lo devolverían? No tenía pinta de que fuese a ser muy pronto. Decidió encender el ordenador para escribir un *email* a su amigo. Cuando abrió su cuenta de correo vio que tenía muchos *emails spam* provenientes de una página que no conocía. Los fue borrando uno a uno hasta llegar al primero.

Y entonces, se le heló la sangre.

Asunto: Gracias por registrarse en nuestra página, su foto ya puede ser votada.

Glauca se quedó mirando el asunto del *email* un minuto que se le hizo eterno antes de atreverse a pinchar en él para leer su contenido. Como temía, su pesadilla no había terminado aún, posiblemente acababa de empezar. Alguien había colgado la foto en una de esas webs estúpidas en las que se votaba al más guapo, al más feo, al más delgado, al más gordo... Habían puesto su *email* para registrar la foto, así que, encima, no podría defenderse de eso ante sus padres. ¿Qué podía hacer? Estaba tan nerviosa cuando vio su foto con 689 votos que no pudo encontrar la opción «borrar cuenta», que era lo que quería hacer. ¿Es que no había manera de eliminar aquello?

Volvió a la bandeja de entrada y vio que tenía *emails* de sus amigos preguntando cómo estaba, pero también de compañeros del instituto, de todos los cursos, con comentarios obscenos y de muy mal gusto sobre su foto. Se fijó en el resto de *emails*, y muchos eran notificaciones de Twitter avisándole de que había recibido una mención y que se estaba retuiteando un mensaje en el que estaba citada. ¿Qué mensaje? ¡Ella no había usado Twitter en mucho tiempo! Abrió el primero y descubrió que hacía referencia a un tuit de Silvia, la amiga de Andrea, pidiendo votos para una foto de Glauca en la web en la que aparentemente se había registrado.

Bueno, por lo menos tenía algo. Si lo había enviado Silvia era porque Andrea estaba detrás. Al día siguiente hablaría con Amaya a ver qué se podía hacer para castigarlas. Sin leer el *email* que le había enviado Alberto, porque escuchaba pasos por el pasillo que llevaba a su puerta, le escribió directamente cómo había ido su día y lo que acababa de descubrir sobre la web de votos, Twitter y Silvia. No quería tener el ordenador encendido por si entraban sus padres a cotillear y descubrían eso. Ya sería lo que le faltaba para que la castigarán de por vida.

Agotada mentalmente como estaba, decidió echarse en la cama y dormir. Por lo menos, estando dormida no sufriría.



Laura estaba revisando las grabaciones que había hecho de la prueba del lip dub, tarareando la canción que iba a añadir a las imágenes tras la grabación definitiva, Hecho con tus sueños de Maldita Nerea, cuando recibió un mensaje de WhatsApp. Lo ignoró durante un rato pero finalmente, pensando que podría ser un mensaje sobre su hija, lo abrió.

—¡Ostras! —exclamó levantándose del asiento y tirando los papeles que tenía cerca—. ¡Amaya, Fer! Tenéis que ver esto...

Los dos, que estaban ya recogiendo a punto de marcharse a sus casas, acudieron al instante para ver qué era tan importante como para alterar a Laura de esa manera.

—¡Dios mío! —Amaya se tapó la boca con las manos. Era la foto de Glauca, pero tuneada para que la gente la llamase o escribiese.

—Pero eso no lo ha podido hacer ella —dijo Fernando—. ¿Creéis que ha sido Sergio?

—No tengo ni idea, pero esto es muy grave. Tenemos que comunicárselo de inmediato al jefe de estudios, esto se nos escapa de las manos —contestó Amaya—. Sinceramente, creo que más que Sergio, esto es obra de Andrea, pero no lo podemos demostrar. En fin, Laura, ¿podrías reenviarme la foto para enseñársela a Teodosio?

—Claro, ahora mismo. Pobre chica, de verdad, con lo mal que lo está pasando en casa...

Amaya se dirigió corriendo al despacho de Teodosio, quien estaba saliendo por la puerta en el momento en que ella llegó.

—¡Teodosio! Por favor, espera, tengo que hablar contigo un momento sobre Glauca.

—Lo siento, tengo muchísima prisa, ahora mismo no puedo.

—Pero esto es urgente, tiene que ver con la foto de esta mañana que han pasado por WhatsApp.

—Ah, eso. Ya está hablado con el padre de Glauca, no te preocupes, está al tanto de ello. Siento haber pasado por encima de ti en ese asunto, pero creo que era demasiado serio, entre eso y el empujón que le dio a Andrea, como para dejarlo pasar.

—Ah, entonces ¿ya sabía lo de la foto? —preguntó Amaya desconcertada.

—Por supuesto, tanto la familia como yo estamos al tanto de todo —respondió Teodosio, malinterpretando la foto que él había visto con la nueva que circulaba tuneada por el WhatsApp—. Ahora si me disculpas, Amaya, tengo que salir porque me esperan para comer. Cualquier cosa más, hablaremos mañana.

—Una cosa, Teodosio, ¿no habría que informar a la policía?

—No, no, tranquila, está todo bajo control.

—Está bien, si se está siguiendo un protocolo... —dijo Amaya, aunque Teodosio ya no la oía porque había salido en dirección a la puerta demasiado ocupado como para escucharla.

Amaya regresó a la sala de profesores, donde sus compañeros se sorprendieron de verla regresar tan pronto.

—¿Y bien? —quiso saber Laura.

—Bueno, al parecer Teodosio ya estaba al corriente de esta fotografía y me ha dicho que ha hablado incluso con el padre de Glauca, por lo que en un principio no deberíamos preocuparnos más.

—¿Sí? Pero qué raro, a lo mejor se refería a la otra foto —dijo Fernando—. Sí, la foto con la que pillé a Sergio esta mañana. Es que me extraña que haya visto las dos. Esta segunda es un caso seguro de acoso, nos habrían informado del protocolo a seguir, ¿no?

—Claro, eso mismo le he preguntado yo, que si había que llamar a la policía, pero él me ha contestado que estaba todo controlado, que no me preocupase de nada y que mañana hablaríamos si había algo más.

—Sigo pensando que ha equivocado las fotografías —insistió Fernando—. En fin, no hay nada más que podamos hacer ahora, así que descansad, disfrutad de la tarde y mañana intentaremos profundizar en todo esto.

—Puf, pues yo no voy a poder quitarme esto de la cabeza. Soy su tutora y, aunque no debería involucrarme tanto con los alumnos, al final se acaban convirtiendo en una especie de hijos y, como tales, sufro por ellos. Si yo estoy así de nerviosa, no quiero ni imaginarme a sus padres. Bueno, a su padre lo vi antes, bastante enojado, la verdad... En fin, chicos, nos vemos mañana, ¡adiós! —se despidió Amaya, recogiendo sus cosas y dirigiéndose al aparcamiento de bicicletas, ya que ella no tenía coche.



Tumbado en el sofá, Sergio iba pasando los canales de la televisión uno tras otro, sin fijarse mucho en qué estaban echando en cada uno.

—Sergio, por Dios, ¿quieres parar quieto? Me vas a marear con tanto cambio de canal —se quejó Sonia, su hermana mayor.

—Déjame en paz, cambio si me da la gana —contestó Sergio malhumorado.

—Oye, idiota, que yo no tengo la culpa de que te hayan echado del colegio por tener el móvil en clase, ¿vale? Así que no lo pagues conmigo, que me chivo a mamá —amenazó Sonia—. Ya estás poniendo Divinity ahora mismo.

—No voy a poner esa horterada de canal, así que no lo flipes.

—Sí, horterada, pero cuando ponen Castle bien que lo ves, listillo.

—Eso es distinto...

—No es distinto, es el mismo canal.

—Bueno mira, ¿sabes lo que te digo? Que pongas lo que te salga de las narices, yo me voy a mi habitación —dijo tirándole el mando para que lo cogiese.

—Sí, sí, ve a tu habitación a descansar, que hoy has trabajado muy duro... —se burló Sonia mientras él desaparecía en su habitación dando un portazo.

Sonia sabía lo del móvil, pero lo que no sabía era lo que había pasado con la foto de Glauca. Cuando le expulsaron esa mañana, casi hasta se puso contento por perder un día de clase por esa tontería, pero cuando empezaron

a llegarle mensajes de amigos sobre la famosa foto de Glauca tuneada, fue cuando se dio cuenta de lo que había hecho.

¿Cómo había podido ser tan estúpido de hacer caso a Andrea? Sí, eran novios. Le tenía totalmente absorbido el seso. Andrea hacía con él lo que le daba la gana, como cuando le dijo que sería divertido que saliese con Glauca para ver cómo reaccionaba ella y así poder demostrarle que la quería tanto que sería capaz de hacer cualquier cosa por ella. Hasta pedirle una foto con poca ropa a Glauca. Al principio él rehusó, ¿cómo iba a hacerle eso a la pobre chica, que llevaba colada por él tanto tiempo? Pero Andrea podía ser muy persuasiva y sabía exactamente cómo convencerle, al fin y al cabo era un adolescente con las hormonas por el techo, ¿podría alegar que no pensaba con claridad?

Además, ella le prometió que la foto solo la verían ellos, que conseguirla sería la prueba definitiva de que él era el chico por el que ella había estado esperando.

Sergio se había pasado toda la mañana encerrado en casa.

Primero se puso a jugar con la Play, pero en cuanto le empezaron a llegar los mensajes, no pudo seguir. De repente, recordó las palabras del jefe de estudios sobre lo que le esperaba si esa foto llegaba a ser compartida. ¿Cómo iba a saber él que Andrea haría una cosa así? ¿De qué clase de persona se había enamorado? Se puso a analizar qué le atraía de ella y qué le había tenido tan cegado y no pudo sacar nada profundo. Al final, era todo por el físico espectacular que tenía y también lo popular que era. Tenía la habilidad de conseguir siempre lo que se proponía con esa facilidad de seducción que le volvía loco.

Jugaba con él, con su deseo, para convertirle en un muñeco descerebrado. Pensando en los últimos meses, la verdad era que se lo había pasado muchísimo mejor con Glauca que con Andrea.

Por lo menos ella le hacía reír y podían hablar de muchas cosas, no solo malmeter todo el tiempo contra otros. ¿Cómo había podido caer tan bajo?

Le había enviado un wasap a Glauca para disculparse, no se atrevía a hablar con ella por teléfono. ¿Qué podría decirle si la oía llorar? Se vendría abajo. Al día siguiente en el instituto se lo diría a la cara, pero por lo menos quería que supiese que se arrepentía muchísimo de lo que había hecho.



Después de escribir a Glauca, decidió mandarle un *email* a Andrea, no quería hablar con ella. En esos momentos, lo único que deseaba era no volver a verla. En el *email*, además de explicarle lo mal que se sentía, le pedía que ella no contactara con él esos días. Se verían en clase, pero nada más. No quería que se le relacionase con ella más de lo que ya se les había relacionado, porque, aunque el culpable de que Glauca le enviara la dichosa foto fue él, sin embargo fue Andrea la que hizo el resto, la que se volvió loca y dejó que su mente enferma disfrutase viendo el daño que le iba a hacer a esa pobre chica que en la vida se había metido con ella.

Al poco tiempo de enviarlo, recibió una llamada: era Andrea, ¿es que no había leído lo que le había puesto? No descolgó, pero insistió y al final decidió cogérselo para que le dejase en paz de una vez por todas. La conversación no fue exactamente como él esperaba porque en ese momento, no solo no le había permitido dejarla, sino que en cierto modo, se sentía amenazado por ella para seguirle el rollo y no delatarla.

Cuando terminó la llamada, estaba tan enfadado que lanzó el teléfono contra la pared, haciendo que sus piezas se separasen.

No estaba roto, ya le había pasado en otras ocasiones, pero de esta manera, por lo menos tardaría un rato en volver a juntarlas, como si fuese un puzle, y estaría ocupado sin pensar. No quería ni escucharse a sí mismo: se daba asco.

Al poco de sentarse sobre la cama para arreglar el teléfono, llamaron a su puerta y vio que se asomaba la cabeza de su hermana.

—¿Sergio? ¿Estás bien? He oído un golpe fuerte y... ¡oh! —exclamó al ver el teléfono desmontado en sus manos—. ¿Has vuelto a lanzar el móvil contra la pared? ¿Qué te ha pasado ahora? ¿Otra pelea con los del equipo?

—No quiero hablar ahora, Sonia, vete a ver tus mierdas de la tele —contestó molesto.

—Oye, Sergio, puede que parezca que tengo cabeza de chorlito por ver programas de bodas y tartas todas las mañanas, pero sigo siendo tu hermana mayor y creo que me debes un poco de respeto, sobre todo si me preocupas por ti, ¿no crees?

—Vale, vale, lo siento, estoy un poco irascible...

—Disculpas aceptadas. A ver, dime qué te pasa, anda, que seguro que te puedo ayudar —dijo sentándose en el borde de la cama, sin ninguna intención de abandonar la habitación hasta haber obtenido información.

—Nada...

—Ya. El que nada no se ahoga... Dime la verdad, anda, ¿tiene que ver con que te hayan pillado con el móvil en clase? ¿Te has perdido algo que te haya fastidiado mucho?

—No exactamente. Tiene que ver con el móvil, pero no con que me hayan expulsado por eso. He sido un cabrón con una chica.

—Ay, ay, ay, así que es un problema de corazón...

—No, no. Cuando digo que he sido un cabrón, es que lo he sido de verdad, le he arruinado la vida, Sonia, y lo peor es que puedo acabar en la cárcel —dijo mientras se retorció las manos nervioso.

—¿Qué? Sergio, por Dios, dime qué has hecho, me estás asustando mucho —le contestó Sonia, que se había puesto pálida.

—Todo empezó con Andrea, mi novia, la que traje a casa un par de veces, ¿la recuerdas?

—¿Cómo no recordar a esa pija?

—Vale, ya veo que no te cae bien para empezar, pues cuando termines de escuchar la historia vas a odiarla tanto como yo ahora mismo, aunque creo que al que más odio es a mí mismo... —expuso sin poder contener las lágrimas más tiempo.

Sergio le contó todo a su hermana, que se acercó a él y le abrazó mientras él terminaba de contarle la historia de Glauca entre hipos. Estaba escandalizada de que su hermano pequeño, su enano, hubiese podido ser tan cruel con una chica. ¿Tan desesperado estaba por acostarse con esa otra como para caer tan bajo?

—No te preocupes, enano, lo vamos a solucionar, ya verás... —le susurró mientras le mecía acariciando su espalda.



Glauca seguía encerrada en su habitación mientras sus padres intentaban decidir qué hacer con la situación que se les había planteado. Se sentían culpables por haber dejado a Glauca de lado en todo su divorcio. Aunque habían intentado que la situación fuese lo más favorable para ella, Glauca no lo había interpretado así. Lucía podía haberse marchado de casa el día que le pidió el divorcio a Manuel, pero prefirieron que pasasen unas semanas para que Glauca pudiese hacerse a la idea, aunque eso implicase que Lucía tuviera que cambiar el horario para no verle.

—¿Cómo no nos hemos dado cuenta de que se sentía así, Lucía? —preguntó triste Manuel.

—No lo sé, supongo que estamos demasiado centrados en ignorarnos mutuamente y eso implica que no vemos nada que no seamos nosotros mismos. Pero Manuel, Glauca tiene quince años, es lo suficientemente madura para afrontar un divorcio, me parece estúpido cómo ha reaccionado.

—Claro, Lucía, para ti las reacciones que no sean iguales a las tuyas no son válidas, ya lo sabemos, pero sería bueno que por una vez, por una mísera vez, pensases en los demás en lugar de en ti —replicó Manuel furioso—. ¿Es que eres incapaz de sentir empatía por los demás?

—Habló el que saludó a su hija con un bofetón, el empático. Venga ya, hombre, no intentes hacerme sentir culpable porque no lo vas a conseguir.

—No intento hacerte sentir culpable, Lucía, porque sé que, por mucho que intente hacerte ver que te equivocas, no vas a querer verlo. Eres perfecta. Sabes lo que está bien y lo que está mal, cómo debe sentirse cada

persona en cada situación, cómo hay que reaccionar ante los problemas... lo sé, eres Dios y lo sabes todo, pero ¿sabes qué? Yo estoy harto de todo eso, estoy harto de que no aceptes nunca que te puedes equivocar. Yo sí lo admito, no hay ahora mismo algo de lo que me arrepienta más que de haber dado ese bofetón a Glauca. Sé que ese bofetón me va a pesar en el corazón mucho tiempo, y sé que Glauca no me va a perdonar por él. Pero tú no te das cuenta de que también pegas bofetones, aunque sea sin tocarla. Sin tocarnos, para el caso. Tus palabras tienen veneno, Lucía, ¿es que no te das cuenta?

—¡Estás chalado! A ver si me voy pronto de esta casa y puedo volver a la rutina de mi vida con Glauca, lejos de alguien que piensa así de mí. Tantos años juntos para que ahora me vengas con estas tonterías. Ahora será también mi culpa que la niña vaya haciéndose fotografías en pelotas para ponerlas en mensajes de WhatsApp, ¿no?

—¡No he dicho que sea tu culpa! Solo digo que si ella ha tenido la necesidad de buscar amor fuera de casa, la culpa es de los dos por no dárselo, ¿es que no lo ves? ¡Nos dedicamos tanto a odiarnos que el amor hace tiempo que no habita entre estas paredes, ni siquiera para nuestra hija! Yo tengo tanta culpa como tú, pero lo estoy asumiendo. No es tan difícil de ver, ¿no?

A lo mejor Glauca solo estaba llamando la atención y se le ha ido de las manos, ¿cómo iba a saber ella que todo acabaría con su foto por toda España en WhatsApp?

Estaban tan ocupados discutiendo, que no se dieron cuenta de que Glauca les había estado escuchando desde la puerta del salón. ¿Por qué era su madre tan testaruda? ¿Por qué tenía ella que saber asumir algo que no tenía por qué querer asumir? ¡Solo tenía quince años! Todavía no era una adulta. ¿Cómo iba a asumir que sus referentes, las personas que deberían demostrarle que el amor verdadero existía, se odiaban? Ni siquiera se sentía lo suficientemente adulta como para tener relaciones sexuales y por eso se hizo la foto, para ganar tiempo, ¿cómo contarles eso a sus padres, que nunca habían hablado con ella de sus relaciones? ¿Cómo buscar su ayuda ahora? ¿Cómo explicarles que no solo habían puesto su foto en el WhatsApp, sino también en internet? Con infinita tristeza, volvió a su

habitación, deseando que llegase la hora de que abriesen las tiendas para salir a comprar el material que necesitaba para el trabajo de ciencias. Esperaba que la dejaran salir a comprarlo.

Por lo menos le daría un poco de aire fresco, estar encerrada en casa le agobiaba.

Miró el reloj y vio que faltaban apenas unos minutos para las cinco, así que decidió salir de su habitación e interrumpir la conversación de sus padres.

—Papá, mamá, tengo que hacer un trabajo de naturales y no tengo algunos de los materiales que me hacen falta, ¿podría bajar a la papelería rápidamente, por favor?

—Ni hablar, estás castigada sin salir, con todas las consecuencias — contestó su padre.

—Pero papá, tengo que entregarlo mañana, ¿cómo quieres que me pongan nota si no lo entrego?

—Claro, y te acuerdas justo ahora de que lo tienes que entregar mañana, ¿no? —preguntó Lucía con tono irónico.

—Pues no, la verdad es que he estado trabajando en este proyecto toda la semana pasada, pero como era por parejas y no me dejáis ver a Alberto para poder terminarlo, he decidido por lo menos terminar mi parte sola para que me lo puedan evaluar, ya le explicaré a Amaya el porqué de no entregárselo juntos, seguro que lo entiende después de todo lo que ha pasado...

—Bueno, esto es la bomba, si encima tendremos nosotros la culpa de que no puedas hacer el trabajo con Alberto, claro —dijo Lucía.

—Mira mamá, piensa lo que te dé la gana, ya me las apañaré como pueda dibujando en folios las cosas, da igual. Paso de tener que estar discutiendo con vosotros por un trabajo de mierda, bastante tengo ya encima. —Glauca hizo ademán de volver a su habitación, pero su padre la sujetó por el brazo.

—Glauca, mírame. Lo primero, no se te ocurra volver a hablarnos usando ese tono, porque todo esto está ocurriendo por algo que has hecho tú, no nosotros, ¿entendido? —preguntó Manuel—. ¿Qué necesitas exactamente?

—Cartulina, papel charol, pegamento y si tuviesen goma eva, también. ¿Vas a comprarlo tú por mí? Me da igual, yo lo único que quiero es terminarlo y mantenerme ocupada haciéndolo, no os pedía salir a comprar para escaparme ni nada de eso —respondió Glauca con el tono más complaciente que pudo poner.

Claro que era una excusa para salir de casa, pero no quería que ellos se diesen cuenta.

—¿A qué papelería vas a ir?

—A Don Lápiz, la que está más cerca. Además, le encargué a Zaida el libro de Ojos azules en Kabul del plan lector y aprovecho para recogerlo, si os parece bien, claro.

—Está bien, puedes ir. Pero sin llevarte el móvil.

—¡Manuel! ¿Cómo que la dejas salir? Pensé que ibas a ir tú en su lugar —protestó Lucía—. Hija, lo que has hecho es muy grave, no podemos andar levantándote los castigos cuando a ti te venga bien, entiéndeme.

—Sé que he hecho una tontería, no sabes lo consciente que soy de ello, mamá. No podré olvidar esa foto el resto de mi vida, ¿crees que no sé que me merezco el castigo? Lo único que voy a hacer es bajar a la papelería y subir, nada más. De hecho, si queréis, podéis bajar conmigo, no tengo ninguna intención de hacer algo que me ponga en una situación peor de la que ya tengo.

—Está bien. Voy a confiar en ti. Por favor, cumple tu palabra —aceptó finalmente su madre.

—¡Pues claro! Vuelvo enseguida, os lo prometo —contestó Glauca dirigiéndose a su habitación para coger su bolso y su abrigo.

En cuanto cerró la puerta de su casa decidió no esperar ni al ascensor. Tenía una necesidad imperiosa de llegar a la calle, así que bajó corriendo los cuatro pisos que le separaban de la libertad, por muy momentánea que fuese. Cuando salió a la calle se propuso ser lo más rápida posible para no buscarse más líos, así que caminó con paso firme en dirección a la librería. Decidió no ir por la avenida central para evitar encontrarse con compañeros de clase, así que se dedicó a callejear y a meterse por los soportales para intentar pasar inadvertida. Le hubiese gustado llevar consigo su móvil para escuchar música y aislarse del mundo mientras caminaba. Estaba

canturreando el estribillo de una de sus canciones favoritas, Me haces respirar de Davinia Pastor, cuando oyó su nombre.

—¡Eh, Glauca!

Ella se giró para buscar a quien la llamaba, pero no pudo identificar a nadie, así que siguió andando pensando que lo había imaginado. Al pasar por otra de las columnas del soportal que estaba atravesando, una mano tiró de ella y la empujó de cara contra la pared.

—Ven aquí, putita, ¿quieres un poco de juerga?

Glauca, asustada, se quedó paralizada sin saber qué hacer en esa situación. No conseguía ver a la persona que la aplastaba contra la pared y no reconocía la voz. ¿Qué iba a hacer con ella? En ese momento notó cómo le tocaba los pechos y, aprovechando que había quitado la mano con la que le tapaba la boca para ello, se puso a chillar como loca pidiendo ayuda. De inmediato, el chico la soltó y salió corriendo, no sin antes gritarle:

—¡Eres una zorrita, Glauca! ¡Sabes que te ha gustado!

En el momento en el que se vio libre, Glauca empezó a correr en dirección a la librería, que estaba a apenas unos metros de donde se encontraba. ¿Quién la había atacado? No le conocía, por lo menos, con los nervios, no había podido reconocer la voz.

¡No volvería a ir por soportales solitarios hasta que la gracia de la foto pasase de moda! Cuando llegó a la librería abrió la puerta y cerró rápidamente, sin darse cuenta del portazo que había dado.

—¡Glauca! ¿Estás bien? —preguntó Zaida, la librera—. ¿Te ha pasado algo? ¡Estás llorando!

—¿Qué? —preguntó Glauca sorprendida. Estaba tan alterada que no se había dado cuenta de que tenía las mejillas mojadas—. No, no, estoy bien, de verdad, es que hoy tengo un mal día, lo siento.

¿Ha llegado el libro que te encargué de Anabel Botella?

—Sí, lo tengo aquí mismo. ¿Seguro que estás bien? En serio Glauca, si quieres puedes pasar al baño y tranquilizarte, estás muy alterada. Toma, un pañuelo, anda —dijo ofreciéndole un pañuelo de papel, que Glauca cogió agradecida para sonarse los mocos, que no paraba de sorber entre sollozos.

—Gracias Zaida, ¿me podrías preparar también lo que pone en esta lista, por favor? —preguntó entregándole la hoja que había preparado con

los materiales necesarios en caso de que hubiera tenido que ser su padre el que fuese a por las cosas—. Voy a pasar al baño mientras, gracias.

Cuando se hubo calmado lo suficiente, salió para recoger sus cosas y marcharse pero, cuando estaba a punto de abrir la puerta, la invadió el pánico. ¿Y si volvía a encontrarse a ese chico? Ese nudo que había estado apretándole el estómago durante todo el día regresó de golpe, impidiéndole respirar y produciéndole náuseas.

—¡Dios mío, Glauca! —exclamó Zaida mientras salía corriendo de detrás del mostrador para acercarse a la chica de los libros, como ella la llamaba, una de sus mejores clientas que, en ese momento, se acababa de desmayar junto a su puerta.





Con Glauca tumbada en el sofá que tenía en el pequeño almacén de la librería, Zaida llamó a Emergencias para que viniese una ambulancia y después buscó el móvil de Glauca en su bolso para poder avisar a sus padres, pero no lo encontró. Fue al ordenador a comprobar en la ficha de pedido de libros por si estaba allí el teléfono de su casa y llamó rápidamente. Lo cogió Lucía, quien le dijo que no era nada grave porque era por estrés, que estaba teniendo un mal día y no habría hecho falta llamar a una ambulancia. Aun así, se lo agradeció y le dijo que iban enseguida ella y su marido a recogerla.

—¿Qué te pasa para que tengas tanto estrés, Glauca? —preguntó Zaida sin esperar una respuesta. Se acarició la barbilla con gesto pensativo y, dejando la puerta abierta para escuchar si se movía, salió a atender a una cliente que acababa de entrar.

—Buenas tardes, ¿te puedo ayudar en algo?

—Sí, vengo a por el libro del plan lector de este mes, ¿sabes cuál es? Soy del IES Ernesto Gutiérrez —contestó Silvia sin apenas mirarla a la cara, puesto que estaba muy ocupada mandando wasaps por el móvil.

—Sí, claro, te lo doy ahora mismo, dame un segundo. Veo que mucho interés no tienes, que no sabes ni el nombre. No te gusta leer, ¿no?

—La verdad es que no, menuda pérdida de tiempo, si por lo menos mandasen libros guays, pero por lo general son un peñazo que no hay quien se trague. Y encima me han dicho que el de este mes es gordo.

—Ah, pero este es muy bueno, ya verás, lo he leído y es de los que merecen la pena. —Se dio la vuelta para coger el libro de la estantería y cobrarle, pensando que en el fondo, esa chica tenía razón, ella veía los libros que mandaban en los institutos y colegios en sus planes lectores y eran en su mayoría un aburrimiento. Por lo que le contaban los alumnos, parecía que la nueva profesora de Lengua del Gutiérrez tenía mejor gusto y su elección de libros era buena. A ver si los demás carcas empezaban a entender que hay que crear lectores, y no perderlos, como estaban logrando.

Zaida estaba perdida en sus pensamientos mientras metía los datos del libro en la caja para cobrar cuando sonó el teléfono de Silvia. Aunque no hubiese querido escuchar la conversación, no le habría quedado más opción que hacerlo, por los gritos de la chica.

—¿Qué dices, tío? ¡Que yo no he hecho nada, gilipollas! Que yo solo he colgado un tuit con el link de la página que me han pasado para que se vote la foto. ¿Es que no te ha quedado claro lo que te ha dicho Andrea antes? El que la cagó con Glauca fuiste tú, que la engañaste y le pediste la foto, nosotras no hemos hecho nada —gritó Silvia ante las acusaciones de Sergio de haber distribuido la foto por internet y el WhatsApp—. ¿Cómo que si no tengo personalidad y tengo que hacer lo que me diga Andrea?

¿Y quién fue hablar, que por echar un polvo se convirtió en el mayor cabronazo del insti? ¡Venga ya! Que no voy a dejar de lado a mi amiga, te tenemos pillado por los huevos, chaval, podemos probar que fuiste tú quien le envió la foto a Andrea, así que déjate de tonterías y tranquilito, ¿eh? ¿Hola? ¿Hola? ¡Y encima me cuelgas! —Silvia guardó el móvil enfadada en su bolso y sacó el dinero ante la mirada atónita de Zaida—. Perdón, toma veinte euros, ¿me cobras de aquí?

La librería, que había escuchado todo, le dio el cambio en silencio y la siguió con la mirada mientras se iba. Así que alguien estaba pasando por ahí una foto de Glauca y por eso ella se encontraba mal. Pobrecilla, con lo buena chica que era, a saber qué la llevó a hacerse la foto en primer lugar.

La puerta se abrió y entraron casi a la vez el personal del SAMUR y los padres de Glauca, llenando casi por completo el espacio de la pequeña librería.

—Pasen, pasen, está en el sofá. Lleva inconsciente desde que se cayó, aunque no parece tener ninguna dificultad para respirar.

—Muchas gracias por cuidar de nuestra hija —le agradeció Manuel.

—Nada, nada, Glauca es una buena chica, seguro que se recupera enseguida. Os doy sus cosas a vosotros, mirad, aquí está su bolso y esto es lo que vino a comprar —contestó quitándole importancia al hecho de haberse ocupado de ella.

—¿Ves como no nos había engañado, Lucía? Son exactamente las cosas que nos dijo que venía a comprar —recriminó Manuel a su mujer, quien había estado mirando el reloj cada dos por tres desde que salió Glauca de casa y estaba segura de que se había ido a otro sitio al tardar más de lo habitual.

—Sí, ya veo, he sido una desconfiada, pero ¿qué quieres que piense, Manuel? Estoy hecha un manojo de nervios, todo esto me supera. Voy a ver qué tal está, ahora vengo —dijo dejándoles a los dos en la tienda y metiéndose en el almacén con los del SAMUR.

Zaida no sabía muy bien qué decirle al padre de Glauca, ¿sabrían ya lo de la foto? Si no lo sabían, era importante que estuviesen al tanto para intentar ayudarla, puesto que estaba claro que estaba afectando a su salud.

—Esto... verá. No sé si tendrá relación con el desmayo de Glauca, pero hace un momento, justo antes de que entrasen, ha estado aquí una chica que debe ser de clase de Glauca y no he podido evitar escuchar una conversación que ha tenido por teléfono...

—Ajá... y, ¿qué tiene eso que ver con mi hija? —preguntó Manuel intrigado.

—Bueno, la verdad es que creo que mucho. No sé si están al tanto, pero al parecer alguien ha puesto una foto de Glauca en internet, es lo que he podido deducir de la conversación.

—Por desgracia sí lo sabíamos, pero no era por internet, sino que la están pasando por WhatsApp. Supongo que empezaría como una chiquillada pero se les ha terminado yendo de las manos y mi hija, imagínate, está muy conmocionada.

—¿Por WhatsApp? Pues yo estoy segura de que la chica esa ha dicho algo de colgar en Twitter un link a una página para votar la foto...

—Pero, eso no puede ser, eso sería grotesco... ¿cree que Glauca lo sabía? Desde luego, hoy no se ha comportado como suele hacerlo normalmente, está muy alterada, incluso pegó a una chica en el instituto.

—¿Glauca pegando a alguien? Pues ya puede estar afectándola, porque no me puedo imaginar a su hija haciendo algo así, la verdad. No sé si lo sabría, no me ha comentado nada de eso, lógicamente, ella vino a por el material del trabajo y el libro y se marchaba cuando se cayó al suelo, así sin más. Sí es cierto que la noté rara y le pregunté si estaba bien, pero ella me aseguró que no era nada, así que no le di importancia hasta que terminó en el suelo, claro.

Mientras tanto, en la trastienda Glauca había despertado y lo primero que hizo fue vomitar. Ignorando a Lucía, que por mucho que fuese doctora, era una madre nerviosa en ese momento, los trabajadores del SAMUR decidieron llevar a Glauca al centro de salud en ambulancia para tenerla en observación, ya que no era la primera vez que se desmayaba ese día y, al haber vomitado tantas veces y apenas comer, necesitaba suero.

—Manuel, voy yo con ellos en la ambulancia, que si tienen que dar indicaciones para casa, tú no te enterarás de qué hay que hacer. Te veo en casa cuando le den el alta.

—Papá —llamó Glauca con un hilo de voz—. Llama a Alberto, dile que no puedo hacer el trabajo.

—No te preocupes ahora por el trabajo, hija, mañana te daremos una nota para excusarte de entregarlo, esto son causas mayores —contestó Manuel, mientras cogía la mano de Glauca y la acariciaba con cariño—. Glauca, siento lo de antes...

Glauca cerró los ojos e intentó sonreírle para indicar que no pasaba nada, ese era el menor de sus males. Tenía que contarle a su padre lo de la web, pero con tanta gente delante no sabía cómo.

—Papá, también dile a Alberto que vigile a Andrea y a Silvia, creo que han hecho algo más que no sabíamos, algo malo, papá. —No pudo seguir, porque rompió a llorar incontrolablemente. Los del SAMUR aprovecharon el momento para salir con ella corriendo para poder darle un tranquilizante, dejando a Manuel con el corazón encogido al ver a su hija sufrir así.

—Dios mío, ¿esto no va a terminar nunca? Y ahora de dónde saco yo el teléfono de su amigo, he dejado su móvil en casa.

—Bueno, se supone que los datos de mis clientes son confidenciales, pero creo que esto es un caso excepcional y puedo mirar si lo tengo, porque vino con Glauca a encargarme el libro de lectura el mismo día que ella. Si quiere, llamo a la policía para que sea más legal, además, creo que deberíamos llamarles igualmente, esto tiene la pinta de ser un delito, aunque al ser menores, no sé cómo estará penalizado.

—Mujer, no creo que haga falta ir tan lejos como involucrar a la policía ¿no? A ver, que si de verdad alguien está haciendo eso a mi hija a propósito para hacerla daño, llegaremos donde haga falta, pero es que no podemos estar seguros todavía al cien por cien de si no ha sido realmente Glauca la que lo ha enviado.

—Pero hombre, ¿tan poco confías en tu hija? —preguntó asombrada Zaida saltándose todo formalismo tuteándole.

—No, a ver, yo sí confío en ella, pero es que a mí lo que me contó el jefe de estudios del instituto fue que ella le había pasado una foto a otro chico, ¿y si también la colgó en la página esa de la que habló esa chica sin pensar que acabaría siendo vista por gente que ella no quería? Quizá no fue consciente de lo que implicaba compartir una foto en internet, no sé. Ya me pongo a pensar cualquier cosa, esto es algo que en nuestra época no ocurría, no había móviles ni peligro de hacer tonterías como esta, no sé cómo llevar el asunto.

—Podría ser, podría ser, no sé. Conozco a Glauca solamente de sus visitas a la librería y de las tertulias literarias, pero no me parece el tipo de chica que va colgando fotos comprometidas por internet. Bueno, yo te sugiero que llames a la policía, por lo menos te quedas tranquilo si te explican cómo actuar en caso de que se demuestre que no ha sido ella quien ha colgado la foto.

—Sí, tienes razón. Bueno, por ahora, por favor, ¿puedes buscarme el teléfono de su amigo Alberto? A lo mejor él sabe algo más y podemos aclarar todo esto.

Zaida se metió en la base de datos de sus pedidos para buscar el teléfono y marcó. Cuando Alberto respondió y le explicaron qué había

sucedido, les dijo que iba inmediatamente y que sería mejor que llamasen a la policía porque él sí sabía algo más que les contaría en cuanto se viesen.

—¿Más? Dios mío, no sé si voy a poder con esto. No lo sé... —dijo Manuel, intentando evitar que las lágrimas lograsen escapar de sus ojos. Zaida le puso la mano en el hombro para intentar animarle.

—Claro que sí, hombre, ya verás. —Y pensó qué haría ella si estuviese en su lugar. Tampoco sabría cómo manejar esa situación, estaba segura.



Cuando Alberto vio que habían colgado la foto en internet en una de esas webs de votaciones la ira le consumió hasta tal punto que empezó a tirar cosas contra la pared. Su madre había entrado en la habitación preocupada y se quedó helada al ver a su hijo hecho un energúmeno gritando frases incoherentes y lanzando todo lo que pillaba a mano contra la pared. Cuando Alberto fue consciente de que su madre estaba mirándole asustada sin atreverse a entrar, paró en seco. Durante unos segundos la miró sin decir nada y entonces cayó al suelo de rodillas llorando. Su madre se acercó a él para abrazarle y dejó que se calmase sin preguntarle nada, estaba segura de que cuando estuviese preparado para hablar, le diría qué le pasaba, pero por lo que veía, necesitaba sobre todo un abrazo y apoyo ante lo que fuese que le sucedía.

Cuando se calmó, Alberto se retiró un poco para mirar a su madre y le contó lo que había pasado, absolutamente todo, para que su madre entendiese por qué estaba tan enfadado.

—Alberto, esto que me has contado es horroroso. Entiendo que Glauca no tendría que haber enviado nunca esa foto, eso lo primero, pero ¿quién puede ser tan malvado como para pasarla y encima modificarla para ridiculizarla más todavía? ¿Cómo se puede ser tan mala persona?

—Pues es una bruja la que lo ha hecho, mamá, no puede ver a Glauca ni en pintura; además, la insulta siempre y la molesta en clase, pero por lo general nosotros la ignoramos y se termina cansando.

—¿Nosotros? Hijo, ¿puedo hacerte una pregunta? Glauca para ti es algo más que una amiga, ¿verdad?

—Pues... yo pensaba que no, porque sabía que ella estaba coladita por Sergio desde hace tiempo, pero cuando ha pasado esto me he dado cuenta de cuánto la quiero, mamá, soy un estúpido por enamorarme de alguien que no me corresponde, pero la quiero ayudar, es mi mejor amiga y está sufriendo.

—¿Tú le has dicho alguna vez lo que sientes por ella? Muchas veces las personas no vemos lo que tenemos delante a menos que alguien nos diga claramente las cosas. Puede que Sergio fuese la oportunidad de evadirse de los problemas de su casa simplemente por el hecho de que para ella era inalcanzable... hasta que dejó de serlo. Tú siempre has estado a su lado, no le resultabas un reto con el que fantasear. No sé, todo esto estoy imaginándomelo, ¿eh? Intento pensar como hubiese pensado yo a tu edad.

—La verdad es que nunca le dije nada, hoy le he mandado un *email* contándole un poco cómo me siento, desahogándome de lo mal que me he sentido cuando ha empezado a ocurrir todo esta mañana, pero no lo ha leído. O por lo menos, creo que no lo ha hecho porque no me ha contestado y supongo que, si lo hubiese leído, me habría dicho algo. Glauca no me ignoraría.

—A lo mejor en una circunstancia normal no, pero piensa que está atravesando un momento muy estresante de su vida, lo está pasando realmente mal y posiblemente es consciente de que esto que está ocurriendo le va a perseguir siempre: cuando busque un trabajo de mayor, su foto seguirá por la web. Lo que se cuelga en internet, permanece allí para siempre...

—¿Pero no hay forma de que desaparezca? ¿No puede hacer nada la policía?

—No lo sé, cariño, lo primero que hay que hacer es ver qué ha hecho el instituto al respecto y no sabemos si los padres de Glauca han llamado ya a la policía o no, pero toda la información que puedas darles, será importante. ¿Por qué no escribes en un papel todo para poder tenerlo listo cuando sea necesario? Así por lo menos estarás ocupado y te sentirás útil hasta que puedas volver a verla mañana en el instituto.



—Pues sí, es buena idea, haré eso, por lo menos así no estoy tumbado dándole vueltas a algo que no puedo controlar.

—Ah, Alberto, otra cosa...

—¿Sí?

—Cuando puedas, habla con ella, dile exactamente cómo te sientes, porque posiblemente ahora mismo esté pensando que nadie va a quererla nunca, va a caer en una depresión de caballo, ya verás... Ahora más que nunca, demuéstrale cuánto la quieres, si es que te quieres arriesgar a ello.

—Bueno, mañana veré cómo se encuentra, a lo mejor no es el mejor momento para decirle algo así, pero sí estaré a su lado, eso por supuesto.

Cuando su madre salió de la habitación, Alberto se puso manos a la obra y recopiló toda la información que recordaba sobre Sergio, Andrea y Silvia, las cosas que sabía que le decían a Glauca, todo lo que hacían Sergio y ella, los insultos y desprecios de Andrea en el instituto y cómo la trataba Silvia también por hacerle caso a Andrea. Estaba escribiendo hasta el más mínimo detalle cuando recibió una llamada que no esperaba: era Sergio.

—¿Alberto? —preguntó Sergio con voz insegura.

—¿Sí? ¿Sergio? ¿Cómo tienes la poca vergüenza de llamarme sabiendo que soy el mejor amigo de Glauca? —respondió irritado Alberto.

—Espera, espera, no me cuelgues por favor, necesito hablar contigo urgentemente.

—¿Qué quieres, confesar que has colgado más fotos de Glauca por ahí? ¿No has tenido suficiente con lo que has hecho ya, gilipollas?

—Joder, Alberto, déjame hablar. ¿Te crees que no me siento mal por lo que he hecho? Soy un capullo, lo sé, un gilipollas, un cabrón, llámame lo que quieras, pero déjame hablar porque tengo que contarte algo importante.

—A ver, qué es eso tan importante que me tienes que decir.

—Mira, lo primero, no sabes cómo siento lo que le he hecho a Glauca, no se lo merece, he intentado hablar con ella pero no me coge el teléfono ni contesta a mis wasaps, pero si pudiese volver atrás en el tiempo, no repetiría nada de lo que ha sucedido, nunca la hubiese hecho sufrir por culpa de Andrea.

—¿Por culpa de Andrea? ¿Cómo que por culpa de Andrea?

—Sí, fue ella la que prácticamente me obligó a salir con Glauca para burlarse de ella luego cuando tuviese una foto suya medio desnuda. Ella quería ver si yo la quería tanto como para hacer cualquier cosa por ella, y no se le ocurrió nada mejor que pedirme eso...

—Claro, y tú como tienes el cerebro en la polla, le dijiste que sí, ¿verdad? ¿Nunca se te ocurrió el daño que le podías a hacer a Glauca? ¿Nunca te ha importado que alguien tan maravilloso como ella estuviese detrás de ti y saber que le ibas a romper el corazón? ¿Tan frío eres?

—¡Joder, sí que me importaba! Yo no sabía que quería hacer eso con la foto. Te juro que si lo hubiese sabido, nunca habría accedido a todo esto. No pensé que Glauca estuviese tan enamorada de mí, te juro que pensaba que quien realmente le gustabas eras tú, porque siempre vais juntos, lo mío era más una broma que otra cosa.

—Vale, o sea, que fue Andrea la que ideó todo y te coaccionó para que lo hicieras. Ja. Bueno, en fin, me lo voy a creer. ¿De verdad que nunca te dijo qué quería hacer con la foto? ¿Lo de pasarla por WhatsApp y subirla a la web de votaciones para que todo el mundo la viese?

—No, no lo sabía. De hecho, por lo que te llamaba es porque antes he hablado con Andrea y estaba con Silvia justo cuando la habían colgado. Me han amenazado con que si digo que han sido ellas, me la voy a cargar, mentirán para decir que ellas nunca me obligaron a hacer nada, sino que fue siempre idea mía lo de salir con Glauca para burlarme de ella y pasar su foto. ¿Qué hay que pueda culparlas a ellas? ¡Nada! La foto me la mandó Glauca a mí y yo fui el primero que se la pasé a Andrea, así que el primer culpable seré yo.

—Claro, y quieres que yo te cubra, ¿por qué debería creerte a ti, Sergio? ¿Por qué quieres que me ponga de tu lado si sabes perfectamente que si te tuviese delante me lanzaría a tu cuello ahora mismo?

—Por eso precisamente, Alberto, porque sé que lo he hecho mal, pero quiero arreglarlo como sea. Cargaré con la culpa que sea necesaria, pero quiero que Andrea pague por lo que ha hecho.

Mañana en el instituto voy a intentar quitarle el móvil, y allí podremos ver la foto manipulada, a quiénes se la mandó. A lo mejor sirve para algo.

Pero no lo puedo hacer solo, necesito que me ayudes, piensa algo para ello, ¿vale?

—Está bien, hablaré con mis amigos, si podemos nos quedaremos en la clase con la excusa de hacer algún trabajo y miraremos en su mochila mientras te la llevas. También miraremos en la de Silvia por si acaso, que ella fue la que colgó desde Twitter lo de la web.

—Gracias, Alberto, mañana nos vemos entonces. Lo siento, de verdad, Glauca debería haber estado contigo, hubiese sido mucho más feliz...

—Eso no lo dudes. Chao. —Alberto colgó a Sergio y se dispuso a contarles todo a sus amigos.

Su madre le llevó a la habitación la merienda, un bocadillo de Nocilla y un vaso de leche con Cola Cao, como cuando era pequeño.

—Mamá, ¿todo chocolate? ¿Qué hay de que tengo que comer una fruta sí o sí en la merienda? —preguntó Alberto asombrado y contento a la vez, ya que le encantaba el chocolate.

—Bueno, he pensado que por un día se puede olvidar esa norma, que el chocolate nos sube los ánimos a todos. Yo también me he hecho uno, que me he puesto un poco nerviosa después de hablar contigo... Ya me lo he zampado, no he podido esperar, jajaja.

—¡Mamá! Pues sí que has tenido que alterarte para comer chocolate, sí...

—Bueno, la verdad es que mientras tú hablabas por teléfono, he estado mirando en internet casos de acoso por móvil y en el colegio, que ahora eso se llama *cyberbullying*, y la verdad es que me he puesto muy pero que muy alterada, porque hay muchos casos que acaban mal. Sé que no va a ser así pero, Alberto, esto es un tema muy serio que puede llegar a ser peligroso, hay que hablar con la policía y...

En ese momento, llamaron a Alberto de nuevo. Era Zaida, que le contaba lo que acababa de ocurrirle a Glauca. Su madre, que estaba escuchando la conversación, en cuanto él colgó, le dijo:

—Ve, corre, ve a verla, habla con sus padres y cuéntales todo. Diles que cuenten con mi ayuda si la necesitan, ¿de acuerdo? Corre, anda, que tu amiga te necesita. —Y, besándole la frente, salió de la habitación.

La llamada de Zaida había dejado a Alberto muy preocupado.

Inmediatamente puso un mensaje al grupo de WhatsApp de sus amigos para que supiesen qué estaba pasando y les pidió que apuntasen los nombres de todos los que les habían ido reenviando por WhatsApp la foto de Glauca, que había estado todo el día dando vueltas por WhatsApp e internet. Tenían que apuntar también a quién habían visto retuitear el mensaje de Silvia de la página web de las votaciones, porque estaba seguro de que, si la policía intervenía, convenía tener el mayor número de datos posible. Y, sin perder más el tiempo, salió corriendo de casa en dirección a la librería.



Tras pasar una hora y media en el centro de salud, los médicos que la atendieron decidieron darle el alta. Antes de dejarla marchar, indicaron a Lucía el protocolo a seguir para denunciar el acoso del que estaba siendo víctima Glauca, y le dieron un certificado que demostraba la actuación del SAMUR y las causas que lo habían motivado.

Glauca, que habría querido ocultar a sus padres lo ocurrido en el soportal y el hecho de que su foto ahora estaba en internet, no había tenido más opción que contarle todo a su madre cuando se empezó a recuperar. Lucía, que hasta ese momento no sabía muy bien cómo llevar el asunto, ya que no terminaba de creer que Glauca fuese completamente inocente, se sintió como la peor madre del mundo. Alguien estaba haciendo sufrir a su hija a propósito, había sido acosada en la calle por un desconocido, y ella lo único que había hecho había sido desconfiar de su hija, que nunca antes le había dado motivos para hacerlo. ¿Qué le había pasado?

Al poco rato de llegar ellas, llegó también Manuel con Alberto, al que había recogido en la librería Don Lápiz y, tras las súplicas incesantes del adolescente, había accedido a llevarle a ver a Glauca unos minutos, pues debía descansar. Cuando los dos se vieron, se quedaron un momento sin palabras, pero enseguida se abrazaron y Glauca volvió a llorar sobre los hombros de su amigo, que no quería soltarla. No pudo quedarse mucho tiempo, lo suficiente para repetirle a la madre de Glauca todo lo que sabía sobre el tema y para prometerles que estaría con ella todo el tiempo en el instituto y no la dejaría sola para que no pudiese ocurrirle nada malo.

Había sido un día agotador para todos, pero especialmente para Glauca, que lo único que deseaba era ir a la cama a dormir. Sabía que sus padres querían seguir hablando del tema, pero ella no tenía ningún interés en hacerlo. Notaba cómo se sentían culpables por haberla tratado con desconfianza pero, aunque en el fondo le daban pena, egoístamente, le parecía justo que se sintiesen así después de cómo lo había pasado ella.

Cuando estaba a punto de ir a la cama, llamaron al teléfono fijo, y ella contestó. Era su abuela y, con sus primeras palabras, le dejó claro que no era una llamada de cortesía:

—¿Glauca? ¿Cómo has podido ser tan desvergonzada? ¿Cómo se te ha ocurrido comportarte como una furcia cualquiera y que te vea todo el mundo sin ropa? ¿Sabes el bochorno que he pasado esta tarde en la tienda de ultramarinos cuando la señora Paqui me ha contado que su nieto te ha visto ligera de ropa en una foto? ¡Ni se te ocurra volver al pueblo! A partir de ahora, te veremos en Madrid cuando vayamos, pero ninguna nieta mía va a deshonrar el apellido familiar en mi pueblo, ¿lo has entendido?

¿Con qué cara vamos a ir a misa el domingo, delante de todo el pueblo, sabiendo que te han visto en paños menores?

¡Sinvergüenza!

—Pero abuela... —Intentó defenderse Glauca, sintiéndose herida en lo más profundo, pues ella adoraba a sus abuelos y no podía creerse que le acabasen de prohibir ir a verles.

—Ni abuela ni nada, dile a tu madre que se ponga ahora mismo.

Glauca le pasó el teléfono a su madre y se fue llorando a su habitación. Podía oír a su madre discutiendo con su abuela, intentando hacerla razonar explicándole todo lo que había ocurrido pero, por cómo terminó su madre colgando el teléfono, posiblemente su abuela, que no entendía nada de redes sociales ni acoso ni nada de lo que ella consideraba moderno, se había negado a entrar en razón.

¿Cómo iba a ser su día a día a partir de ese momento? Su foto estaba llegando a todas partes, gente que la conocía apenas de vista la estaba reconociendo y estaban haciendo que la foto pasase a más personas. ¿Cómo podría volver a salir a la calle?

¿Volvería a pasarle lo mismo que le había ocurrido esa tarde?

¿Cómo miraría a sus compañeros al día siguiente? No quería ni pensar en el regreso al instituto.

Con toda la información que les había dado Alberto, los padres de Glauca habían decidido hablar al día siguiente con el jefe de estudios y poner una denuncia conjunta. Al principio iban a ponerla ellos de forma individual, pero pensaban que era importante contar con la colaboración del centro, ya que los alumnos implicados estaban todos en la clase de Glauca y si había que realizar algún tipo de protocolo, mejor contar con ellos a que sintiesen que estaban siendo atacados.

Se desvistió poco a poco, sintiendo cómo le pesaba todo el cuerpo. Antes de ponerse su pijama favorito con dibujos de Totoro, se miró frente al espejo en ropa interior. Su cuerpo, con unas curvas sugerentes y bien distribuidas, hubiese sido perfecto para cualquier otra persona, pero no para ella. Lo odiaba. No podía soportar verse reflejada así, tal cual la estaba viendo la gente en internet. Si ella misma no encontraba nada positivo en su cuerpo, ¿qué iban a ver los demás? ¿Sentirían el asco que ella estaba sintiendo en ese momento al mirarse? ¿Cómo fue posible que esa mañana, al hacerse la foto, llegase a pensar que era mínimamente sexi? ¡Qué ciega estaba! Ahora su error le impediría relacionarse con normalidad con el resto de las personas que conocía, ¿cómo se había equivocado al hacerse la dichosa foto!

En ese momento, entró su madre en la habitación, con una pastilla que le ayudaría a dormir. Lucía se fijó en que Glauca estaba mirándose en el espejo y se imaginó lo que estaba pensando.

—Glauca, cariño, eres preciosa, lo mires por donde lo mires.

—¡Ja!, eso lo dices ahora para que no me sienta mal, ¿y todas las veces que me has dicho que estaba gorda, que no comiese chocolate, que no me convenía comer esto o lo otro? No estaba preciosa entonces, ¿no?

—Estás siendo muy injusta conmigo. Quizá no siempre he sido la mejor madre del mundo, pero los adolescentes no venís con manual de instrucciones, ¿sabes? A lo mejor te he podido decir cosas que te han herido sin darme cuenta, pero siempre ha sido con la mejor intención para ayudarte. No estás gorda, no te mereces en absoluto los insultos que te han estado diciendo tus compañeras. Quizá me empeño en compararte con

cómo era yo a tu edad, que era un palillo, y en comparación, pues sí, tienes más peso, pero Glauca, eso no quiere decir nada, lo mío tampoco era saludable. Cada persona tiene un peso y un cuerpo distintos, y tenemos que aprender a aceptarnos, a querernos.

—Mamá, de verdad, te agradezco lo que intentas hacer, pero llevo demasiado tiempo escuchando todo lo contrario como para ponerme ahora a aceptar mi cuerpo. ¿Qué hay de bueno en él? ¡Nada!

—Glauca, eres tan cabezona... como yo, he de admitirlo. No voy a insistir ahora sobre esto, pero es algo de lo que seguiremos hablando. Tómate ahora esta pastilla, te ayudará a dormir y a que tu cuerpo se relaje un poco, que menudo día has pasado.

Intenta no darle más vueltas ahora, mañana hablaremos con el colegio y la policía y ten por seguro que las chicas que han hecho esto tendrán su castigo —dijo Lucía, dando por terminada la conversación. Se acercó a Glauca, le puso la pastilla en la mano y le dio un beso en la frente antes de marcharse.

Era muy fácil decirle que era una cabezona, que era preciosa, después de lo que había pasado. ¿Pero de verdad pretendía su madre que olvidase de la noche a la mañana lo avergonzada que le había hecho sentir cada vez que comían juntas en algún sitio y ella quería pedir algo que según su madre engordaba? Ni de coña, no lo haría nunca. Quizá su madre tuviese razón y en el fondo no estuviese tan gorda, sino que ella se veía así de tanto que se lo han repetido, pero ese era el problema, que se veía así, y ya estaban Andrea, Silvia y ahora el resto del mundo para recordárselo.

Se tomó la pastilla y se tumbó en la cama, deseando que hiciese efecto lo antes posible para sumirse en la placentera oscuridad que le ayudaría a descansar.

Cuando volvió a abrir los ojos, ya era de día.





Como no podía haber sido de otra forma, el padre de Glauca había insistido en llevarla en coche al instituto, no se fiaba de los demás estudiantes y temía que se volviese a repetir el incidente de la tarde anterior. Dentro del coche, Glauca era un flan, sentía cómo sus piernas temblaban y estaba segura de que, al salir, no la sostendrían. No podía ir a clase, no podía enfrentarse a sus compañeros.

—Glauca...

—No puedo, papá, no puedo, de verdad —gimió Glauca hiperventilando. Estaba empezando a sentir los mismos nervios del día anterior, con ese maldito nudo que le atenazaba el estómago amenazando con hacerla vomitar de nuevo.

—Hija, sé que esto es muy duro, pero vas a tener que enfrentarte a ello tarde o temprano, así que cuanto antes te lo quites de encima, mucho mejor, ¿no crees?

—No, no lo creo, de verdad que no voy a poder soportar las miradas de mis compañeros, no voy a poder aguantar las risas, los comentarios... va a ser horrible, papá, no quiero ir... —contestó Glauca, sujetándose el estómago, que parecía tener vida propia en ese momento. Sin poder contenerse, abrió rápidamente la puerta y vomitó fuera del coche. Manuel bajó rápidamente y se acercó a su hija rodeando el coche.

—Glauca, sal, tranquila, necesitas aire fresco. No te preocupes por el coche, que no lo has manchado —dijo al fijarse que ella miraba de reojo por

si su vómito hubiese salpicado el coche de su padre—. Mira, toma tengo una botella de agua aquí, te sentará bien beber algo.

—Gracias, papá —susurró Glauca mientras cogía la botella y bebía de ella para quitarse el mal sabor de la boca—. ¿No tendrás un chicle, verdad? Creo que ahora mismo debo apestar, y ya es lo que me faltaba...

—Sí, sí, tengo que tener uno aquí por algún lado, dame un segundo —contestó rebuscando en sus bolsillos y mirando finalmente en la guantera de su coche—. ¡Ajá, aquí estabas!

Toma hija, de menta, ¿te gustan estos?

—Sí, me valen, gracias. Papá, ¿te ha dado mamá los tranquilizantes? Creo que voy a necesitar uno...

—Pero si te has tomado uno antes de salir, no puedo darte más.

—Sí, pero he vomitado, no creo que me haya hecho nada de efecto, lo he tenido que echar ahora...

—Está bien, te daré una, pero antes pásate por la cafetería y vuelve a desayunar, me da igual si llegas tarde a alguna clase, ¿entendido?

—Sí, de acuerdo, tranquilo, me la tomaré después de volver a comer. Solo el hecho de tenerla ya me produce una sensación de seguridad, sé que está todo en mi cabeza, pero estoy muerta de miedo...

Dejaron el coche tras de sí y se dirigieron juntos a la puerta del instituto. Ella iba a encontrarse allí con Alberto y sus amigos y su padre iba a solicitar una reunión urgente con el jefe de estudios y el director, para ponerles al día de cuanto había ocurrido y así tomar acción al respecto.

Alberto estaba esperándola con una sonrisa, dispuesto a no dejar que Glauca pasase sola ni un momento del día.

Manuel se dirigió a los amigos de Glauca:

—Chicos, dejo a mi pequeña en vuestras manos, no la perdáis de vista, confío en vosotros.

—No te preocupes, nosotros la cuidaremos bien —contestó Belén cogiendo a Glauca del brazo.

—Sí, no nos separaremos de ella ni un segundo —insistió Alberto—. Ya te dije lo que vamos a hacer, Manuel, en cuanto tengamos las pruebas, te avisaré para que le pases el móvil a la policía.

—Muy bien, chicos, voy a ver si puedo hablar ahora con el director. Hasta luego —dijo despidiéndose de ellos y dando un beso a Glauca—. Vaya, qué torpe, me he dejado el cuaderno en el que tenía apuntado lo que quería decirles en el coche.

—No te preocupes, papá, te lo traigo yo. —Antes de que Manuel pudiese contestar, Glauca se dirigió al coche. Su padre no vio cómo, además de su cuaderno, recogía también el bote con las pastillas que le había visto guardar en la guantera. Nunca sabía cuándo las iba a necesitar y estaba muy nerviosa.

Al volver y entregarle el cuaderno a su padre, durante unos segundos, todos se quedaron en silencio, pero no duró mucho, porque Glauca les dijo que tenía que ir a desayunar rápidamente para tomarse una medicina. Todos querían acompañarla, como habían prometido a su padre, pero Ana, poniendo orden, les hizo ver que si llamaban mucho la atención, al final sería contraproducente, por lo que como mucho sería bueno que solo fuese una persona más con ella. Tras una breve discusión, porque Alberto quería ser el que fuese con ella siempre, le dijeron que él tenía que ir a clase como si nada y vigilar a las víboras, como las habían decidido llamar. Luego se turnarían para que el recreo sí lo pasase con él, que es lo que hacía siempre y no llamaría la atención.

Lubna y Glauca se dirigieron a la cafetería del instituto y pidieron dos cafés. El camarero, al verlas tan pronto allí, les preguntó:

—Vaya, vaya. ¿Ya están de pellas las chicas con los nombres más raros del instituto? Mirad que yo no digo nada, pero os puede caer una buena...

—No, no, que no estamos de pellas, de verdad, es que Glauca se encuentra mal y tiene que tomar un desayuno antes de tomar su pastilla. Es que el que tomó en casa lo ha devuelto en la entrada del instituto, así que le toca repetir, y como yo no había desayunado, pues la acompaño —explicó Lubna sonriendo, como si no pasase absolutamente nada y fuese un día completamente normal.

Mientras tanto, Manuel hablaba con el conserje sobre la posibilidad de pedir una cita para ver al director y al jefe de estudios, pero Enrique le decía que creía que no sería posible porque el jefe de estudios nunca concedía

citas en el mismo día, había que pedírsela con tiempo para que se organizase, y el director no había llegado todavía.

—Pero es que de lo que yo quiero hablar con él es muy importante, ¿lo podría intentar al menos?

—Claro, no se preocupe, déjeme ver si han llegado ya y le digo. Espere en los sillones y ahora mismo le aviso.

—Muchas gracias, aquí le esperaré —contestó Manuel todo lo cortés que pudo, puesto que sabía que la estupidez de otros no era culpa de Enrique, que el pobre tenía que dar la cara por sus jefes. ¿Cómo podía ser tan *snob* ese jefe de estudios como para no ver a padres si se lo pedían en el mismo día? ¿Es que no entendía lo que eran las urgencias? Pero para llamar y quejarse de sus hijos, sí que lo hacía en el mismo día, que menuda la llamadita que le hizo el día anterior tergiversando lo de la foto de Glauca.

Tocó la campana y todos los alumnos fueron entrando en clase.

Alberto y los demás se apresuraron a sentarse y sacar los libros, puesto que a primera hora les tocaba con Dolores y no tenían ganas de empezar el día con mal pie. Estaban todos bastante nerviosos, pero intentaban disimularlo lo mejor que podían.

La profesora entró por la puerta y la cerró tras de sí para evitar que los alumnos rezagados entrasen en su clase.

—Dolores, van a subir ahora Lubna y Glauca que... —Intentó decir Gabriela, aunque se tuvo que callar frustrada cuando la profesora la interrumpió.

—No me interesa, si querían venir a mi clase, que hubiesen estado aquí puntuales. Todos sabéis las normas, y nadie entra en mi clase cuando cierro la puerta. Sacad los libros, que vamos a ponernos a trabajar un poco.

—Pero Dolores, si no llegan tarde, están en el instituto, Glauca se había encontrado mal y ha ido a tomar algo. —La defendió Alberto.

—Bueno, ¿qué pasa, que ahora la señorita Glauca no sabe defenderse sola y tenéis que intentar sacarle las castañas del fuego? ¿Es que no tuvo bastante con la expulsión de ayer?

Vamos, a trabajar he dicho, que ayer ya perdimos mucho tiempo jugando.

Glauca y Lubna subían las escaleras todo lo rápido que podían para no llegar tarde a clase de Dolores pero, como se imaginaban, ya había cerrado la puerta. No les iba a dejar entrar, la conocían muy bien, ¿qué podían hacer? No querían hacer pellas, pero esa profesora prácticamente les obligaba a hacerlas con su intransigencia. Iban a volver a bajar cuando apareció Amaya por el pasillo y se las quedó mirando sorprendida.

—¡Chicas! ¿Cómo es que no estáis en clase?

—Es que Glauca se encontraba mal y fuimos a la cafetería a que tomara algo, pero ya sabes que Dolores no nos va a dejar pasar —explicó Lubna.

—Bueno, pero esto está justificado, esperad, que voy con vosotras. Por cierto, Glauca, he visto que está tu padre abajo esperando para hablar con el director, ¿estás bien? Me gustaría hablar contigo a la hora del recreo, ¿te parece?

—Bueno, la verdad es que no estoy bien, Amaya, han pasado muchas cosas desde que salí del instituto ayer, por eso ha venido mi padre. Yo también quería hablar contigo, porque no sé qué hacer.

—Vale, pues mira, nos vemos luego en el recreo, ¿de acuerdo?

—Vale, gracias. Nos acompañas a hablar con Dolores, ¿verdad?

—Sí, sí, vamos a clase, que os tiene que dejar entrar, no han pasado los diez minutos de cortesía.

Se dirigieron las tres a la clase y llamaron a la puerta, sin que hubiese ningún tipo de invitación a pasar, por lo que las dos abrieron la puerta e, inmediatamente, Dolores les dirigió una mirada asesina.

—¿Os he dado permiso para entrar? Creo que conocéis las normas muy bien.

—Disculpa Dolores, estábamos en la cafetería porque Glauca no se encontraba bien y necesitaba tomar algo antes de la medicina...

—Sí, claro, se encontraba mal. Lo que pasa es que últimamente a esta niña le gusta más llamar la atención que otra cosa, ¿es que no tuviste bastante ayer? —preguntó dirigiéndose a Glauca, que se había puesto blanca como un fantasma, y sin percatarse de que Amaya estaba tras ellas, momento que aprovechó esta para entrar.

—Buenos días, Dolores, disculpa que te interrumpa así la clase, he subido para pedirte que dejes pasar a clase a Glauca y a Lubna, ya que yo

les he obligado a ir a comer algo porque Glauca no podía tomar la medicina sin comer y ha vomitado hace un momento. ¿Tienes algún inconveniente? —preguntó con un tono desafiante. Como la profesora no dijo nada, aprovechó para acercarse a ella y en voz baja le dijo:—. Por cierto Dolores, deberías tener más cuidado con las cosas que dices en el aula. Si no te importa, me gustaría hablar contigo cuando termine tu clase. Gracias. —Y sin darle oportunidad de réplica, dio media vuelta y se marchó a la sala de profesores.



El padre de Glauca, nervioso por la espera, entró por fin en el despacho del director del instituto. Ricardo Alameda era un hombre elegante, delgado, de apariencia impecable, tanto que parecía más bien trabajar en un casino en lugar de en un instituto público. Tras eliminar ese pensamiento de su cabeza, Manuel se sentó frente a él, como le indicó este con un gesto.

Todavía no había acudido el jefe de estudios, pero podía ir contándole de qué se trataba ese problema tan urgente del que quería hablar con ellos.

Manuel le explicó todos los detalles y le puso al día de su intención de llamar a la policía tras la reunión, especialmente si el jefe de estudios no se presentaba, pues parecía no tomarse en serio la seguridad de sus alumnos y tenía la impresión de que había juzgado a su hija sin darle siquiera una oportunidad.

—No, hombre, seguro que no ha sido así, Teodosio es un hombre muy profesional, está a punto de jubilarse y, con todos esos años de experiencia que tiene, no creo que tratase a un alumno de forma errónea sin antes escucharle. Deje que le llame de nuevo, seguro que está reunido y por eso no viene. Si no le importa, también llamaré a los profesores que fueron testigos durante el día de ayer de algún tipo de actividad y, con las conclusiones que saquemos, activaremos de inmediato el protocolo de acoso y, por supuesto, llamaremos a la policía si se demuestra que ese acoso existe.

—¿Cómo que si se demuestra que ese acoso existe? ¿Me está diciendo que no cree lo que le estoy explicando? ¿Cree que fue mi hija la que colgó

todo por internet para que la gente la insultase? ¿Cree que fue ella la que llamó a ese degenerado en la calle para que la acosase? ¡No me venga con tonterías!

—Tranquílcese, por favor, no he querido decir eso. Debe entender que debemos seguir un protocolo.

—Que no han seguido hasta ahora —le interrumpió enfadado Manuel.

—Sí, quizá haya habido un pequeño fallo de coordinación, la verdad es que en el IES Ernesto Gutiérrez nos preciamos de no haber sufrido nunca un caso grave de acoso y quizá nos haya pillado desprevenidos. También quiero que entienda que las acusaciones que usted vierte sobre la supuesta acosadora de su hija son muy graves y esa chica tiene un padre muy bien conectado con todos los ministerios, por lo que no conviene dar ningún paso en falso, ya me entiende...

—No, no le entiendo. ¿Qué me quiere decir? ¿Que por ser quien es tenemos que levantar la mano? Lo siento pero no, mi hija está sufriendo lo indecible por culpa de esa rata, no voy a dejarlo pasar. Si ustedes no nos creen, iré directamente a la policía y luego a los medios para que todos se enteren de cómo tratan a los alumnos aquí.

Antes de que pudiera contestar, llamaron a la puerta. Era Teodosio, que parecía molesto por la llamada del director. ¿Qué querría ahora ese padre pesado que no pudiese esperar?

—Buenos días, Teodosio, mira, queríamos verte los dos para que nos explicases qué sabes sobre el asunto de Glauca —informó el director.

—¿De Glauca? —preguntó—. Pues qué quiere que le cuente, lo mismo que le conté a su padre ayer, que la chica está teniendo un comportamiento muy errático últimamente y ayer además se dedicó a enviar una foto medio desnuda a un chico que según ella era su novio pero que luego resultó que no lo era y solo quería quitárselo a nuestra otra alumna Andrea. Además de eso, fue expulsada por cometer varias faltas graves el mismo día, como agresión a una compañera y contestaciones a los profesores. ¿Algo más que deseen saber o me puedo marchar ya?

—Un momento, Teodosio —pidió el director—. ¿No te has enterado de nada más sobre ella? Lo de la foto en internet, el mensaje de WhatsApp a todo el mundo y el acoso al que le está sometiendo Andrea, por ejemplo.



—¿De qué foto hablas en internet? Yo de la que te estoy hablando es de la foto que le envió a ese chico, Sergio, pero no había más. Hablé con él y la borró delante de mí, me dijo que no se la había pasado a nadie... —contestó cada vez más pálido Teodosio, empezando a comprender que se había cometido un delito justo delante de sus narices—. El caso es que ayer Amaya intentó decirme algo antes de irme, pero interpreté que se refería a la misma foto... Dios mío... —Casi susurró llevándose una mano nerviosa a la barba.

—Bien, por lo que veo tenemos un serio problema, puesto que nadie parece estar al tanto de lo que ocurre en el instituto excepto dos o tres profesores, así vamos mal. ¿Cómo van a saber qué le pasa a mi hija? —preguntó indignado Manuel.

Volvieron a llamar a la puerta y aparecieron Dolores, Fernando, Nuria y Amaya, quienes habían sido avisados por el conserje para que bajasen urgentemente al despacho del director. Les pidieron que contaran todo lo que sabían sobre el tema y, sobre todo los tres últimos, pudieron dar mucha más información lo que, en cierto modo, reconfortó a Manuel, puesto que veía que había profesores que sí se preocupaban de los alumnos, aunque al parecer chocasen contra muros cuando intentaban llegar a algún lado.

Con todos los datos recabados, llamaron a la policía para que acudiese un agente y pudiese comenzar la investigación oficial, ya que ellos lo único que podían hacer era esperar y vigilar a los alumnos implicados.

Mientras Dolores estaba hablando con el director, en la clase de Glauca, Silvia y Andrea se pasaban notas preocupadas. ¿Por qué Amaya se había molestado en subir con las raras a clase para protegerlas de Dolores? ¿Qué sabía ella? Era sospechoso, puesto que nunca antes Amaya había hecho algo así por nadie. Aunque habían planeado pasar el día como si nada hubiese ocurrido y culpar a Sergio de todo si salía a cuento, cada vez estaban más nerviosas.

Cuando la profesora entró de nuevo todos se callaron de inmediato. Dolores siguió con la clase como si nada hubiese ocurrido. Hasta que la policía no dictaminase que lo que había ocurrido era realmente un delito, ella seguía pensando que la que había cometido un error muy grande era Glauca.

Antes de que terminase la clase, Amaya volvió a interrumpir a Dolores al llamar a la puerta y solicitar que Glauca saliese para hablar con ella. Esta se levantó, preocupada, pues sabía que su padre estaba hablando con el director y el jefe de estudios.

Cuando salieron, Amaya solo le dijo tres palabras y la abrazó:

—Ya está denunciado.

Glauca no pudo evitar que se le volvieran a escapar las lágrimas.

Sabía que la esperaba todavía un duro camino por recorrer, y la policía tendría que hablar con ella, pero por lo menos, el primer paso, que deberían haber dado incluso el día anterior, ya estaba hecho. Mejor tarde que nunca. Con una leve sonrisa en el rostro, Glauca acompañó a Amaya hasta el despacho del director, donde la esperaba ya un agente de la policía que había ido a tomarle declaración y hablar con todos los implicados.

Glauca se alegró de ver que su padre no se había marchado todavía y estaría allí para acompañarla durante el proceso. Fue muy duro tener que volver a relatar lo ocurrido el día anterior en la calle, cómo no pudo identificar a su agresor; también el recordar los mensajes recibidos en su móvil y en su *email*. El policía solicitó llevarse tanto su móvil como su portátil para poder comprobar que efectivamente ella no había sido la causante de nada, excepto de haberle enviado la fotografía a Sergio.

El director le explicó que se iba a poner en marcha un protocolo para prevenir el acoso en el centro y la tendrían vigilada, pero debía informarles si ocurría el más mínimo problema. Ella así se comprometió y, cuando le dieron permiso, volvió caminando un poco más segura de sí misma hacia su clase.

Cuando estaba subiendo las escaleras, se encontró con un grupo de alumnos de 4.º de la ESO un año mayores que ella que, al verla, empezaron a silbar y a vitorearla, haciendo comentarios jocosos sobre sus pechos y su culo. Ella subió corriendo, esquivando sus risas y sus gestos obscenos como pudo, perdiendo la poca confianza que ese encuentro con la policía le había proporcionado. ¿Qué iban a hacer? ¿Ir uno por uno explicándoles el daño que le hacían? ¿Con qué les iban a amenazar si se metían con ella? Al final, se dio cuenta de que por mucho que la policía consiguiese eliminar esa fotografía de internet, el mal que había hecho era demasiado grande como

para que todos los que la conocían lo olvidasen. Y era muy duro vivir sabiendo que cuando la mirasen, tendrían esa otra imagen en su cabeza. ¿Podía vivir con ello?



Glauca llamó a la puerta para poder entrar en clase. Por suerte, la charla con el director y la Policía había sido suficiente como para saltarse casi dos horas y, aunque la clase de Nuria era su favorita, también era cierto que era la que mejor llevaba y no iba a pasar nada por perdersela. Además, ella estaba al tanto de todo y no le puso ninguna pega para entrar, al contrario, le dedicó una enorme sonrisa de ánimo, lo que la reconfortó.

Se sentó en su sitio y sacó sus cosas. Metidas en su mochila, encontró varias notas anónimas metiéndose con ella. Suponía que alguna sería de Andrea, pero no podía asegurarlo. Las guardaría para enseñárselas más tarde a la policía. Dio un suspiro y se puso a hacer los ejercicios que habían estado haciendo los demás mientras había estado ausente.

—¿Todo bien? —le susurró Alberto.

—Sí, tranquilo, te explico todo en el recreo —contestó Glauca con un gesto en su cara que intentaba semejar una sonrisa pero que a él no le engañaba lo más mínimo.

—¿Tranquilo? Glauca... —Ella no estaba nada bien. Por mucho que intentase fingirlo, él la conocía a la perfección.

—Alberto, se me acaba de terminar la tinta del boli, ¿me podrías dejar otro? —preguntó Glauca en tono más alto para zanjar la conversación.

—Uy, Glauca, yo tengo uno, toma te lo dejo, te lo puedes quedar si quieres, no hay problema —se apresuró a ofrecer Andrea mientras alargaba la mano con un boli hacia Glauca.

Glauca y Alberto se miraron sorprendidos. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué estaba siendo amable con ella? A lo mejor se sentía mal y todo por lo que había hecho.

—No, gracias, Andrea, ya me lo deja Alberto, que tiene los mismos que uso yo y así no queda raro en el cuaderno.

—Insisto, de verdad, no es problema.

—Andrea, ya te ha dicho que se lo dejo yo, no insistas más —replicó Alberto con frialdad mientras le daba el bolígrafo a Glauca. No le gustaba un pelo esa fingida amabilidad de Andrea.

No se fiaba de ella. ¿Qué tramaba?

Cuando sonó la campana, Nuria se despidió de ellos y, mientras se preparaban para bajar al recreo, apareció Amaya por la puerta para buscar a Andrea y a Silvia. Ambas se miraron horrorizadas durante unos segundos, pero enseguida volvieron a recomponerse y salieron con la cabeza bien alta sin mirar hacia atrás. En ese momento, los amigos de Glauca vieron una oportunidad única para revisar las mochilas de Andrea y de Silvia en busca de sus móviles, así que esperaron a que saliesen todos para poder ponerse a ello. Glauca fue bajando con Alberto, Gabriela y Belén, a las que se unió su amiga María, una máquina de hacer sintaxis que les había estado explicando en clase cómo analizar unas oraciones.

Mientras ese grupo iba a paso de tortuga hacia el patio para que no se notase tanto que no habían bajado todos, Carlos y Ana buscaban cada uno en una mochila mientras Lubna esperaba en la puerta por si regresaban las dos de donde fuera que se las hubiesen llevado.

Carlos sacó todos los libros y cuadernos de Andrea de su mochila y Ana hizo lo mismo con la de Silvia, pero no encontraron sus móviles.

—Pshhh, chicos, mirad en los abrigos —les indicó Lubna desde la puerta.

Carlos y Ana se pusieron a buscar en los bolsillos de los abrigos de las dos y, cuando parecía que no iban a encontrar nada, la mano de Carlos se topó con algo en el bolsillo interno. Lo sacó y rápidamente se lo guardó en su sudadera. No podían perder más tiempo buscando el de Silvia, así que decidieron dejarlo para más tarde o pasar de él por el momento. Bajaron corriendo las escaleras hasta el patio y allí a duras penas lograron alcanzar a

sus amigos, que estaban esperándoles en las escaleras de la cafetería. Llegaron sin aliento por la carrera que se habían echado, pero había merecido la pena.

Sergio, que había estado toda la mañana atento a todo cuanto pasaba, se pudo imaginar por qué tardaba tanto ese grupo en llegar y se situó cerca de la puerta para facilitarles el traspaso del teléfono sin que los demás se percataran. Carlos pasó a su lado flanqueado de Ana y Lubna para que nadie pudiese ver nada a su alrededor y, casualmente, a los ojos de los demás chocó con Sergio al entrar y, mientras él le gritaba para que los demás lo escuchasen, el móvil cambió de manos.

—¡Joder, Carlos, mira por dónde vas tío, que me has pisado! —gritó Sergio mientras le empujaba levemente el hombro.

—Ay, bueno, perdón, ¿eh? Que tampoco hay que ponerse así por un pisotón de nada, ni que fueses una bailarina —le contestó siguiéndole el juego. No querían que nadie pudiese sospechar que el causante de que Glauca fuese la comidilla del instituto estaba aliado con sus amigos, puesto que se lo contarían rápidamente a Andrea.

Laura, que estaba de guardia en el patio, acudió para evitar una posible pelea y, cuando se cercioró de que no iba a más, les dijo que se dejaran de tonterías en el patio y mirasen los dos mejor por dónde iban. Carlos pidió perdón y se sentaron todos a su alrededor para hablar de lo que había ido pasando esa mañana.

Mientras tanto, consciente de lo corto que era ese primer recreo, Sergio se dirigió a los baños y se encerró en un cubículo para poder encender el móvil de Andrea. Aunque lo tenía protegido con una contraseña, él sabía muy bien qué debía escribir para poder descubrir qué contenía en su interior: «4ND834».

Nervioso, tecleó el código de números y letras y, en cuanto apareció la pantalla desbloqueada, deslizó su dedo hacia el icono de galería fotográfica. Bingo. Allí estaba. Junto con cientos de selfies, tanto de ella como de ella y Silvia juntas poniendo morritos, aparecían dos copias de la foto: la original y la tuneada. En la información de esa foto se podría ver el programa utilizado y seguro que la policía podría sacar más datos relevantes. Satisfecho con su descubrimiento, salió del baño tirando de la cadena para

disimular y se dispuso a llevarle el móvil al director para que pudiese hacer con él lo que considerase oportuno.

La campana sonó y se dirigieron todos al gimnasio, ya que les tocaba educación física. Nada más llegar, Gonzalo, el profesor, les puso a correr durante cinco minutos. Glauca, que odiaba todo lo relacionado con el deporte y que encima se encontraba mal, intentó escabullirse, pero el profesor no se lo permitió.

—Porfa, Gonzalo, no me hagas correr, que no me encuentro muy bien hoy.

—Glauca, ya estás como siempre, nunca te encuentras bien.

Vamos, vamos, que un poco de ejercicio te va a venir muy bien, venga —contestó, no queriendo saber más del tema.

De muy mala gana, Glauca se puso a correr con los demás. En su cabeza intentaba cantar alguna canción para distraerse, pero era incapaz de pensar en otra cosa que no fuese en su foto. Era imposible eliminar ese pensamiento de su cabeza. En el momento en que intentaba dejar la mente en blanco o pensar en cualquier otra cosa, ahí estaba la fotografía para torturarla, acompañada de todas esas palabras hirientes que le estaban dedicando sus compañeros y gente desconocida desde el día anterior.

En eso estaba cuando uno de los amigos de Andrea se le acercó por detrás y le dio un cachete en el culo riéndose.

—¡Buenas cachas, Glauca! ¿Me las enseñas luego?

—¡Serás gilipollas! —le gritó Glauca levantando la mano para darle un bofetón, pero él fue mucho más rápido y se retiró a tiempo.

—¡Eh! ¡Eh! ¿Qué pasa aquí? —intervino Gonzalo, que se acercó corriendo hacia ellos para separarlos.

—¿Que qué ha pasado? Que este capullo me ha tocado el culo y me ha dicho que se lo enseñe luego, eso es lo que ha pasado —contestó ella indignada.

—Venga, Glauca, que me he tropezado contigo sin querer, no saques las cosas de quicio. Además, ya nos has enseñado a todos todo, ¿qué iba a querer ver ya que no haya visto? —contestó Luis entre las carcajadas de sus compañeros.

Gonzalo, que sabía lo de la foto, reaccionó en ese momento oliéndose que Glauca tenía razón.

—Tú, listillo, a dar diez vueltas más que los demás, y luego te vas a hablar con el jefe de estudios sobre lo que acabas de decir.

—¡Pero Gonzalo, si yo no he hecho nada, lo juro! Si solo me he chocado con ella...

—Otras cinco más, por intentar tomarme por idiota. ¡Vamos! —Y dirigiéndose a Glauca, que se había quedado blanca, dijo—. Pues tenías razón, te veo muy pálida hoy, no te preocupes, si quieres en lugar de los ejercicios que íbamos a hacer, puedes hacer un trabajo sobre el acrosport en la biblioteca y luego me lo entregas, ¿vale?

—Gracias, Gonzalo. ¿Me podría acompañar alguien a la biblioteca por si me desmayo o algo?

—A ver, Glauca, que sabes que no estás tan mal como para eso, chica, no lo fuerces... —le contestó sonriendo, haciéndole saber que si la dejaba marchar era solo por el incidente con su compañero Luis—. Anda, ve tú sola, que no te va a pasar nada por el camino.

—Está bien, gracias, Gonzalo. Oye, lo que ha dicho Luis...

—Shhh, da igual, tú tranquila que ya hablaré yo con Amaya más tarde.

—Vale, gracias. Hasta luego —le dijo Glauca agradecida de que no hubiese querido seguir con el tema. Tras echar un vistazo a sus amigos, que observaron impotentes cómo se marchaba sola de allí, puso paso firme a la biblioteca. Por lo menos allí estaría sola y no la molestaría nadie.

Antes de entrar a la biblioteca, decidió entrar al baño y, cuando estaba a punto de tirar de la cadena, escuchó que se abría la puerta y entraban dos chicas hablando: eran Andrea y Silvia, que acababan de salir de hablar con la policía.

—Esta tía ya se puede andar con cuidadito, porque como me detenga la policía a mí ya me encargará yo de que mi padre despida a su madre, que para algo es su jefe. Pero qué se cree, la vaca esta, denunciándome, ¡si fue ella la guarra que le mandó la foto a Sergio! Además, ¿cómo coño tenía la policía mi móvil? Seguro que me lo ha quitado de la mochila. Cuando la pille se va a cagar, le voy a partir la cara.



—Ya, tú tienes el arma de tu padre, pero ¿yo qué tengo? Estoy asustada, Andrea, la hemos cagado pero bien.

—Que no, joder, que lo has hecho muy bien, que tú lo único que hiciste fue reenviar ese link que alguien te pasó por Twitter, pero la cuenta de la foto en la web la creó ella, ¿cómo va a averiguar la policía que usaste su *email* para hacerlo? Oficialmente ha sido ella la que mandó la foto a Sergio y la que la colgó para obtener votaciones. Tranquila, que no nos puede pasar nada. ¡No podrán saber que hemos sido nosotras! Las fotos que había en mi móvil, ¿cómo van a saber que las he manipulado yo? ¡Es imposible! Yo voy a decir que las ha mandado Sergio, que cargue él con el muerto. ¿Qué le vería a ese mojigato? Bien que accedió a salir con la imbécil esa para conseguir un polvete conmigo, pero ahora se raja y me suelta el muerto a mí. ¿Qué se habrá creído?

—No sé Andrea, pero la hemos cagado mucho, a lo mejor Sergio tiene razón y en vez de liar más las cosas es mejor decir la verdad. ¿No deberíamos confesar? A mí ese policía me ha puesto muy nerviosa...

—Ay, hija, ¡que no! ¡Anímate! Vamos a pensar cómo reaccionar ahora, recuerda que nunca debes confirmar nada, tú solo recibiste el mensaje, ¿entendido? Venga, vamos a clase antes de que nos pillen perdiendo el tiempo aquí —dijo Andrea empujando a Silvia para que saliese del baño, sin percatarse de que uno de los cubículos había estado ocupado todo el tiempo—. Mira, peor lo tengo yo cuando se entere mi padre, que ayer le hizo pasar un mal rato a la madre de Glauca por lo de la foto.

Verás cuando le llame la policía y le informe de todo, fijo que me quitan la suscripción al gimnasio y el móvil. Joder, a ver qué hago yo sin móvil, tía. —Pudo oír que le decía Andrea a Silvia por el pasillo.

Glauca no sabía qué hacer. Cada vez se ponía peor la cosa, ella sabía el puesto que tenía el padre de Andrea y lo poco que le costaría hacer que su madre perdiese el trabajo. ¿Cómo podía ella hacerle algo así? ¿De qué iba a vivir ahora que se iba con su madre de casa en apenas unos días? No podía hacer eso, no podía. Tendría que aguantar lo que fuese, pero no quería ser la culpable no solo de la vergüenza de su madre, sino también de la pérdida de su trabajo.

Tras asegurarse de que Andrea y Silvia no estaban por los alrededores, salió del baño con sigilo y entró en la biblioteca.

Una vez allí, se percató de que no había cogido nada con lo que hacer el trabajo, por lo que tendría que ir a su clase a por material para escribir. Un sudor frío empezó a recorrerle la espalda y el pánico se apoderó de ella. No podía ir allí, seguro que se las encontraba. El estómago empezó a dolerle de nuevo.

Le vendría muy bien una de esas pastillas calmantes de su madre. Si conseguía llegar allí, se tomaría otra. Su madre no le había dicho nada en contra de tomar varias por la mañana, así que no pensaba que le hiciese daño. Se armó de valor y salió.



La sala de profesores, normalmente vacía a esas horas, estaba más llena de lo habitual. El director había insistido en realizar una reunión de emergencia lo antes posible, y si tenía que ser en dos turnos, se tendrían que repartir. Mientras esperaban a que subiese para informarles sobre qué estaba pasando, Amaya aprovechó para hablar con Dolores sobre su actitud hacia Glauca y los alumnos en general.

—Dolores, ¿quieres un café? Déjame invitarte y aprovechemos para hablar. Ven conmigo a la cafetería.

—No me apetece café, gracias. ¿Y por qué no me dices lo que me tengas que decir aquí mismo? No hay necesidad de salir —contestó con un tono prepotente, dando a entender que dijera lo que dijese Amaya, no le podía afectar lo más mínimo delante de sus compañeros.

—Muy bien, si insistes... —replicó Amaya sentándose a su lado—. Quería hablarte de cómo tratas a los alumnos. Entiendo que intentas imponer una disciplina, pero me parece exagerado que no les dejes pasar a tu clase si llegan dos minutos tarde a primera hora, cuando la norma del instituto es que pueden entrar al centro hasta diez minutos tarde.

—Bueno, te podrá parecer exagerado a ti, que les permites de todo en tus clases seguramente, pero a mí me funciona y llevo haciendo lo mismo durante años, nadie se atreve a rechistarme.

—Claro, porque es mucho mejor que te teman a que te respeten, ¿no?

—Me da igual lo que hagan, me trae sin cuidado mientras consiga mis objetivos. ¿Querías decirme algo más o ya puedo seguir con mis cosas?

—Sí, de hecho hay algo más de lo que te quiero hablar. Es sobre Glauca.

—Oh, por Dios, esa niña se está perdiendo, ¡qué vergüenza la foto esa que va rodando por ahí! Me la enseñó ayer mi vecina, que se la había pillado a su hijo en el móvil. Imagínate qué vergüenza cuando reconocí a una de mis alumnas. ¿Qué ejemplo damos como centro potenciando que se manden esas fotos? —preguntó indignada.

—Pero qué dices, Dolores. Nosotros no potenciamos eso. De lo que te quiero hablar es de que Glauca está sufriendo acoso por parte de Andrea y que ha sido ella la que ha ido distribuyendo la foto por internet y redes sociales. Por favor, te ruego que cambies tu actitud hacia Glauca porque ahora mismo tiene una situación de riesgo enorme, tenemos que cuidarla.

—¿Cómo? ¿Que Andrea hizo eso? Bueno, eso se tendrá que demostrar, ¿no?

—Por supuesto, ya está la policía trabajando con su ordenador y su móvil para averiguar si se mandaron desde ahí las fotos. En breve nos los comunicarán. Si es así, posiblemente vengán a detenerla, es lo que nos va a contar el director ahora.

—¡Madre de Dios! La que hay montada por la chica esta. Bueno, pero esto es una chiquillada, siempre ha habido bromas entre alumnos y nunca se ha considerado acoso. Cuando yo era pequeña, me pegaban chicles en el pelo en clase, pero no por ello estoy traumatizada ahora.

—Ya, pues a lo mejor es que la psicología y la concienciación social han mejorado bastante. Como te he dicho, Glauca presenta todos los síntomas de una depresión y ansiedad, está en un grave riesgo de suicidio ahora mismo —le dejó claro mientras pensaba que, si era tan amargada, a lo mejor sí que le habían traumatizado esos chicles en el pelo de pequeña y no lo quería reconocer.

—¡Pero qué suicidio ni qué nada! ¡Venga ya, mujer!

Antes de que pudiesen seguir hablando, tocó la campana y fueron entrando los profesores que faltaban. El director ocupó la silla que se encontraba en el centro de la mesa y, tras carraspear varias veces para llamar su atención, todos se callaron.

—Como sabréis la mayoría, el centro se encuentra en un grave problema. Por primera vez en años, por lo menos la primera vez desde que yo soy director, nos enfrentamos a un caso de acoso bastante importante. De la noche a la mañana, tenemos a una alumna gravemente traumatizada por las consecuencias que ha tenido que se comparta una fotografía suya en internet y redes sociales sin su consentimiento, con el consiguiente acoso del que está siendo víctima como consecuencia de ello. Siguiendo el protocolo de actuaciones en estos casos, se ha avisado a la policía a petición de los padres y ya han interrogado a todos los implicados directos, así como han incautado también de forma preventiva los móviles y portátiles de ciertos alumnos. He de decir también que estoy muy insatisfecho por la forma en la que se ha llevado el asunto por parte de Jefatura de Estudios, ya que el protocolo de emergencia debería haberse puesto en marcha ayer al detectar la primera foto, y podríamos haber evitado todos estos problemas —recriminó el director a Teodosio, quien agachó la cabeza avergonzado.

—Reconozco que no le di la importancia que debería haberle dado cuando vinieron a hablar conmigo, Fernando primero y más tarde Amaya. Pensé que se trataría de una chiquillería...

—Pues ya veis todos que de chiquillería nada. Esto ha conseguido que la alumna de 3.ºA Glauca Rodríguez se encuentre ahora mismo, aunque posiblemente ella no sea consciente aún, en una grave situación que debe ser llevada también por el servicio de orientación, del que ya he solicitado una evaluación urgente del caso para que nos ayuden a lidiar lo mejor posible con este problema. Me han avanzado que no debemos permitir que se le acerquen las alumnas culpables y que no se quede nunca sola en la medida de lo posible, ya que tiene un riesgo altísimo de suicidio. La familia está siendo muy colaboradora y comprensiva con la falta de profesionalidad demostrada por el centro, pero toda comprensión tiene un límite y como a la chica le suceda algo, podemos prepararnos todos para una denuncia por negligencia. ¿Alguien tiene alguna duda? —preguntó mirando a los presentes al tiempo que levantaba la ceja izquierda—. ¿No? Bien, pues volved a vuestras clases y extremad las precauciones, nos jugamos mucho.



Glauca avanzó con lentitud por el pasillo, prácticamente pegada contra la pared para intentar pasar lo más desapercibida posible, como si el hecho de que se acercase tanto a las paredes pudiese ayudarla a convertirse en un ser invisible.

Al llegar a su clase comprobó con alivio que Andrea ya no se encontraba allí, así que se dirigió a su pupitre y cogió el cuaderno y su estuche. Antes de salir, agarró el bote de pastillas y su botella de agua. Necesitaba tomarse una urgentemente.

Sacó una pastilla y, justo cuando se la metía en la boca, Andrea abrió la puerta mientras gritaba a Silvia, que estaba fuera:

—Ve yendo al gimnasio tú, yo iré enseguida, que se me ha olvidado coger un pañuelo y con este frío, no quiero estar con el moquillo colgando, ¡qué poco glamuroso sería! —Andrea se quedó parada al ver a Glauca tragando la pastilla.

Con una sonrisa maliciosa, se fue acercando muy lentamente a ella, que estaba completamente paralizada y muerta de miedo.

Parecían una leona y su presa, no había escapatoria posible.

—Vaya, vaya, si tenemos aquí a la pequeña ladrona de móviles, qué interesante. ¿No tenías suficiente con subir la foto a internet, Glauca? ¿Tenías que pasársela a todo el mundo para que te votase?

—Sabes perfectamente que yo no hice eso, fuisteis Silvia y tú, así que déjame en paz.

—¿Que te deje en paz? ¿Que te deje en paz? ¡Haberme dejado tranquila tú! ¿Sabes lo que va a pasar cuando la gente se entere de que la policía piensa que soy sospechosa de haber iniciado ese acoso que te has inventado? ¡Me van a marginar como a ti!

—¡Yo no estoy marginada! Tengo a mis amigos, no necesito tu estúpida popularidad.

—Oh, claro, claro, tus amigos, esos pardillos ratas de biblioteca. Por no hablar de tu perrito faldero, ese Alberto que está coladísimo por ti y tú lo único que haces es hacerle daño intentando tirarte a mi novio. ¿Se lo contaste? ¿Hablabas con él cuando salías con Sergio? ¿Le contabas si os habíais besado?

Seguro que le gustó muchísimo. ¿Estás segura de que no fue Alberto el que subió las fotos a internet? Yo creo que alguien celoso como estaba él sería capaz de cualquier cosa, Glauca. Y le escuché una vez diciendo a tus amigos que le estabas volviendo loco.

—Pero ¿qué tonterías estás diciendo? Alberto no está colado por mí, solo es mi amigo y además, no está loco.

—Pero qué ilusa eres, todo el mundo puede verlo menos tú. No te preocupes, ya me he ocupado de contarle a la policía mis sospechas sobre su culpabilidad, posiblemente ahora mismo le estén interrogando. No deberías juntarte con gente tan peligrosa como él, Glauca, no está bien de la cabeza.

—La que no está bien de la cabeza eres tú. ¿Se puede saber qué te he hecho yo para que me trates siempre tan mal? Si fuiste tú la que le dijo a Sergio que saliese conmigo, es que no entiendo por qué tienes tanto interés en hacerme daño, la verdad.

—¿De verdad no lo sabes, Glauca? Eres tan tonta que no solo no sabes que tienes a ese pánfilo de Alberto detrás de ti, sino que no eres capaz de ver a tu alrededor. ¿No sabes por qué se van a divorciar tus padres, pedazo de idiota?

—¿Mis padres? ¿Pero qué tienen que ver mis padres con todo esto? — quiso saber Glauca confundida, tras beber un sorbo de agua de su botella. Su estómago le dolía, necesitaba tomarse la pastilla de una vez, así que lo hizo.

—¿Qué te estás tomando, Glauca? ¿Drogas? ¿La hija perfecta se está drogando? Seguro que a tu preciosa mamáita le encantaría saberlo, a lo mejor así dejaría de fanfarronear tanto en su trabajo sobre la maravillosa hija que tiene, sobre las notas tan altas que saca, sobre los concursos literarios que gana. ¿Sabes lo que duele que tu padre te compare todo el tiempo con la hija de una de sus trabajadoras? Es odioso. «Deberías estudiar más, cariño, como Glauca, la hija de Lucía». Esa la habré escuchado miles de veces.

O esta: «Andrea, querida, deberías participar en algún concurso o hacerte socia de la asociación literaria a la que va Glauca, seguro que te viene muy bien y así estrechas lazos con ella, lo necesitarás en un futuro».

—¿Pero de qué estás hablando, Andrea?

—¡De tu madre y mi padre! ¿Tan ciega estás que no has visto que esa es la razón por la que se divorcian tus padres, estúpida? Tu madre sedujo a mi padre, que va a dejar a mi madre para irse a vivir con ella. ¿Sabes lo que eso significaría? Que tú y yo seríamos una especie de medio hermanas. ¡Asqueroso! Yo emparentada con la vaca marina, ¡ni hablar! No voy a pasar por ahí, así que tengo que ponerle freno de alguna manera, ¿no crees?

—¡Todo eso es mentira! —gritó Glauca incrédula—. Eres una loca paranoica, te estás inventando todo eso para hacerme más daño aún. ¡Vete de aquí!

—No me invento nada, es la pura realidad, pregúntale a tu madre. ¿Por qué te crees que no se ha marchado tu padre de casa y os vais vosotras? ¡Porque tu madre está muerta de vergüenza por destrozarle la vida y no se atreve a echarle! ¿Por qué crees que te gritó hecha una furia ayer cuando llegó a tu casa? ¡Porque has dejado como el culo a la querida del jefe, que de refilón, le deja mal a él!

—¡No, no, no! —quiso negar Glauca, sintiendo un punzante dolor de cabeza. Parecía que su visión se nublaba y empezaba a sentir que se mareaba. Se apoyó en una de las mesas que estaba a su lado y cogió aire.

—¿Qué te pasa, Glauca? ¿Te encuentras mal? ¿Por qué no te tomas otra de tus pastillas? —preguntó Andrea con su famosa voz melosa, acercándose a ella—. No te preocupes, casi hermana, yo te ayudo a tomártela, dame el bote.



—No, déjame, ya me he tomado una hace un momento, no puedo tomar más, estaré mejor cuando te largues y desaparezcas de mi vida. Ojalá te pudras en un correccional o donde sea que mandan a las locas como tú, la que es una vergüenza para su familia eres tú, no yo —le espetó Glauca, intentando apartarse de ella.

—¡He dicho que me lo des! Solo quiero tu bien, ¿es que no te das cuenta?

Antes de que Glauca pudiese reaccionar, Andrea le pegó un empujón y cayó contra una de las mesas, dándose en la cabeza con ella. Andrea aprovechó su aturdimiento para quitarle el bote de las pastillas, abrirlo y coger un buen puñado, que intentó meter en la boca de Glauca.

—¿Quieres que me pudra en un correccional? Pues si es así, que sea por un buen motivo. ¡Abre la boca, vaca, que te encanta comer! —le espetó con desprecio mientras con la otra mano intentaba forzar a Glauca para que abriese la boca. Como no podía, cogió su cabeza y la estampó contra el suelo con una fuerza brutal.

Glauca, aturdida por el profundo dolor que sentía en la cabeza y casi inconsciente, no pudo resistir los intentos de Andrea por abrirle la boca. Esta cogió la botella de agua, le obligó a abrir de nuevo la boca con las pastillas dentro y, cogiéndola del cuello, inclinó su cabeza para atrás para obligarla a tragar. Como se resistía, le tapó la nariz y la boca.

—O tragas, o te ahogas. Elige la manera de morir, vaquita. Los ahogados se quedan de color muy feo luego, ¿no? Serás una muerta más bonita si solo te tragas las pastillas. ¡Traga!

Glauca, que se estaba quedando sin aire, no tuvo otra opción que tragar. Sabía que Andrea conseguiría su propósito, apenas había comido, estaba sin fuerzas y no podía defenderse. Sus compañeros estaban en el gimnasio y en las clases de al lado nadie parecía haber oído nada. Aunque por un momento intentó rebelarse, pronto se dio cuenta de que no tenía apenas fuerzas.

El golpe que le había dado Andrea en la cabeza le dolía mucho y tenía la visión nublada. Ya no podía resistir más. ¿Quién iba a ayudarla? Cerró los ojos y se puso a pensar en todos aquellos que la querían. Si era cierto que iba a morir, quería que sus últimos pensamientos fuesen de amor. Pensó

en sus padres, en todo lo que le había dicho Andrea sobre su madre, ¿sería real? No importaba ya, ella sabía que les quería a los dos por igual y nada cambiaría eso, a pesar de las peleas que habían tenido últimamente. Pensó en sus amigos, que tanto la habían ayudado.

Pensó en Sergio, sabía que iba a tener también un castigo cuando se realizase el juicio. Pensó en Alberto. ¿Tan ciega había estado como para no ver que la quería? Ojalá pudiese hablar con él, darle las gracias por todo lo que siempre había hecho por ella.

Ojalá pudiesen ir juntos a Londres, como siempre habían soñado, y recorrer la ciudad sin importar la lluvia porque lo harían bajo el paraguas azul enorme que iban a comprar y que habían visto en una tienda hacía unos meses. Intentó sonreír al recordarlo, pero fue incapaz, poco a poco, lo único que pudo hacer fue cerrar los ojos.

Andrea se dio cuenta de que Glauca había dejado de moverse.

No estaba muy segura de si era por los golpes que había recibido en la cabeza o por las pastillas, no sabía cuánto tiempo tardarían en hacer efecto. Miró su reloj y de pronto empezó a entrarle pánico: quedaban apenas catorce minutos para que tocase el cambio de asignatura. ¿Qué podía hacer con Glauca tirada en el suelo de la clase? Miró el bote de pastillas, que se había quedado encima de una mesa, y se le ocurrió una idea. Si Glauca moría, que era lo más posible, se le iba a caer el pelo, su familia, por la que estaba haciendo todo, la repudiaría, pero ¿y si Glauca se hubiese suicidado? ¿No decían que las víctimas de acoso sufrían crisis en las que sentían la necesidad de suicidarse para solucionar todos sus problemas? Pues estaba claro que todo había sido demasiado para ella. Abrió la puerta y miró por el pasillo para cerciorarse de que no había nadie. Por suerte, el baño estaba justo al lado de su clase y podría llevar allí a Glauca sin demasiados problemas.

Se agachó para izarla y notó el peso muerto de su cuerpo, lo que la molestó muchísimo. ¿Cómo no había pensado lo que pesaría esa chica una vez inconsciente? En un ataque de rabia, le dio fuertes patadas en el abdomen y en la cabeza, que parecía una pelota de fútbol deshinchada. Se agachó de nuevo para agarrarla mejor y fue arrastrándola como pudo hasta el baño. Una vez allí, abrió el cubículo más cercano a la ventana y metió a

Glauca, que cayó contra la pared como un saco de patatas. Sabía que si quería que pareciese real, tendría que cerrar por dentro, así que se metió allí ella también, dejó el bote de pastillas abierto y medio caído al lado de Glauca y entonces, maldiciendo en voz baja, se arrastró por el suelo para pasar por el hueco que había debajo de la puerta. Salió corriendo hasta su clase de nuevo y escribió en mayúsculas «ESTROPEADO, NO USAR» y volvió a pegarlo en la puerta. La gente pensaría que Glauca lo colgó para que no la molestasen mientras se intentaba quitar la vida.

Muy satisfecha de sí misma, se lavó las manos frotándose con fuerza para quitarse todo rastro de porquería que podía haber tocado en el suelo. Lo había conseguido, por fin se había deshecho de su problema: ¿cómo iba a querer irse a vivir su padre con la madre de una suicida? Nunca lo haría, se quedaría con ella y con su madre y todo volvería a ser como antes.

Con una gran sonrisa en la cara, cerró la puerta del baño tras de sí justo cuando tocaba la campana. Se dirigió a las escaleras, para fingir que venía del despacho del jefe de estudios cuando subiesen sus compañeros del gimnasio y que nadie sospechase nada. Cuando Silvia le preguntó dónde había estado, esta le comentó que la habían vuelto a llamar, pero que ya estaba todo solucionado y no debía preocuparse por nada.



Fueron llegando todos de la clase de Educación Física y se sentaron en grupos para hacer sus presentaciones de Naturales con Amaya. Alberto, que tenía que presentar con Glauca, esperaba intranquilo a que terminase de entrar la gente. No había podido ir a buscarla a la biblioteca, donde estaría castigada, porque les tenían a todos muy vigilados, esperaría un rato y, si no, hablaría con Amaya.

Gonzalo interceptó a Amaya antes de que entrase en clase para contarle lo que había pasado con Glauca y Luis y que la había excusado de su clase para que pudiese estar tranquila en la biblioteca. Amaya se lo agradeció y llamó a Luis para hablar fuera de clase con él. Le explicó que en esa ocasión no le pondría un parte pero que, si seguía con esos comentarios fuera de tono, tan pesado como siempre, no solo se ganaría un parte, sino también una expulsión. Luis entró en clase cabizbajo y, aunque por fuera parecía arrepentido, por dentro no hacía más que pensar que de qué iba esa profesora diciéndole eso, que él podía decir lo que le diese la gana y nadie se lo iba a impedir.

Cuando estuvieron todos sentados, Amaya fue apuntando en la pizarra el orden de los grupos, para que se preparasen y no perdiesen tiempo. Al terminar, se dio la vuelta y vio a Alberto con la mano levantada.

—¿Sí, Alberto?

—Amaya, es que no sé dónde está Glauca. Como se encontraba mal, Gonzalo le permitió ir a la biblioteca para que hiciese allí un trabajo tranquila, pero no ha vuelto.

—Ajá. Sí, Gonzalo me lo ha contado. Vamos a esperar un ratillo y, si no vuelve, miramos dónde puede estar. Piensa que a lo mejor la ha llamado el jefe de estudios o el director.

—Vale, OK, esperaremos entonces.

La clase prosiguió con normalidad, aunque ninguno de los amigos de Glauca podía concentrarse demasiado en lo que pasaba. ¿Dónde se había metido? ¿Cómo era posible que no hubiese subido directamente de la biblioteca sabiendo lo preocupados que iban a estar todos? ¿Y si se había desmayado allí? Ya le había pasado varias veces el día anterior, por lo que no sería extraño que eso sucediese de nuevo.

Pasados quince minutos sin que Glauca apareciese, Amaya pidió a Alberto que bajase a la biblioteca a comprobar si estaba allí y, en caso de no estar, preguntar en los despachos del jefe de estudios y del director. Alberto salió rápidamente de la clase, empujando su mesa hacia delante para hacerse hueco y dando en la espalda a Andrea, que puso el grito en el cielo ante tanta agresividad, ya que, según ella, lo había hecho a propósito.

Alberto bajó las escaleras de tres en tres hasta llegar a la planta baja y, una vez allí, se dirigió corriendo a la biblioteca. Antes de llegar, Enrique el conserje le pidió que no corriese, que sabía que no se podía correr por los pasillos.

—Lo siento, Enrique, estoy buscando a Glauca, ¿la has visto? Lo último que sé de ella es que debería estar en la biblioteca, que es a donde me dirigía.

—Pues la biblioteca está vacía; de hecho, acabo de recoger unas cosas que no sabía de quién eran y las he dejado en la caja de objetos perdidos, así que si dices que estaba allí, posiblemente sean de ella. Ven, que te las enseñe por si las reconoces.

Alberto siguió a Enrique, nervioso porque estaba seguro de que las cosas que le iba a enseñar eran de su amiga pero, entonces, ¿dónde estaba ella? Entraron en la sala en la que se guardaba el material de conserjería y allí, en una caja, Alberto pudo ver la chaqueta del chándal de Glauca y los pañuelos de papel de Peppa Pig que llevaba últimamente porque eran los que le gustaban a su pequeño primo Mateo y, como nunca sabía cuándo le iba a ver, los llevaba a todas partes en su chaqueta.

—Sí, esto es suyo, ¿quieres que se lo suba a clase? Me ha enviado Amaya a buscarla, así que ya recupero sus cosas a la vez.

—Sí claro, lléveselos a clase. Y no te preocupes, que si la veo le digo que la estáis buscando.

Alberto cogió las cosas de Glauca y se dirigió al despacho del jefe de estudios. Llamó a la puerta y cuando le respondieron que pasase, se asomó y preguntó si estaba allí su compañera.

—¿La ves por algún rincón? Porque yo no. ¿No debería estar en clase?

—Sí, pero en Educación Física se encontró mal y Gonzalo le permitió estar en la biblioteca haciendo un trabajo en lugar de los ejercicios y eso fue después del recreo. No ha vuelto a clase desde entonces y Amaya pensó que quizá estaba con usted.

—Pues ya ves que no. Sigue buscando. Si no la encuentras, avísame, por favor.

—Así lo haré, gracias.

Alberto repitió la búsqueda en el despacho del director y, aunque este fue más amable, tampoco estaba allí. Preocupado, volvió a preguntarle a Enrique.

—¿Pero seguro que no la has visto?

—No, la vi esta mañana de refilón en la cafetería, pero nada más.

—Vale, gracias, sigo buscando —le contestó mientras corría hacia las escaleras para subir a su clase. Una vez allí, entró sin llamar.

—Amaya, no está en ninguna parte, nadie la ha visto desde la hora de educación física. Sus cosas estaban en la biblioteca y las ha recogido Enrique, que me las acaba de entregar.

—Vale, tranquilos. A ver, Lubna, baja al baño que hay cerca de la biblioteca y mira si está dentro y tú, Gabriela, mira en este, a ver si la pobre está vomitando otra vez, que no se encontraba bien.

Las dos amigas salieron a buscar a Glauca, pero ninguna la encontró. Gabriela, que era muy observadora, se fijó en un objeto que había en el suelo junto a la puerta del baño, un pin con un paraguas azul, que se le debía haber caído a alguien. Le sonaba mucho, así que lo cogió para decírselo a Amaya por si era de Glauca.

—Amaya, no estaba allí —dijo Gabriela—. Hay dos cubículos vacíos y uno cerrado con un cartel de estropeado. Solo encontré en el suelo este pin, que creo que puede ser de ella, ¿os suena? —dijo mostrándoselo a sus compañeros.

—¿Un baño roto? Pero Gabriela, Enrique no nos ha dicho que hubiese ningún baño roto hoy —dijo Amaya extrañada. Y se quedó perpleja cuando Alberto se levantó de un salto gritando.

—¡Glauca! Ese pin se lo regalé yo, es suyo. ¿Gabby, has mirado por causalidad si había alguien en el baño cerrado?

—No, yo...

Alberto no le dio tiempo a terminar, salió corriendo hacia el baño de las chicas y se dirigió directamente al cubículo con el cartel. Se agachó y casi se le paró el corazón al ver allí tirada a su amiga. Se puso a gritar como un loco a la vez que se levantaba y daba golpes contra la puerta para que le abriese. Se temía lo peor; Glauca no contestaba.

Amaya, que le había seguido al relacionar lo que había querido decir Alberto, entró en el baño y le encontró lanzándose contra la puerta para abrirla sin éxito. Rápidamente, envió a Belén a buscar a Enrique y pidió que avisasen a una ambulancia urgentemente. Envío a Carlos a llamar al director y al jefe de estudios y pidió que todos los demás volviesen a la clase porque allí no podían hacer nada más que entorpecer.

Mientras Alberto seguía intentando abrir la puerta, en la clase todos se sentaron evitando a Andrea. Sabían que había sido ella la causante de que Glauca se hubiese sentido tan mal. Aunque al principio a muchos les hizo gracia y no solo le siguieron el rollo, sino que votaron y distribuyeron la fotografía que envió Andrea, ahora no querían saber nada de ella.

—A ver, que no muerdo. ¿Se puede saber por qué no os sentáis conmigo? Ni que tuviese la lepra o algo así.

—¿Y lo preguntas, Andrea? —le espetó Carlos completamente furioso—. Te has pasado con Glauca muchísimo, has hecho que se vuelva loca, que gente que no conoce de nada la amenace, que su familia la repudie, y puede que ahora haya cometido una locura por tu culpa, ¿te parece poco?

—¡Yo no he hecho nada de eso! Si queréis culpar a alguien, culpad a Sergio, que fue el que me mandó la foto, es él el causante de todo esto, yo

no he tenido nada que ver, ¿vale?

—¡Vete al infierno, pija de mierda! —le gritó Carlos de nuevo—. Sergio la cagó, pero porque tú le hiciste hacerlo.

—Chicos, vamos a tranquilizarnos —intervino Ana—. Creo que lo mejor será calmarnos, así no solucionamos nada.

Gracias a la intervención de Ana, los ánimos se calmaron un poco, aunque nadie hablaba. Cada uno pensaba en cómo se había desmadrado todo tan rápidamente, cómo una tontería de foto había arruinado la vida de su compañera en cuestión de minutos.

En el baño, con un último empujón contra la puerta, Alberto consiguió abrirla. Se le heló la sangre al ver a su amiga, blanca y con los labios un poco morados, sin responder a sus llamadas.

La arrastró fuera y se arrodilló a su lado. No podía dejar de llorar. Amaya, que se había acercado, vio detrás de ellos algo en el suelo, se acercó y recogió el bote de pastillas de Glauca.

—Alberto, dios mío, mira...

—No, no, no, Glauca no lo haría nunca. Teníamos planes juntos, no puede dejarme así, Amaya, no puede. No le encuentro el pulso, por favor, búscaselo tú, estoy muy nervioso, tiene que ponerse bien, tenemos que hacer muchas cosas, tenemos que ir a Londres juntos, tengo que decirle todo lo que la quiero porque nunca me atreví... —Alberto no pudo seguir hablando porque las lágrimas, el hipo y los sollozos se lo impidieron.

Amaya se agachó junto a él y le buscó el pulso a Glauca. Ella sí lo encontró, pero era muy débil, apenas perceptible. Sabía que por tomar sobredosis de ansiolíticos podía morir, pero no de inmediato, así que algo más tenía que haber pasado para que se encontrase en ese estado. Se fijó en que tenía varias magulladuras en la cabeza pero no sabía la procedencia.

Esperaba que la ambulancia llegase a tiempo, tenían que llevarla al hospital lo antes posible, todavía tenía una oportunidad. Miró a Alberto, que la mecía con ternura y no paraba de susurrarle que la quería, y no pudo evitar llorar ella también. La vida era injusta, muy injusta. Esta chica no se merecía un final así. En tan solo dos días había pasado de ser una alumna prometedora a intentar quitarse la vida. ¿Por qué ella? Si no llegaban pronto, sería una gran pérdida.



En ese momento entraron corriendo efectivos del SAMUR junto al director y el jefe de estudios. Retiraron a Alberto del lado de Glauca sin miramientos y se pusieron a intentar reanimarla. Al no conseguirlo, la bajaron rápidamente a la ambulancia y se la llevaron al hospital.

Ya nada podían hacer por ella allí más que cruzar los dedos, rezar, o lo que fuese que hacía cada uno para desearle una pronta recuperación... si lo lograba.



El director pasó a la clase de 3.ºA y la encontró en completo silencio. Observó las caras meditabundas de los alumnos y se preguntó cuántos de ellos habrían participado en la broma pesada que gastaron a Glauca. ¿Llegaría a pensar alguno de ellos las consecuencias que podía tener lo que habían hecho? ¿Serían conscientes de hasta qué punto podían afectar a la vida de su compañera?

—Bien, están al tanto de lo sucedido, así que no tendré que darles muchas explicaciones más. El centro ha decidido terminar las clases por hoy, puesto que todos estamos conmocionados por los últimos eventos.

—¿Nos podemos ir a casa ya? —preguntó Andrea, haciendo ademán de levantarse. Desde que habían encontrado el cuerpo de Glauca, había empezado a sentirse mal, y no quería que alguien pudiese notar que estaba rara, así que era una oportunidad de oro para marcharse de allí.

—No tan deprisa, señorita Ruiz del Val. Antes de marcharse, me gustaría hablar con todos ustedes unos minutos.

Andrea notó cómo se ponía colorada al escuchar esas últimas palabras del director. Se dejó escurrir de la silla de tal manera que estaba medio escondida bajo la mesa, puesto que imaginaba que iba a hablarles de Glauca y la foto.

—Hoy ha pasado algo terrible en nuestro centro, algo que nunca pensé que llegaría a ver en mi vida como director: una de nuestras alumnas ha intentado quitarse la vida. No conocemos todos los detalles, pero sí sabemos cómo fue su vida durante los dos últimos días: un infierno.

Sabemos que lo que empezó como una foto enviada a una persona en particular, pronto se convirtió en algo viral que ha llegado incluso a distintos puntos del mundo por las redes sociales. No voy a recriminar a nadie en particular el haber enviado la foto, el haberla colgado o haber incitado a los demás a compartir y votar esa foto en internet. En la conciencia de cada uno de ustedes está el haber hecho algo mal o no. La policía está en estos momentos investigando todo lo ocurrido y tengan presente que los culpables serán castigados.

—Tengo una duda —preguntó Alberto—. ¿Qué ocurrirá con la persona que ha hecho todo eso?

—Pues no sabría decirle con exactitud, pero lo que sí sé es que pasará a disposición judicial, será detenida y que posiblemente tendrá que pagar una condena.

—Gracias, era para estar seguro, quiero que quien le haya hecho eso a mi amiga sufra por ello —replicó con la mirada clavada en la espalda de Andrea.

—Bueno, quería decirles también que no quiero que esto se convierta en una caza de brujas. Estoy seguro de que ustedes saben quién lo hizo, pero no quiero que ahora el acosador se convierta en el acosado, las cosas no se hacen así. Tengan en cuenta que esa persona o personas posiblemente ya tengan sobre su conciencia lo que acaba de ocurrir, ¿no creen que es suficiente castigo?

—¡Por supuesto que no! —exclamó Gabriela indignada—. Mire, yo entiendo que no quiere que nos pongamos aquí a linchar a quien lo haya hecho, porque entre otras cosas, estoy segura de que medio instituto sería culpable de compartir la foto. Pero no creo que el remordimiento sea un castigo suficiente.

—Entiendo perfectamente su punto de vista, pero como director del instituto, no puedo permitir que esto vaya más allá. Tiene que parar aquí. Desde luego, todos han aprendido una importante lección de todo esto: sus fotos dejan de ser suyas en el momento en que las comparten, e internet es muy peligroso.

Mucho más de lo que pensaban, como acaban de comprobar.

Próximamente vendrá a verles una persona del servicio de orientación para hablar sobre el tema acompañada de un policía local, para que les den el máximo de información. Era una visita que estaba concertada para febrero, pero dadas las circunstancias, hemos solicitado que lo adelanten para ustedes.

Si alguno necesita hablar en privado sobre el tema, nos tienen a su disposición, sabemos que no es algo fácil. Ahora, por favor, recojan sus cosas y vayan a casa. Se reanudarán las clases mañana.

Entre murmullos, todos fueron saliendo de clase, Andrea la primera. Silvia la llamó para que la esperase, pero fingió no escucharla y se marchó corriendo. Al final, solo quedaron en clase los amigos de Glauca, que rodeaban a Alberto e intentaban consolarle.

En la puerta, sin terminar de decidirse a pasar, estaba Sergio.

Sabía que era el culpable de todo lo que había ocurrido, que por su culpa Glauca podía morir. ¿Cómo podría vivir con eso? Tenía frente a él a la persona que verdaderamente había querido a Glauca, quien tendría que haber estado con ella en lugar de él, quien la hubiese hecho feliz. No sabía qué decirle, no se atrevía a acercarse, sentía que merecía morir él y no Glauca. Decidió ser fuerte y acercarse a Alberto en ese momento de dolor.

—Alberto, yo... lo siento. Sé que no te servirá de nada y posiblemente me matarías si pudieses ahora mismo, pero si te sirve de consuelo, ya quiero morirme yo por mí mismo sin que lo desees tú. Me siento como un monstruo. Lo siento, lo siento, de verdad. —Y, sin poder aguantar más, cayó de rodillas y llevándose las manos a los ojos se quedó allí, sollozando frente a la persona que posiblemente más le odiaba en ese momento.

Alberto levantó la mirada y pensó durante unos segundos qué contestarle. Respiró hondo y le dijo:

—Sí, estás en lo cierto, te mataría si pudiese pero ¿qué conseguiría así? ¿Le serviría a Glauca de algo? No. Te necesito vivo y coleando para testificar contra Andrea. Aunque te odie por haber sido tú quien empezó todo, también sé que la culpable de que se fuese de las manos fue tu novia.

—No lo es, bueno, lo era, no quiero volver a verla, está loca...

—Sí, que está loca ya lo hemos notado todos. La he estado observando mientras escuchábamos al director y creo que ha debido ser la única que no

ha llorado. Se ha dedicado a pintar en su cuaderno tonterías, le traía al paio lo que dijese el director —dijo Carlos.

—Mira, Sergio, te odiaba desde hace mucho tiempo, por ser tú quien estaba con ella cuando yo me quedaba en mi casa muerto de angustia porque sabía que la estabas utilizando, porque tú nunca serías capaz de apreciar todo lo bueno que hay en ella, porque solo la has visto como un trozo de carne del que reírte en vez de ver que toda ella es perfecta. Te odio ahora por haberle hecho lo que le has hecho, pero lo ha dicho el director, no podemos dejar que el odio nos ciegue. Como te he dicho, te necesito, aunque sea egoístamente. Y claro que quiero que pagues, que te lleves la condena que te tengas que llevar. Te agradezco la ayuda que nos has dado hasta ahora con el móvil de Andrea y todo eso, pero no te redime por tus actos.

—Lo sé, lo sé. Cuenta conmigo para informar de todo lo que sé sobre Andrea. No dudes que haré todo lo posible para que ella pague también lo que ha hecho. No puede salirse con la suya, me da igual quién sea su padre.

Los dos se dieron la mano y, aunque amargamente, se sonrieron.

Nunca podrían ser amigos, pero a veces la adversidad crea extrañas parejas. Tendrían que hablar mucho los días siguientes, así que lo mejor sería evitar roces por el pasado y fijarse una meta común en el futuro: que Andrea pagase caro lo que había hecho.



Manuel no paraba de dar vueltas de un lado para otro en la sala de espera en la que mataba el tiempo hasta que su mujer le diese noticias sobre el estado de su hija. Estaban los dos en casa hablando sobre si sería conveniente realizar la próxima mudanza de Lucía en la fecha que tenían planeada cuando recibieron la llamada del instituto: se habían llevado a Glauca al hospital porque había intentado suicidarse. No tardaron ni dos segundos en ponerse en marcha y, una vez más, Lucía pareció tomar las riendas sobre qué hacer. Esta vez no le importó, sabía que él no podría ayudar y ella sí usaría sus conocimientos médicos para intentar salvar a su hija.

¿Cómo podían haberla fallado tanto? ¿Tan infeliz era? ¿Tan insoportable veía su vida después del incidente de la foto como para no querer luchar por ella? No podía comprenderlo, su hija no era así. Glauca siempre había sido una chica llena de sueños e ilusiones, con millones de proyectos que quería hacer, tantos que a veces sus padres tenían que ponerle los pies en el suelo porque se pasaba el día en las nubes. Glauca no tiraría todo por la borda, Glauca lucharía. Sí, sería difícil, pero siempre podrían luchar juntos.

El recuerdo de la bofetada que le dio al recogerla el día anterior le dolía tanto en el corazón que no sabía si podría soportarlo. No hacía más que recordar ese momento, ese rechazo llevado por los prejuicios. Si pudiese volver atrás en el tiempo, al que daría un bofetón sería a ese jefe de estudios inepto que había dejado que Glauca cargase con todas las culpas del

problema de la foto en vez de ver que los culpables de difundirla eran otros. Ya se ocuparía de él más adelante, ahora lo primero era su hija.

Después la policía se encargaría de poner en su sitio a todos los implicados.

Lucía apareció con paso lento mirándole a los ojos. Algo se removió en su interior. ¿Por qué no iba corriendo a decirle que todo estaba bien? ¿Por qué no le abrazaba para darle la buena noticia de que Glauca se recuperaría en un par de horas y se la llevarían a casa? Esa cara solo podía significar malas noticias. Se quedó petrificado cuando Lucía llegó a su lado y le puso las manos en los hombros para hablar con él.

—Manuel...

—No, no, por favor, no me lo digas, no lo quiero saber, Lucía, por favor, dime que está bien, dime que me la puedo llevar a casa ya, por favor, dime... —No pudo seguir porque su llanto le impedía continuar hablando.

—Manuel, por favor, escúchame...

—No puedo, Lucía, no puedo, es mi niña, mi pequeña Glauca, mi tesoro. Lo es todo para mí, tú te vas de mi vida, no me la quites a ella también, por favor, no lo hagas, no...

—¡No está muerta, Manuel! —Tuvo que gritarle Lucía con un nudo en la garganta. Por mucho que los últimos meses hubiesen sido infernales en casa y estuviese a punto de abandonar al padre de su hija, no podía evitar que el corazón reaccionase al verle sufrir así. Ella era parte de ese sufrimiento y lo sabía, pero ya no había marcha atrás.

—¿Cómo que no está muerta? No me mientas por favor, tu cara no traía buenas noticias...

—Porque no lo son. Manuel, ha pasado algo. Antes de que llegásemos la han estabilizado, le han hecho un lavado de estómago para sacarle todas las pastillas que se había tomado, pero no entendían por qué había reaccionado de aquella forma al Orfidal, por lo que miraron su cuerpo y tiene golpes en la cabeza y el abdomen. Manuel, golpes que no se ha podido hacer ella. Uno sí indicaba una caída, pero las marcas en su cabeza indicaban que alguien la había empujado contra una superficie dura y en el abdomen mostraban patadas. Y los golpes que ha recibido son muy graves, es eso lo que ha hecho que... esté en coma.

—En coma... pero, si está en coma, se pondrá bien, ¿verdad? ¿Se despertará? Por favor, no me digas términos médicos, sabes que no los entiendo, explícamelo con palabras sencillas.

—No lo sabemos, quien le hiciese eso, se ensañó con ella, le dio muy fuerte. Ahora mismo, no puedo decirte si despertará o si, en caso de hacerlo, será la Glauca que conocemos. Nadie sabe realmente lo que ocurre durante el coma. Es como si el cerebro se *resetease*, pero en el proceso puede perderse...

—No, Glauca no se perderá, Glauca despertará, y no pienso moverme de su lado, te guste o no.

—No voy a hacer nada para evitarlo, tienes tanto derecho a estar aquí como yo. Haré los trámites para que puedas quedarte con ella por la noche también, a menos que quieras turnarte conmigo, ya que yo puedo dormir aquí sin problemas. Manuel... lo siento. No quise hacerte daño, pero el amor se fue...

—No, por favor, Lucía, ahora no es el momento, solo me preocupa nuestra hija, lo demás ahora mismo es secundario.

—Está bien. Por cierto, han llamado ya a la policía para informarles sobre lo ocurrido a Glauca, espero que pronto tengamos noticias tuyas.

Manuel se sentó intentando asumir todo lo que acababa de escuchar de boca de su mujer. ¿Volvería a ver a su hija abrir esos preciosos ojos glaucos? Suspiró y decidió que iría a casa a por sus cosas para poder estar junto a su hija. Recogería algunas de las pertenencias de Glauca que más le pudiesen recordar quién era cuando despertase, seguro que le gustaría tener en su habitación de hospital todas esas cosas frikis que su madre y él le decían que dejase de comprar y que ella no podía dejar de coleccionar. Se despidió de su mujer y se encaminó al coche donde, antes de arrancar, tuvo que esperar unos minutos para tranquilizarse, estar solo y recordar las palabras de su mujer, que le habían hecho emocionarse de nuevo. No iba a perder a su hija. Lucharía por ella, en todos los sentidos.

Al llegar a su casa hizo varias llamadas, la primera a sus padres y a su hermana y luego al director del instituto, para que estuviese al tanto de la situación de su hija y pudiese informar a los profesores. Tras dudarlo un instante, decidió llamar a Alberto, el amigo de su hija. Sabía que ella le



tenía mucho aprecio y se veía a la legua que el chico estaba colado por Glauca. Qué pena que su hija no lo hubiese visto, no habría acabado así. ¿Por qué a las mujeres tenían que atraerles los malotes? Parecía que en su familia había ese gen, primero su mujer, luego su hija... Pero no quería divagar, marcó el número de Alberto y le explicó lo que había ocurrido. Por el silencio al otro lado de la línea no estaba seguro de si el chico seguía allí o no.

—¿Alberto? ¿Sigues aquí?

—Sí, sí, perdón, es que me he quedado sin palabras. Por una parte, estoy feliz de que Glauca siga viva, pero por otro lado, no puedo imaginarme cómo debe ser tenerla y no tenerla a la vez.

Por favor, ¿podría ir a verla? No sé si podrá escucharme, pero hay algo que quiero decirle y, si me lo permites, me gustaría entregarte algo para que lo tenga en la habitación por si despierta, ¿me harías ese favor? Prometo que no incordiaré mucho, pero necesito poder decírselo. Le escribí un *email* el otro día pero no lo leyó y quiero que lo sepa, de algún modo u otro.

—Claro que sí, chaval, claro que sí. Si quieres paso por tu casa y te recojo, voy a salir ya, estoy en casa seleccionando las cosas de Glauca. De hecho, ¿puedo pedirte un favor? ¿Podrías venir tú?

Siento vergüenza al admitir esto pero, no sé qué es lo que mi hija querría tener allí. Sé que hay algunas cosas, como el cuadro de Maléfica que le regalaste de esa ilustradora que tanto le gusta, Medusa the Dollmaker, creo que se llamaba, ese que tiene en un marco rosa sobre su cama, es algo que va a querer sí o sí, pero lo demás, la verdad no lo sé.

—Claro, voy ahora mismo, dame diez minutos y estaré allí.

—Gracias, Alberto, diles a tus padres que si quieren te devuelvo a casa luego.

Más tranquilo por poder contar con la ayuda de Alberto, se dedicó a recoger sus cosas: un neceser, muda de ropa y poco más. Cuando terminó, se dirigió a la habitación de su hija y se sentó en su cama. Olfateó a su alrededor y sonrió. Olía a ella, a ese perfume afrutado de Ralph Lauren que siempre llevaba y que no había forma de que cambiase regalándole otros. Vio su portátil sobre el escritorio y, recordando que Alberto le había dicho que ella no había leído su mensaje, entró en internet en la cuenta de su hija

y se dispuso a leerlo. Tenía su contraseña, pero nunca hasta ahora había tenido que usarla porque siempre había confiado en ella. Sabía que en otro momento no hubiese leído nunca el *email* de ese chico, pero estaba seguro de que sus palabras a su hija le sentarían bien, y la verdad es que no se equivocaba.



**De:** Alberto Muñoz (*blueumbrella@...*)

**Para:** Glauca Rodríguez (*nadandoenlasnubes@...*)

**Asunto:** ¿Estás bien? Contéstame, anda...

Hola, guapa, me he quedado muy preocupado cuando te has marchado de clase con esa mala leche. Eso sí, olé tus ovarios cómo has mirado a la Dolores, no se ha atrevido a decirte ni mu.

Que le den, es una loca histérica, a ver si se larga ya y nos deja tranquilos.

No has querido contarme nada de lo que ha pasado, pero esta mañana vi la foto que envió Sergio cuando se la enseñó Andrea a toda la clase. Glauca, ¿cómo se te ocurrió enviarle una foto así a ese tío? No puedo juzgarte por amar a alguien pero, tía, ¿a él? Y sí, te hablo desde los celos y el dolor, porque mira, Glauca, nunca te lo he dicho, pero llevo enamorado de ti desde el primer día que nos sentamos juntos en el instituto y he tenido que aguantar cómo babeabas detrás de ese panoli sin ninguna esperanza, pero no puedo soportar verte sufrir, no puedo.

¿Qué le has podido ver a él? Vale, está cachas porque hace *rugby* y esas cosas, pero ¿qué más tiene? ¿Te escucha y te anima cuando estás triste? ¿Te valora por cómo eres? ¿Te dice lo guapa que estás sin pedirte que te cambies de ropa para parecer más *sexy*? Yo nunca te pediría que cambiases nada para hacerme feliz, porque para mí, tú eres perfecta, como esa canción de Bruno Mars que tanto me gusta, *Just the way you are*. Eres increíble tal

como eres. Sé que odias tu físico, pero creo que te ves mucho peor de lo que realmente eres. Para mí, tú eres la chica que siempre soñé. ¿Qué tienes curvas? ¿Y qué? ¡A mí me gustan! Tus curvas son muestra de salud. No estás gorda, Glauca, no puedes pretender ser igual de fideo que Andrea, cada uno somos como somos, y nos tenemos que aceptar así, y yo te acepto como eres, porque eres preciosa. Tu sonrisa... ah, tu sonrisa. Me quedaría mirándote sonreír todo el día. Cuando entras en clase por las mañanas y me miras con ese movimiento de tus labios tan esperado, me haces feliz. Porque, aunque no lo creas, toda tú desprendes alegría, simpatía, cariño. Eres genial.

Eres la chica más estupenda que he conocido nunca y quiero que me des una oportunidad. Y te lo digo ahora porque sé que con todo esto que te ha pasado pensarás que quién te va a querer, como otras veces me has dicho y me mordí la lengua por temor a tu rechazo.

Pues yo te quiero, Glauca. Te quiero, te quiero y te quiero, y te lo repetiré todas las veces que haga falta. Por favor, no dejes que esto te haga sentir mal, no dejes que esos imbéciles te arruinen la vida, ¿vale? Encontraremos juntos una manera de olvidar todo. ¡Iremos a vivir a Londres y allí nadie sabrá nada de esto!

¿Recuerdas nuestro plan para viajar a Londres después del Bachillerato? Tenemos que comprar ese paraguas gigante azul que siempre soñamos tener, tenemos que prepararnos para cantar, aunque desafinar no importará si estás a mi lado cuando lo haga, porque cualquier cosa a tu lado merece la pena. Tú me has hecho soñar, Glauca, me has enseñado mundos nuevos con tus cosas frikis, de las que al principio me reía y ahora sé por qué te gustan tanto. Tú me has hecho imaginar otra vida de aventuras, de locuras por hacer, de viajes infinitos que nos esperan. Y no la quiero continuar solo, tienes que compartirla conmigo, ¿podrás pensarlo?

Glauca, por favor, eres lo más importante de mi vida, piensa en todo lo que vales, todos cometemos errores y yo creo que podemos ser felices juntos. Sé que Sergio está ahí, pero sé el daño que te ha hecho. No quiero aprovecharme de la ocasión, solo quiero que sepas que hay alguien ahí fuera que daría su vida por ti, y soy yo.

No quiero entretenerme más, ni siquiera sé si podrás leer este *email* hoy o tu padre te castigará sin internet. Nos vemos mañana en clase, sirenita.

Te quiero, un beso.

Alberto.

Manuel se secó las lágrimas al terminar de leer el *email*. Su hija era afortunada por tener a alguien como ese chico en su vida. Se sentía culpable de no haberles dejado hablar la tarde anterior, cuando él llamó para preguntar cómo estaba. Claro que le dejaría ir a verla y que le dijese esa declaración de amor que seguro que quería decirle. Ojalá los cuentos infantiles se hiciesen realidad y los besos de amor verdadero pudiesen despertar a las princesas dormidas. Por una vez, no le importaría que un chico besase a su pequeña. Por desgracia, los cuentos son cuentos y la vida real era mucho más dura.

Miró a su alrededor e intentó hacer una primera selección de cosas para que luego Alberto siguiese. No podían llevar mucho, apenas una representación de lo que había en la habitación que le gustaba, pero lo suficiente para que si abría los ojos, se sintiese cómoda. Allí estaba la TARDIS<sup>[6]</sup> que le pidió por su último cumpleaños y que tanto le había costado conseguir; una miniatura de Elphaba, la bruja protagonista del musical *Wicked* para el que le había prometido regalarle entradas cuando fuese a Londres si aprobaba el bachillerato con muy buenas notas; unas figuritas de Thor y Loki; sus mangas y cómics mezclados con su idolatrado *Olvidado Rey Gudú* de Ana María Matute y *La historia interminable* de Michael Ende. Esa era su hija, siempre metida en mundos de fantasía. ¿Quizá para huir de su realidad, que no le gustaba? No, ella disfrutaba realmente leyendo libros de todo tipo, pero podía desarrollar mejor su imaginación con la fantasía. A veces su madre le decía que dejase de leer tanto vampiro y tanta cosa fantástica y se leyese a los rusos, y recordaba cómo Glauca se ponía furiosa porque no quería leer nada que le recomendase su madre, que solía ser aburrido. Ella era feliz inventando mundos, escribiendo historias, viendo películas de aventuras, de terror...

Ojalá hubiese hablado más con ella. Habría podido ayudarla de algún modo, estaba seguro.

Alberto llamó al timbre y pasó, tímido, hasta la habitación de Glauca dirigido por su padre. Allí cerró los ojos un momento y, como había hecho con anterioridad su padre, olisqueó la habitación.

—Huele a ella.

—Sí, cierto —contestó Manuel sonriendo. Puso una mano en el hombro de Alberto y se lo apretó—. ¿Preparado para echarme una mano?

—Sí, claro. No podemos llevar mucho, ¿verdad?

—No, cinco cosas como máximo para tener junto a su cama y he pensado en algunos libros también por si acaso. He seleccionado esos dos, que son sus favoritos, ¿qué te parece?

Alberto echó un vistazo a los dos libros que había encima de la cama y afirmó con la cabeza. Buena elección. Miró también el cuadro de Maléfica y los demás objetos que había seleccionado el padre.

—Creo que todo esto está muy bien. A lo mejor podíamos añadir uno de sus minions<sup>[7]</sup> y el pequeño Jack Skellington. Y bueno, yo lo que quiero dejarle al lado de su cama si puede ser, contra la pared para que lo vea bien es, bueno, el paraguas azul que he dejado en la entrada. Sé que se va a despertar, así que cuando lo haga, quiero que sonría al verlo, sabrá lo que quiere decir.

—Me parece bien, vámonos ya entonces, mi mujer está con ella hasta que lleguemos.

Durante el trayecto en coche, los dos se mantuvieron la mayor parte del tiempo en silencio, aunque ambos pensasen en la misma persona. Al llegar al hospital, Alberto empezó a ponerse nervioso. ¿Cómo sería ver a Glauca inmóvil y dormida? ¿Le escucharía cuando le hablase? No lo sabía, pero tenía que intentarlo. Ella no había leído su mensaje, así que, aunque fuese de una manera tan extraña, quería encontrar la forma de que supiese lo importante que era para él.

Habían quedado con Lucía en la entrada para que les llevase hasta donde habían trasladado a Glauca. Al ver a Alberto, del que sabía que era el mejor amigo de Glauca y al que apreciaba mucho, le dio un gran abrazo.

—Alberto, te ha dicho Manuel que Glauca está en coma, ¿verdad?

—Sí, me lo ha explicado. Todavía no me lo puedo creer, ha ocurrido todo tan rápido que me resulta difícil asimilarlo.

—Lo sé, parece increíble. Nadie sabe si los pacientes en coma escuchan a las personas que tienen a su alrededor, así que no puedo asegurarte que lo que vayas a decirle vaya a ser entendido por ella, pero yo creo que escuchar voces de personas que quiere le va a venir muy bien. Impresiona mucho, Alberto. Si ves que es muy duro para ti, no lo hagas, puedes venir otro día, no pasa nada. En situaciones normales, no podrías acceder a ella hoy, pero bueno, ya que trabajo aquí, he conseguido que te dejen pasar.

—No, lo quiero hacer hoy. Volveré a verla más veces, pero hoy necesito verla. Gracias por permitirme entrar.

Al llegar a la planta en la que se encontraba Glauca, dejaron a Alberto en la sala de espera para que la viese primero su padre.

Pasada media hora, Manuel salió a buscarle con ojos llorosos.

Había sido muy duro.

—Ánimo, Alberto, impresiona mucho verla así. No importa cuánto nos haya advertido Lucía, es muy fuerte ver a mi hija completamente inmóvil. Te lo aviso.

—Gracias, puedo hacerlo, lo sé.

Alberto, que apretaba el paraguas entre sus manos con fuerza, se dirigió despacio a la habitación y se quedó durante unos segundos parado en la puerta. Allí estaba ella, con cables que convertían sus latidos en pitidos sonoros, con agujas que perforaban sus venas para alimentarla. Sonrió al pensar lo poco que le hubiese gustado que la pinchasen si estuviese despierta, era de las que se desmayaba con ver una aguja... Se acercó a la cama y dejó el paraguas contra la pared de la derecha.

Dio la vuelta a la cama para coger la mano de Glauca que no tenía vías y la sujetó entre las suyas, acariciándola. Se lo habían avisado, pero verla así era horrible. Pudo ver el golpe de la cabeza, morado. A él no le habían dicho nada sobre la posibilidad de que una persona la pegara y no solo fuese un golpe al caer, por lo que pensó que era la herida que se había hecho en el baño. Suspiró y, sin dejar de acariciar su mano, comenzó a vaciar su corazón, a decirle todo aquello que ponía en el *email* y que nunca llegó a

saber. Cuando la enfermera vino a avisarle de que tenía que salir ya, estaba llorando. Se agachó y le dio un beso en la frente.

El padre de Glauca le llevó de regreso a casa y, cuando llegó, se puso en contacto con sus amigos para contarles cómo le había ido y cómo estaba Glauca. A pesar de las malas noticias sobre el coma, todos estaban contentos de que no hubiese sido un final definitivo. Estaban seguros de que despertaría.

Alberto abrió su estuche y sacó el pin del paraguas azul que se le había caído a Glauca en el baño. Lo sujetó en la palma de la mano, mirándolo con intensidad, como si tuviese el poder de comunicarle a Glauca sus pensamientos. Ya le gustaría a él que eso fuese posible. Clavó el pin en su corchera, para tenerlo siempre visible.

Aunque era más pronto de lo habitual para él, apenas las nueve de la noche, necesitaba dormir, así que fue al salón a darles las buenas noches a sus padres antes de irse a la cama.

—Alberto, ¿quieres hablar de lo que ha ocurrido, cariño? —preguntó su madre dándole un abrazo y un beso.

—No, mamá, hoy no puedo más. Mañana, si no os importa.

Necesito dormir y desconectar durante unas horas, ¿sí os parece bien?

—No, hijo, cómo nos va a importar, nosotros lo hacemos para que te sientas mejor. Si consideras que podrás dormir bien y prefieres hablar mañana, eso haremos —le dijo su padre acercándose a él—. Y si por la noche, a cualquier hora, te despiertas angustiado, por favor, ven a la habitación a despertarnos que para eso estamos, ¿vale?

—Vale, papá, gracias —contestó Alberto a la vez que le daba un abrazo a él también.

Media hora después de que Alberto se hubiese ido a dormir, llamaron al timbre de la casa. María, la madre de Alberto, se levantó para abrir, extrañada de que alguien llamase a su puerta a esas horas. Y su sorpresa fue en aumento cuando, al preguntar quién era, le contestaron que el padre de Andrea. María le dejó pasar perpleja de ver a ese hombre, que nunca antes se había dignado a hablar con ellos, llamando a su casa con cara cansada.

—Disculpad que os moleste tan tarde, pero es urgente.



—No pasa nada, pasa, por favor —dijo María llevándole hasta el salón. Una vez allí, se sentaron, esperando a que él hablase para explicarles a qué había ido.

—Veréis, necesito hablar con Alberto, ¿está en casa?

—Sí, pero está dormido, ha sido un día muy duro para él. Puedes hablar con nosotros si quieres, estamos al tanto de cuanto ha ocurrido, sabes que nuestro hijo es el mejor amigo de Glauca.

—¿Todo?

—Sí, Alberto no tiene secretos para nosotros, ese todo incluye el papel que tu hija supuestamente ha tenido en toda esta historia —respondió con voz de pocos amigos Santos, el padre de Alberto.

—De eso precisamente quería hablar con él. Necesito que me diga dónde estaba mi hija durante todo el día. ¿Cómo es posible que le diese la paliza ella si estaba en clase?

—Perdona, ¿has dicho paliza? Pero ¿no se había dado un golpe en la cabeza al caer? —preguntó suspicaz María.

—Entonces no lo sabéis todo, claro, no le habrán dicho nada los padres de Glauca para no preocuparle más.

—Pues entonces cuéntanoslo tú, ya que has venido aquí —pidió Santos.

—Veréis, al ingresarla los médicos han visto que tenía unos golpes muy fuertes en la cabeza, y que estaba inconsciente por eso y no por las pastillas, cuyo peligro consiguieron eliminar con un lavado de estómago.

—Dios mío, ¿quién podría hacer algo así? ¿Estás diciendo que fue Andrea?

—No lo sé, quiero creer que no, pero esta tarde ha venido un policía a casa a interrogarla de nuevo y nos han dicho que debe estar localizable en todo momento.

—Y mi hijo, ¿qué tiene que ver con lo que haya podido hacer o no Andrea? —quiso saber María, imaginando por dónde iban a ir los tiros.

—Bueno, voy a ser franco: mi intención al venir aquí era hablar con Alberto para que confirmase que Andrea estuvo todo el tiempo en clase hoy, por lo que no pudo ser ella.

—¿Y si no es cierto? ¿Vas a pedir a mi hijo que mienta?

—Bueno, por supuesto, tendría una retribución económica más que generosa, no tendríais que preocuparos por sus estudios y él tendría una vida cómoda durante sus años universitarios como poco.

—Pero ¿por quién nos has tomado? —preguntó indignada María—. Ni mi hijo ni nosotros vamos a aceptar un solo euro manchado con la sangre de Glauca. Y mucho menos mentir a la justicia. Por favor, ya puedes abandonar nuestra casa.

—Por favor, pensadlo. Es mi única hija. Si se demuestra que fue ella, la perderé. Tenéis que entenderme.

—Los padres de Glauca han perdido ya a su única hija, posiblemente a manos de la tuya, por si se te había olvidado.

Sintiéndolo mucho, no vamos a ayudarte. Ahora, por favor, como te ha indicado mi mujer, la puerta está por ahí, gracias. —Indicó Santos levantándose para obligar al padre de Andrea a marcharse.

—Está bien, lo siento. Si se os ocurre cualquier cosa, o Alberto quiere hablar conmigo, por favor, que me llame —dijo antes de salir mientras les entregaba una tarjeta con su teléfono.

Cuando se marchó y se dieron la vuelta para volver al salón vieron, con cara totalmente horrorizada, cómo Alberto estaba de pie en el pasillo. Lo había escuchado todo.

—Mamá, Andrea le dio una paliza a Glauca, ¿verdad?

—Hijo, no lo sabemos oficialmente. Su padre nos ha dicho que alguien lo hizo, pero hasta que no se demuestre lo contrario, no puedes culpar a Andrea, aunque todo apunte a ella.

—La odio, la odio tanto ahora mismo que si la viese no sé si sería capaz de controlarme —dijo Alberto sin poder contener las lágrimas—. ¿Pero por qué lo hizo? ¿Qué problema tenía con Glauca?

—No lo sé, hijo. ¿Hay alguna justificación para la violencia? Nunca. Descansa, anda, que hoy ha sido un día muy difícil y cuanto antes te duermas, mejor para ti.

Alberto volvió a su habitación hecho polvo. ¿Por qué se había cebado tanto Andrea con su amiga? ¡Si nunca le había hecho nada! Lo que tenía claro era que nunca, nunca, ayudaría a esa loca. No mentiría por ella, ni

aunque le ofreciesen todo el oro del mundo. Y con ese pensamiento se fue quedando dormido.



Tras haber flotado en la oscuridad durante tanto tiempo, la luz dolía. Cuando el silencio había sido su hogar, el mínimo sonido hería sus tímpanos como si un elefante estuviese barritando en su oreja. Habiendo estado su alma ingrávida perdida en el vacío, sintió vértigo al volver a su cuerpo, que le pareció pesado, la coraza de una cárcel involuntaria.

De lo primero de lo que fue consciente Glauca fue de un irritante pitido que insistía en imitar el compás de su corazón. O quizá hubiese sido su corazón el que se había acompasado al pitido incansable que creía recordar haber escuchado antes, sin poder precisar cuándo ni dónde. Después, cuando su oscuridad empezó a teñirse de luces y sombras, empezó a querer ver más.

No sabía dónde estaba ni por qué su cuerpo no le respondía.

Intentó abrir los ojos, pero el dolor por tanta luz fue tan fuerte que los cerró con rapidez. Fue un leve parpadeo, apenas perceptible. Intentó mover sus manos, pero tan solo fue capaz de que uno de sus dedos hiciese un pequeño movimiento. Se cansó demasiado, así que volvió a caer en esa oscuridad que había sido su hogar durante meses sin saberlo.

Manuel, que se había quedado medio dormido a su lado cogiéndole la mano, no estaba seguro de si el movimiento del dedo que acababa de sentir era real o lo había imaginado. Tenía tantas ganas de volver a ver a Glauca despierta, que en alguna otra ocasión le había parecido ver cómo se movía su cuerpo, pero ya le habían explicado que eran movimientos involuntarios.

Esta vez había parecido mucho más real, pero al no ver una repetición, se convenció a sí mismo de que lo había inventado.

Esperaría a que llegase Lucía y se marcharía a trabajar un poco a la cafetería, como siempre, era lo bueno de poder trabajar desde cualquier lugar, le permitía seguir con su hija.

Como cada día después de terminar su turno de trabajo, Lucía acudía a ver a Glauca. Le preguntaba invariablemente a la enfermera o a Manuel si había habido algún cambio y miraba su historial, con la esperanza de encontrar algo que le hiciese sentir menos culpable si su hija se recuperaba. Cuando la policía detuvo a Andrea y se supieron las razones por las que había acosado a su hija, Lucía sintió que el mundo se le echaba encima. No sabía cómo se había enterado Andrea de lo suyo con su padre, puesto que ninguno de los dos se lo quería decir aún a sus hijas, pero de algún modo lo había hecho y había sido la causa de que su maravillosa hija hubiese estado a punto de morir y ahora estuviese en coma. ¿Cómo iba a perdonarse por ello?

Los padres de Alberto, que le llevaban a menudo al hospital para que pudiese ver a su amiga, les habían contado que el padre de Andrea había intentado sobornarles para que su hijo no dijese nada en contra de Andrea. Cuando se enteró de ello, Lucía no se lo podía creer: El hombre por el que iba a destrozar a su familia era capaz de algo tan horrible como intentar sobornar a alguien para que su hija no acabara mal. ¿De qué clase de hombre se había enamorado? Decidió cortar con él ese mismo día. No sabía qué sería de su vida, pero desde luego, nada ni nadie valía más que su hija para ella.

Poco a poco, con las charlas diarias y la desolación que los inundaba a ambos, Manuel y Lucía fueron capaces de hablar como seres civilizados, sin gritarse, y fueron reencontrando la complicidad y el cariño que habían perdido por la rutina y el trabajo. Manuel decidió hacer algo que nunca pensó que haría: perdonar a su mujer y aceptarla de nuevo. El dolor les unía de tal forma que solo ellos, tras años de convivencia, sabían cómo animarse. Se reencontraron. Ese amor de antaño regresó, más sosegado, a sus vidas, que volvían a centrarse en torno a Glauca, su pequeña, a la que tanto echaban de menos. Deseaban que pudiese despertar para poder darle esa

noticia, querían decirle que todo iría bien, que Andrea no volvería a molestarla nunca porque su padre, que había dimitido de su puesto en el hospital, se había mudado de ciudad y se la había llevado interna a una institución privada para que intentase recuperar la estabilidad mental que un psiquiatra había diagnosticado que no tenía.

Estaban aún a la espera de juicio, pero el hecho de no tener que verla más sería una gran noticia para su hija.

Sus compañeros y vecinos, que habían hecho su vida imposible durante esos dos días infernales que había vivido Glauca, se volcaron para ayudar a sus padres y organizaron actos para recordar a Glauca y llevar flores a su instituto al día siguiente del incidente. También crearon un fondo en el que estaban recaudando dinero para ayudar con los gastos judiciales, ya que todos eran conscientes del poder del padre de Andrea y de que la familia de Glauca necesitaría pagar al mejor abogado posible para conseguir la pena más alta que una menor pudiese tener por tentativa de asesinato y acoso.

Los amigos de Glauca de su club de lectura se reunían una vez al mes en su habitación para leer por turnos fragmentos de sus libros favoritos. Tocaba esa tarde así que, cuando Lucía salió para buscar un café, se los encontró a la puerta esperando su permiso para poder entrar. Ella se marchó a descansar y les dejó solos con ella. Les había explicado que no sabían si Glauca les escuchaba o no, pero que no podía hacerle ningún mal escuchar sus voces y les estaba muy agradecida por no abandonarla.

Estaban leyendo *La historia interminable*, de Michael Ende, pues sabían que era su libro favorito. Siempre se sentaban rodeando la cama. Al principio, lo hacían con temor, por si tocaban algún cable o hacían algo que pudiese importunarla. Les costó acostumbrarse al pitido continuo de esa imprenta acústica de latidos que no dejaba de sonar a un lado de la habitación, aunque al final prácticamente no le prestaban atención. Tras leer durante un buen rato, pararon para descansar y hablar un poco con ella, aunque sabían que no les iba a contestar, para contarle los cotilleos del instituto.

Glauca, aún en su oscuridad, empezó a escuchar un zumbido, un molesto e insoportable ruido en el interior de su cabeza que le hizo volver en sí para intentar averiguar qué era. Escuchó atentamente y poco a poco el

zumbido se fue convirtiendo en palabras. Sorprendida, descubrió que entendía lo que le decían y creía reconocer a las personas que las pronunciaban. Claro que les reconocía, sabía quiénes eran pero ¿por qué no podía comunicarse con ellos? Intentó abrir los ojos otra vez, esta vez pudo distinguir sombras, muchas sombras a su alrededor, y se asustó. ¿Dónde estaba? Poco a poco pudo centrar un poco más la vista y distinguió un lugar extraño para ella, y a sus amigos sentados a su alrededor, puesto que parecía que estaba en una cama. ¿Qué hacía allí? Nadie parecía haberse percatado de que había abierto los ojos, así que los cerró de nuevo y se limitó a escucharlos con deleite. Estaba cansada.

—Jo, lo que me gustaría a mí tener un cacharro de esos que lleva Atreyu —dijo Carlos.

—¿Un cacharro? ¿Te refieres al dragón?

—¡No, hombre, no, ese cacharro no, eso es un animal! Me refiero al collar, a la cosa esa tan chula de las serpientes. ¿Cómo se llamaba, que se me ha ido la olla?

—Auron, creo recordar —contestó Lubna.

—Auryn... —susurró una voz apenas audible desde la cama.

Todos se quedaron en completo silencio.

—¿Habéis oído lo mismo que yo? —preguntó Alberto levantándose y mirando la cara de Glauca.

—¡Sí, sí! ¡¡¡Ha dicho Auryn!!! —exclamó alegre Gabriela—. ¡Glauca se está despertando!

—¡Glauca, Glauca! ¡Estás bien! —exclamó Alberto cogiéndola de la mano y llorando de alegría—. No te preocupes, vamos a buscar a tu madre enseguida, está aquí, y tu padre llegará pronto también. Tú, Carlos, vete a buscar a Lucía.

—¿Y por qué tengo que ir yo, no te jode? ¡Quiero quedarme también con Glauca! —protestó indignado Carlos, pero ante la mirada asesina que le echó Alberto, salió de la habitación refunfuñando para sí.

Todos sonreían a su alrededor y, aunque Glauca no había vuelto a decir nada ni a dar ningún indicio más de que seguía con ellos, habían recuperado la esperanza. A los pocos minutos llegó Lucía corriendo junto a los médicos de Glauca para evaluarla, y les pidieron que salieran de allí. Rápidamente

avisaron también a Manuel para que volviese lo antes posible a la habitación de su hija y se quedaron expectantes en la sala de espera a recibir noticias.

En cuanto le llamaron gritando de emoción los amigos de Glauca, Manuel dejó lo que estaba haciendo en el ordenador y fue corriendo a la habitación de su hija. Notó que con cada paso que daba veloz, se le caía una lágrima. ¿Habría ocurrido un milagro? ¿Seguro que no se lo habrían imaginado? ¡Su niña despertaba!

Al llegar vio al grupo de amigos arremolinados expectantes ante la puerta, esperando como presas hambrientas a que saliese alguien y les contase qué estaba pasando. Al verle, le abrazaron y le contaron cómo había sido todo, que lo habían escuchado claramente y no era fruto de su imaginación. Les dejó y se coló en la habitación de Glauca. Ningún médico iba a impedirle escuchar a su hija de nuevo. ¿Y si se lo volviese a perder? ¡Ni hablar!

—¡Manuel! —exclamó Lucía al verle abrir la puerta. Sabía que no podía impedirle entrar, así que le dijo que se quedase junto a la ventana mientras terminaban de examinarla.

Los segundos parecían no querer convertirse en minutos, y los minutos parecían eternas horas. Si hubiese tenido un reloj a mano en ese momento, Manuel se lo hubiese imaginado como uno de esos relojes derretidos de Dalí. ¿Cómo era posible que el tiempo pareciera detenerse ante algo tan esperado?

—Bien, noto que sus pupilas han cambiado, reaccionan a la luz cuando la enfoco, parece que le molesta, es consciente de todo. Además, hemos observado varios movimientos al reconocerla.

Yo diría que es una pequeña mejoría. No abandonéis la habitación porque podría comenzar a estar más activa a partir de ahora. Lo curioso es que ha contestado conscientemente a algo que estaba teniendo lugar en una conversación, y se trataba de un nombre muy concreto, por lo que me da la impresión de que no ha sufrido daños irreversibles tras el golpe —informó el doctor que había atendido a Glauca desde que llegó, sonriendo mientras se dirigía a ellos. Lucía y Manuel se cogieron la mano y se acercaron a su hija. ¡Había esperanzas!



—¡Muchas gracias, Doctor! —contestó Manuel—. No pienso moverme de aquí ni aunque me intenten echar a patadas.

Lucía salió a explicarles a los chicos lo que había dicho el doctor y les pidió que se marchasen a casa, ya que querían estar con ella por si volvía a reaccionar. Les avisarían si había algún cambio.

Aunque protestaron, sabían que debían dejar a sus padres estar con ella a solas. Puede que hiciese algo más o puede que no, pero eran ellos los que tenían más derecho a ver esas reacciones antes que nadie.

Pasaron varias horas sin que Glauca volviese a demostrar que estaba despertando, pero no querían irse a dormir, temían que si se marchaban, ella volvería a moverse y no lo verían. Decidieron sentarse a los lados de la cama y reclinarsse para dormir por turnos. Al cabo de dos horas, por mucho que intentaron evitarlo, los dos terminaron dormidos cogidos cada uno de una de las manos de Glauca.

Una hora más tarde, se perdieron el despertar de Glauca, quien no entendía qué hacían dos personas roncando sobre su colchón.

Al fijar la vista de nuevo, descubrió sobresaltada que se trabaja de sus padres. ¡Estaban juntos con ella!

—Os quiero... —Apenas susurró Glauca, quien cerró los ojos de nuevo a la espera de que ellos despertasen mientras intentaba apretarles las manos.



Manuel se despertó sobresaltado. Había sentido que le apretaban la mano. Miró a su mujer, que seguía dormida, y después a su hija, que parecía igual que siempre. Estaba seguro de que no había sido un sueño, le habían apretado la mano, muy levemente, pero lo habían hecho. Y solo había podido hacerlo Glauca.

—Lucía —susurró—. Lucía, despierta.

—Ummmmm.

—Lucía, ¿lo has notado?

—¿Qué he notado? —preguntó Lucía desperezándose.

—La mano, Lucía, que la niña me ha apretado la mano, lo sé, no lo he soñado.

—¡Qué dices! —exclamó Lucía poniéndose de pie de un salto para comprobar cómo estaba Glauca. Ella estaba tan dormida que no había sentido nada, pero si era cierto, eso era un muy buen síntoma.

—Glauca, cariño, estamos aquí, ¿nos puedes oír? ¿Puedes hacer algo para saber si estás bien? —preguntó Manuel.

Durante unos momentos, no ocurrió nada, y sus ilusiones se desvanecieron de nuevo. Pero entonces, de repente, los párpados de Glauca se levantaron para dejar ver esos ojos preciosos que le habían dado nombre.

—¡Hija! ¡Hija! —gritó Lucía emocionada. Se agachó para abrazarla y besarla entre lágrimas mientras Manuel hacía lo mismo desde el otro lado de la cama.

Al cabo de unas horas, Glauca fue capaz de mantener los ojos abiertos y hablar un poco. Se encontraba feliz, no sabía muy bien por qué estaba en un hospital, recordaba levemente lo ocurrido con Andrea, pero sí sabía que sus padres estaban con ella.

Juntos. Y parecía que no discutían, sino que se encontraban bien el uno con la otra. ¿Estaría equivocada respecto al recuerdo del divorcio? Ya les preguntaría más adelante.

Cuando le explicaron que había estado en coma nada menos que tres meses, no se lo podía creer, para ella apenas había pasado el tiempo. No querían contarle nada de lo que había ocurrido para que acabase allí, le dijeron que no tenía importancia en ese momento y que debía centrarse en su recuperación. Les pidió que no les dijese nada a sus amigos porque quería darle una sorpresa a Alberto. Si había estado tanto tiempo en coma, seguro que a él le haría ilusión verla despierta. Tres días más tarde, cuando llegó Alberto a verla, cerró los ojos antes de que entrase, para poder sorprenderle cuando estuviese a su lado.

Alberto se acercó a su cama y, como cada día, le cogió la mano.

Glauca sintió cómo un cosquilleo le recorría el estómago, parecido a una colonia de hormigas paseando a sus anchas por su cuerpo. Mientras él hablaba de cómo había sido su día, ella abrió los ojos sin decir nada, esperando que él la mirase en lugar de mirar su mano. Cuando lo hizo, ante la cara de asombro de Alberto, sonrió.

—¡Glauca! Pero ¡no puede ser! ¿Estás despierta de verdad? —preguntó Alberto sobresaltado—. ¡Voy a llamar a tus padres!

—No, no, tranquilo, ya lo saben, les pedí que no te lo dijese...

—¿Qué? Pero ¿desde cuándo estás así? ¿Por qué no me lo querías decir? ¿Tú te haces una idea de lo que he sufrido?

—Precisamente por eso, porque pensé que sería más bonito para ti verme despierta a que te lo dijese por teléfono. Gracias Alberto, por todo. Mis padres me han dicho que si no hubiese sido por ti, estaría muerta.

—No, no, no soy ningún héroe, hice lo que cualquier persona hubiese hecho...

—Mentira, me contaron que Amaya les explicó cómo te portaste y cómo luchaste para sacarme del lugar en el que me había encerrado Andrea

mientras llegaban los del SAMUR, otro no lo hubiese hecho, simplemente hubiesen esperado.

—Bueno, yo... no podía dejar que te fueses, Glauca, yo...

—Alberto... —le interrumpió Glauca— quiero decirte una cosa.

—¿Qué me quieres decir? —preguntó sonriendo su amigo.

—Pues verás, cuando por fin pude fijarme en todo lo que me rodeaba, me encantó ver que mi padre había traído mis cosas de casa. Me dijo que le ayudaste a seleccionar lo que debía traer. Y eso me gustó mucho, pero también vi otra cosa, lo que dejaste en la pared, que me hizo saltar las lágrimas. Alberto, yo... he sido una completa imbécil contigo. He estado pensando mucho estos días, no sé cómo no pude darme cuenta antes de que no necesitaba buscar a alguien que me quisiera en otra parte, porque te he tenido siempre junto a mí. ¿Cómo he podido ser tan ciega? No sé si podrás perdonarme algún día, sé que te he hecho mucho daño, pero tú has estado siempre ahí para mí, me salvaste la vida.

—Glauca, no hay nada que perdonar. Sé cómo te has sentido todo este tiempo y sí, me hacía daño escucharte hablar de Sergio o que me contases cuando salías con él, pero nada de eso importa ya, ¿sabes? Cuando te vi tumbada en el baño, apenas con vida, me entró un pánico horrible a perderte. Me dije que si te recuperabas haría lo posible para que pudieses ver lo mucho que te quería, que no tendrías que sufrir nunca más a mi lado. Y te prometo que lo haré.

—Lo sé. Por cierto, además de que he despertado, tengo otra sorpresa para ti.

—¿Ah sí? ¿Qué es? —preguntó Alberto perplejo.

—Verás, mis padres, que milagrosamente vuelven a estar juntos, quieren celebrar que he vuelto llevándome a Londres cuando esté bien del todo.

—¡A Londres! Jo, qué suerte, al final lo vas a conocer antes que yo...

—No, tonto. La sorpresa es que te vienes con nosotros.

—¿Qué? ¿Pero cómo que me voy con vosotros?

—Mis padres te están tan agradecidos que quieren hacer realidad nuestro sueño invitándote a que vengas. Además, van a reservar en alguna

fecha en la que haya previsiones de lluvia, por mucho que les fastidie las vacaciones a ellos.

—¡Con lluvia! Pero eso es genial, así nosotros podremos...

—... darnos nuestro primer beso bajo el paraguas azul —terminó la frase Glauca, sonriente.

—¿Qué? ¿No vas a dejar que te bese antes?

—No, lo siento. Tendrás que esperar un poco, hasta que me recupere del todo, quién sabe si tus besos me alterarían...

—Ja, ja, ja, seguro que sí, ya lo verás —contestó feliz Alberto.

Glauca y él iban a ir a Londres juntos. Glauca y él estaban juntos.

Glauca y él iban a ser muy felices a partir de ese momento. ¿Qué más daba lo demás?

—Alberto, tengo que descansar ahora, mi cuerpo necesita recuperarse poco a poco aún.

—Vale, tranquila, me marchó ya, no quiero que te encuentres mal.

—Oye, una cosa. ¿Sabes algo de Sergio, Andrea y Silvia?

—Pues...

—Dímelo, por favor. He ido recordando todo lo que ocurrió, aunque mis padres piensan que no lo recuerdo bien. Todavía no me puedo creer que Andrea fuese capaz de intentar matarme.

—Bueno, los padres de Sergio le cambiaron de instituto y a Silvia la expulsaron. En cuanto a Andrea... pues está en un centro privado. Yo diría que es un loquero, pero ya sabes que hoy en día esas cosas no existen oficialmente. Lo venden como centro de reposo o algo así. Como su padre está forrado, supongo que estará intentando demostrar que su hija no estaba bien de la cabeza de cara al juicio.

—Bueno, espero que reciba su merecido.

—Si fuese por mí, lo habría recibido ya, créeme.

—Oye, Alberto, otra cosa antes de que te vayas.

—Dime, sirenita.

—¿Sirenita?

—¿Qué pasa, que te crees que no me leí nada más conocerte el libro de *La vieja sirena*?

—¿De verdad? ¿Y por qué no me lo habías dicho antes?

—Uno tiene sus secretos, como que llevo queriéndote desde el día en que te conocí...

—Oh, Alberto, que me vas a hacer llorar. Anda, que me da igual, dame un beso.

—No.

—¿No?

—No, nos lo daremos en Londres —le contestó poniendo una mueca burlona mientras se agachaba para darle un beso en la frente, pero Glauca fue más rápida y moviendo la cabeza, consiguió que el beso terminase en sus labios.

Se miraron sin decir nada durante unos instantes y Alberto salió de la habitación emocionado. Si se hubiese quedado más tiempo, no habría logrado controlar las ganas que tenía de seguir besándola. Pero valía la pena esperar.

Glauca observó a Alberto abandonar su habitación con una sonrisa. A pesar de lo débil que aún se sentía, su corazón latía con fuerza, dispuesta a vivir junto a la persona que amaba una nueva vida, puesto que prácticamente había vuelto a nacer.

Cogió su Ipod y, de repente, entendió por qué le gustaba tanto la canción de Davinia Pastor *Me haces respirar*, porque siempre había pensado en Alberto cuando cantaba el estribillo, y no había sido consciente hasta ese momento de que era él quien la hacía respirar.

Sin importarle que las enfermeras pensasen que estaba loca, se puso a cantar a voz en grito el estribillo de la canción, se la cantarían a Alberto en su próxima visita:

Por eso cuando decaigo tu mano siempre está, por eso cuando me siento sola tus besos me hacen respirar<sup>[8]</sup>.



Habían pasado tres meses más, el curso había tocado a su fin y, tras unas semanas finales de mucho estudio para poder recuperar los meses perdidos de clase, Glauca aprobó el curso con sus buenas notas de siempre. Todos admiraron el esfuerzo extra que había realizado y le concedieron una mención de honor.

Había temido su vuelta al instituto, pero nada fue como esperaba. Al llegar a clase el primer día, todos se pusieron de pie al verla y la aplaudieron. Luego se acercaron a ella para abrazarla y pedirle perdón. Se sintió feliz. Desde entonces, su vida en clase había sido mucho mejor, contenta con las ausencias de esos que tanto la habían dañado.

Como había tenido mucho que estudiar, pues no estaba dispuesta a repetir curso, Glauca y Alberto decidieron que aunque no fuese muy probable que lloviese, lo más sensato sería dejar el viaje a Londres para el verano. Llevarían su paraguas igualmente y se harían fotos con él, lo verdaderamente importante era poder estar juntos.

Por fin el sueño de los dos se hizo realidad y el viaje se reservó para finales de junio. Llegaron a la ciudad por la noche, por lo que al día siguiente salieron temprano del hotel para aprovechar al máximo su primer día de estancia. Tras un día agotador en el que habían pasado toda la mañana viendo museos, decidieron dedicar la tarde a las compras. Una tienda que Glauca no se quería perder era Hamleys, una juguetería enorme, ya que había descubierto en internet que tenían una sección muy interesante dedicada a Harry Potter y había conseguido que su madre le comprase la

varita de Hermione. Durante la recuperación de Glauca se había producido un acercamiento en la relación entre madre e hija, y esta había conseguido vencer la reticencia de su madre a la fantasía y ahora se estaban leyendo juntas toda la saga del niño mago más famoso del mundo. Cuando consiguió su objetivo y con la varita a buen recaudo en su mochila, se dirigieron a Piccadilly Circus.

Al llegar después de un paseo tranquilo, se hicieron las fotos de rigor con el Cupido que había en medio de la plaza. Como Glauca y Alberto no paraban de hacer el tonto en las fotos con el palo selfie, los padres de Glauca les dijeron que les esperaban sentados en el bar más próximo para descansar. Justo cuando se quedaron solos y se disponían a hacerse unos selfies con los carteles luminosos y Cupido detrás de ellos, les cayeron unas gotas en la cabeza. Los dos se miraron y se sonrieron, ¿estaba empezando a llover? Debía ser cierto eso que les habían dicho de que en Londres el tiempo era totalmente impredecible.

En cuestión de segundos, lo que había sido una pequeña llovizna se convirtió en una auténtica tormenta de verano. Los dos empezaron a saltar y a reír sin parar y abrieron el paraguas azul que habían estado paseando por toda la ciudad para cobijarse de la lluvia. Casi al mismo tiempo, los dos se pusieron a cantar a voz en grito la canción que se había convertido en su canción desde que Glauca despertó:

Me haces respirar, de Davinia Pastor.

Los padres de Glauca, al ver que llovía, salieron corriendo del bar para hacer una foto a los dos amigos e inmortalizar que por fin habían podido cumplir su sueño. Llegaron a la calle justo cuando estos dejaban de cantar y no pudieron evitar sonreír ante lo que vieron.

Allí abrazados en medio de Piccadilly Circus estaban Alberto y Glauca. Y allí, entre cientos de turistas corriendo a su alrededor para escapar de la lluvia que a ellos no parecía molestarles, Alberto y Glauca se besaban.

*Bajo el paraguas azul*

**FIN**



## Me haces respirar

Conocí a Davinia Pastor en el programa de radio *Hoy en Madrid fin de semana* de Curro Castillo en una de las tantas ocasiones que he acudido para hablar de libros. Desde entonces la seguí en Facebook y he estado muy atenta a todo lo que hacía. Cuando estaba a punto de enviar las galeradas corregidas a mi editor, precisamente escuchaba su música cuando sonó *Me haces respirar*. Dejé lo que estaba haciendo y me puse a escuchar la letra atentamente. Me encantaba. Y entonces, en un instante, algo en mi cabeza hizo click y rápidamente me puse en contacto con Davinia por Facebook para proponerle que su canción apareciese en el libro, acompañando a la historia de Glauca y Alberto. Davinia no solo accedió a que pudiese usar su canción, sino que además me propuso regalársela a todos los lectores de *Bajo el paraguas azul* y acompañarme en la presentación para cantarla. ¡No cabía en mí de alegría!

Así que aquí tenéis, por cortesía de Davinia Pastor y con la colaboración de nowevolution, la canción que tanto le gusta a Glauca en el libro y que cantan a voz en grito al final.

Podéis obtenerla escaneando el código QR que aparece en esta página, introduciendo el código GLAUCA en la clave que os pedirá.

Os animo a visitar la web [daviniapastor.com](http://daviniapastor.com) de esta artista tan estupenda y escuchar sus canciones, estoy segura de que os van a gustar.





La primera dedicatoria es para mi hija Nuria, una niña única y maravillosa que me hace feliz cada día con su sonrisa y su cariño, como siempre digo, es lo mejor que me ha pasado en la vida. Cada letra que sale de mis dedos es una historia que escribo para ella.

Por supuesto, a mi familia, mis padres Víctor y Esther, mi hermano Javier y su mujer Macarena; a los sobrinitos más preciosos del mundo entero, Mateo y Juan y al resto de mi familia: abuelos, tíos, primos...

A Davinia Pastor, por cederme su canción *Me haces respirar* tan generosamente para este libro. Nada más escucharla, supe que era la canción de Glauca y Alberto, has puesto el broche de oro a esta historia con tu maravillosa voz.

Una dedicatoria especial a todos los que han sido alguna vez mis alumnos, especialmente en el último colegio en el que trabajé en Tres Cantos. Qué puedo decir de vosotros, que os quiero un montón y lo sabéis. Me llena de alegría cada vez que os encuentro por el centro comercial o por la ciudad y me seguís tratando como si fuese todavía vuestra profesora. O vuestros *emails* y mensajes preguntando por libros para leer porque en el cole ya no os hablan de libros juveniles. Espero ver todo lo que vais a hacer de mayores, seguro que lograréis cosas fantásticas. (Como veis, a Ernesto Gutiérrez ya le he hecho famoso con el cine antes de tiempo, ¡espero que se cumpla!). Nunca olvidaré a «mis niños» de 2.ºA, fue genial ser vuestra tutora, a mis queridos 2.ºB la clase más enrollada de todo el cole, y 2.ºC, la

más rebelde pero de la que también guardo buenos recuerdos (¡todos sin excepción tenéis cosas positivas, debéis centraros en eso!).

Por supuesto, a los verdaderos Alberto, Carlos, Ana, Belén, Gabriela y Lubna: Alberto Muñoz (este libro es un regalo especialmente para ti, me alegro de que ser tu profesora sirviera para algo más que para enseñarte sintaxis. Ayudarte significó más para mí que todo lo demás, gracias por dejarme hacerlo), Carlos Amo (el más dicharachero de todos mis alumnos, al que espera un gran futuro como criminólogo y escritor), Lubna Khajjaj Zapardiel (gran lectora y escritora, seguro que llegarás muy lejos), Ana Fuentes (brillante y reservada, pero con un gran corazón y muy sensata, todavía guardo la pinza mensaje que me hiciste en el amigo invisible y la miniyo fofucha, ¡me encantó!), Belén del Portillo (la voz del tiramisú, gran cantante, espero poder algún día pedirte que me firmes un disco) y Gabriela Pedraza (otra futura escritora y psicóloga forense, espero que el día de mañana seas tú quien me firme libros a mí), sois todos geniales y siendo de Tiramisú Entre Libros, no podíais ser menos. Un besazo enorme a sus madres y al grupo de «Madres Tiramisú»: Sandra Gómez, María Maestre, Begoña Budía, Ana Fuentes, Irene Guglieri, Inmaculada Paz. A los que estuvieron en la asociación y ya no están y a los que vendrán en un futuro.

También a los verdaderos Amaya, Fernando y Laura: Amaya Matas, Fernando Sánchez y Laura Herrero quienes hicisteis llevaderas situaciones que no siempre lo fueron y siempre me tratasteis con cariño. Sois unos profes geniales y compañeros de trabajo excepcionales. Muchos deberían aprender de vosotros lo que es el compañerismo. Os deseo lo mejor.

A Anabel Botella, Juanjo Grau e Ian (mi familia valenciana), Susana Vallejo, Sergi Viciano y Vicky (mi familia barcelonesa), Sofia Rhei, Francisco de Paula Fernández (Blue Jeans) y a su querida Ester (¡sin h!), Carlos García Miranda, Santiago García Clairac, Fernando Alcalá, Daniel Blanco, Javier Caró, Victoria Álvarez, Elia Barceló, Antonio Martín Morales, Jesús Cañadas, Guillem López, Elena Clemente (¡menuda profe

más buena!), María Angulo, María Martín, Nuria Mayoral, Mamen de Zulueta, Irene Muzas, Bruno Nievas, los hermanos Aguado: Alfonso, Sergio y Nacho, Fernando Blasco, Eduardo Vaquerizo, Anika Lillo, Pilar Alonso, Sergio Rodríguez, María Gardey, Patricia Madrid, Amparo Ramada, Iria G. Parente, Asunción Macián Ruiz (Medusa the Dollmaker) y todos aquellos que han entrado en mi vida en 2014. Estoy segura de que se me olvida mucha gente, ¡lo siento, esta dedicatoria es también para vosotros!

Gracias a la Biblioteca Lope de Vega de Tres Cantos, en cuyas salas con aire acondicionado escribí este manuscrito en el caluroso verano de 2014. Hacéis un trabajo estupendo con los lectores tricantinos. Y un saludo especial para Rebeca, que siempre ha creído que mis proyectos merecen la pena.

A la editorial Nowevolution, por creer en esta historia y permitirme llegar a los jóvenes, sois unos editores estupendos, gracias Rubén y Nouty.

Y por último, a todos aquellos y aquellas que sufrís acoso en el cole... ¡pedid ayuda! Aunque no penséis que os pueden ayudar, siempre habrá alguien dispuesto a escucharos y luchar por vuestro derecho a ser felices.

*Elena Martínez Blanco*

Tres Cantos, 16 de agosto de 2015

(celebrando con este libro el décimo cumpleaños de mi hija)

**DIRECCIONES DE INTERÉS  
PARA PREVENIR Y REMEDIAR  
EL ACOSO ESCOLAR**

Asociación española para la prevención del acoso escolar:  
[www.acoso-escolar.es/2013/05/protocolo-de-actuacion](http://www.acoso-escolar.es/2013/05/protocolo-de-actuacion)

Asociación No al acoso escolar:  
[www.noalacoso.org](http://www.noalacoso.org)

Brigada de investigación tecnológica de la Policía Nacional:  
[www.policia.es/org\\_central/judicial/udef/bit\\_alertas.html](http://www.policia.es/org_central/judicial/udef/bit_alertas.html)

Fundación Alia2:  
[www.alia2.org/index.php/es](http://www.alia2.org/index.php/es)

Fundación ANAR:  
[www.anar.org](http://www.anar.org)

Guardia Civil. Grupo de delitos telemáticos:  
[www.gdt.guardiacivil.es/webgdt/home\\_alerta.php](http://www.gdt.guardiacivil.es/webgdt/home_alerta.php)

Pantallas amigas:  
[www.pantallasamigas.net](http://www.pantallasamigas.net)

Protégeles:  
[www.protegeles.com](http://www.protegeles.com)

Save The Children:  
[www.savethechildren.es/acoso-escolar/que-hacer.php](http://www.savethechildren.es/acoso-escolar/que-hacer.php)



ELENA MARTÍNEZ BLANCO nació en Madrid en 1978. A la hora de elegir qué estudiar, a pesar de que siempre soñó con ser periodista y marcharse de corresponsal a Nueva York, terminó matriculándose en Filología Hispánica por amor a la literatura. Con una imaginación desbordante, desde pequeña vive la mayor parte del tiempo en una nube de fantasía, ya que cualquier situación que ocurre a su alrededor es automáticamente convertida en una historia que escribir por su mente hiperactiva.

Durante varios años fue la presidenta de la asociación cultural Tiramisú Entre Libros (lo que le valió el ser bautizada como «*Miss Tiramisú*») y se dedicó a organizar reuniones literarias todos los meses tanto en Madrid como en Valencia, entre ellos el Encuentro Nacional Anika Entre Libros.

Como gestora cultural, se encarga de organizar los eventos de literatura juvenil del Festival Celsius 232 de Avilés en 2012 y está trabajando en la organización de varios eventos culturales en Madrid. Es asidua a la Semana Negra de Gijón y a cualquier evento que reúna a esa gentuza de mala calaña que son los escritores.

Actualmente vive en Tres Cantos, junto a su hija Nuria, su tortuga Tata y su fantasma residente Jimmy, aunque esa es otra historia digna de contarse

aparte.



# Notas

[1] Autorretrato con el móvil. <<

[2] Aplicación de mensajería instantánea para móviles. <<

[3] Lip dub: Vídeo musical realizado por un grupo de personas que sincronizan sus labios, gestos y movimientos con una canción popular o cualquier otra fuente musical. <<

[4] Facebook: Red Social. <<

[5] Twitter: Red social en la que se envían mensajes muy cortos y de muy rápida difusión. <<

[6] Cabina telefónica inglesa azul empleada para viajar a través del espacio y el tiempo por el Doctor, en la serie de ciencia ficción Dr. Who. <<

[7] Ser amarillo de la película Gru, mi villano favorito. <<



[8] Canción *Me haces respirar*, de Davinia Pastor. Álbum Respirar, 2014.

<<